

El Camino de la Ballena. De Santa María a Chome, de Chome al fondo del Mar.

**Profesor Guía: Gastón Carreño.
Alumna Tesista: Alejandra Espinoza.**

**ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA.
TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE LICENCIADO EN ANTROPOLOGÍA.
TESIS PARA OPTAR AL TÍTULO DE ANTROPÓLOGO SOCIAL.**

Santiago de Chile, Enero 2011

Agradecimientos

Dos años me demoré en hacer esta memoria. Dos años y muchas veces no creí que la terminaría. En este camino no puedo dejar de agradecer a Gastón Carreño y Daniel Quiroz, porque confiaron en mi trabajo y me dieron las herramientas y el espacio para hacerlo, a Damián Duque, por estar ahí desde los inicios hasta el final, aconsejándome y ayudándome en lo que fuera necesario...

Agradezco también a don Juan Hernández, porque como profesor, me ayudó a entender el tema de la cacería y me entregó material fundamental para el desarrollo de esta monografía. A la señora Flor Monsalve y la Negra, por haberme acogido en su intimidad y haber compartido conmigo parte importante de su historia. A Manuel Flores, porque su dureza se ablandó y logramos caminar, conversar, recordar y reír juntos. A Osvaldo Ramírez, don Carlos Macaya, doña Lucy, Juan Carlos, Valentín y tantos otros, que me abrieron las puertas de esta historia y me llevaron a recorrer con ellos el pasado...

No puedo dejar de agradecer también a quienes me han estado apoyando y escuchando en los altos y bajos que ha tenido este proceso. A mi mamá y mi abuelita, por estar ahí desde antes que yo existiera. A Valentina y Gabriela, porque son mis hermanas de sangre y corazón, y me han acompañado y escuchado siempre, incondicionalmente.

A Lore, por creer en lo que soy y lo que hago. A Rayen, Cony, Fafi, Panki, Maca... por sostenerme y ser parte de mí...al resto de los compañeros y compañeras...

Por su puesto a la tía Pau, que con su camino ya armado, me dio fuerzas para seguir avanzando...

Y sobre todo a mi papá por haberme ayudado, por disponer de su tiempo y energía para enseñarme y acompañarme en todo esto. Al Manu, solo por ser parte de mí y darme fuerza en esta vida... y a Gonza, por la paciencia que tuvo, por los abrazos, las palabras de aliento, el amor y la compañía.

ÍNDICE

Índice	3
Nota de la autora	5
Introducción	8
Capítulo I.-Primer acercamiento a la cacería de ballenas	14
I.1- Antropología y actividad ballenera de subsistencia	15
I.2- Antecedentes de la actividad ballenera comercial	22
I.3-Antecedentes de la actividad ballenera en territorio nacional	32
Capítulo II.-Los comienzos de la historia. Antecedentes históricos y mitológicos sobre el origen de la Tradición Ballenera Macaya	41
II.-1 Antecedentes de la actividad ballenera en el Golfo de Arauco	42
II.-2 El mito de origen y la verdad por dilucidar	53
Capítulo III.- La tradición Ballenera de la familia Macaya y su origen en la isla Santa María	60
III.1-Primer momento: Santa María y la cacería artesanal	63
III.2- Segundo Momento: Santa María y el comienzo de la industrialización	70

Capítulo IV.-La tradición Ballenera de la familia Macaya, El fundo de Chome y la etapa industrial	82
IV.1- De Fundo los Lobos a Caleta Chome	84
IV.2- Cacería industrial: La factoría y el proceso de faenamiento	91
IV.3-Obtención de recursos balleneros	100
IV.4- Barcos balleneros: las nuevas embarcaciones utilizadas por la Sociedad Ballenera Macaya hermanos y CIA	106
IV.5- El Sindicato Industrial Macaya Hermanos y CIA	111
Capítulo V.-El ocaso de la tradición ballenera	120
Conclusiones	132
Bibliografía	140

Nota de la autora

A veces, mientras redacto las distintas partes que configurarán esta memoria, me envuelve un sentimiento lleno de tristeza y contradicción. La caza de ballenas es una actividad fría y dura y muchas veces la crudeza de algunos dichos de quienes entrevisté, de las fotografías que recolecté y los relatos que revisé, vienen a mí cargadas de tristeza y crueldad, sentido muy distinto al que yo intento dar en esta investigación.

A veces, solo a veces, se apropia de mi cuerpo un sentimiento de culpa y quisiera no retratar aquella realidad que a través mío ustedes conocerán. A veces, solo a veces, dejo de pensar en la cercanía de mis entrevistados; en la entrega que ellos tuvieron para acercarme a su realidad, en el fervor de sus historias y en el valor de su voz. Y en cambio pienso en aquellos viajes que seguían las ballenas en el mar, para ir a dar a luz a sus crías en un lugar donde hubiera suficiente alimento y calor. Y no comprendo que pudieron ellas sentir, al percibir cómo cazadores de distintas nacionalidades las iban a buscar. Y pienso en el dolor que ellas sentían al ver morir a sus crías como carnada de caza, solo para que ellas, las madres, no se arrancaran del lugar. Y pienso en el dolor que sentían cuando una a una, seres de otra especie, las mataban en el mar. Siento su rabia y dolor apoderándose de sus gigantescos cuerpos que lanzaban salvajes contra aquellos seres diferentes, aparentemente pequeños e indefensos que las perseguían y encontraban, una y otra vez. Y creo que la desesperación las llevaba a cambiar sus rutas migratorias, pero no importaba, las encontraban otra vez. Y pienso en el dolor y en el mar azul profundo, tiñéndose de sangre, de sangre animal.

Y no comprendo. Entonces dejo de lado mi papel de investigadora y busco las grabaciones que guardo con sus voces, sus relatos. Aquellos cantos misteriosos me hablan de aquel otro lado de la historia, de ese lado que ni yo ni otro ser humano podrá nunca conocer. Y pienso que esta vez ellas son las oprimidas, las perseguidas, las violentadas y yo –como mujer e investigadora- pareciera estar del lado de su opresor.

Cuando mi piel se calma de ese sentir, vuelvo a pensar, vuelvo a escribir, vuelvo a respetar e incluso a admirar. Vuelvo a acariciar las palabras de aquellos seres humanos; hombres y

mujeres, que me dejaron entrar a su vida e historia, para retratar una empresa ballenera muy particular que existió en el país donde nació.

Y me doy cuenta de que ellos, como cazadores de ballenas, sufren hoy una tremenda discriminación. La misma sociedad que permitió su desarrollo hoy reniega su existencia y le quita valor al papel que los balleneros jugaron en un tiempo anterior. Y en el mundo entero, los antiguos balleneros se vieron obligados a sufrir una metamorfosis muchas veces difícil de aceptar. A ellos que eran considerados valientes héroes por enfrentar a la más grande bestia del mar, hoy se les considera bestias, por cazar a las ballenas sin medir costos o crueldad. Y el monstruo, que antes era la ballena, hoy aparece como el cazador.

Yo, esta vez asumí el desafío y en un escenario nacional donde la cacería de ballenas está prohibida, pude dejar de lado mis prejuicios, para enfrentar ese sentimiento de culpa y contradicción. Intenté conocer la historia de una bestia que alguna vez fue héroe, sin que ninguno de estas calificaciones hubiesen sido producto de su decisión. Me adentré en la historia de la tradición ballenera que nació en manos de la familia Macaya, en las costas de Chile, Octava Región. Su realidad me emocionó.

La tradición ballenera que conocí y quiero dar a conocer es bonita y particular. Representa una de las tantas caras que tuvo la cultura ballenera a nivel nacional. Hubiese querido poder retratar además la historia de las antagonistas de esa historia, de las ballenas como objeto de persecución, pero eso solo puede hacerse desde la imaginación. No puedo hablar por ellas, pero al llevar a cabo este trabajo sentí por ellas mucha tristeza y dolor. A pesar de esto, en esta historia encontré matices bellos y quise dejar de segarme por prejuicios y ante esta tradición que existió, no quiero emitir juicios de valor.

Mi trabajo de titulación describe la cacería de ballenas llevada a cabo por esta tradición familiar. Éste fue escrito en un contexto donde a nivel internacional, las autoridades han vuelto a discutir la posibilidad de reactivar la cacería de ballenas como actividad económica a nivel mundial. Ante ello, para mí es absolutamente necesario precisar mis sentimientos de rechazo a esta actividad en la actualidad; insistiendo en que este texto,

bajo ninguna circunstancia intenta promover esta actividad en el presente y solo busca dar a conocer una historia que existió en el pasado y a la que muchas veces le han dado la espalda.

El mar chileno es considerado hoy en día patrimonio nacional, de resguardo de los cetáceos, y se prohíbe la entrada de barcos de otros países como Japón y Noruega que, a pesar de la moratoria, siguen cazando -y en grandes cantidades- a dichos animales. Tanto el aceite como la carne de ballena en la actualidad han sido sustituidos por otros productos de origen vegetal y mineral; la cacería a gran escala ya no tiene razón de ser. Las ballenas aparecen ante mí como unos mamíferos bellos, impresionantes que por el sólo hecho de existir debemos respetar y cuidar. Yo me acerqué a ellos desde la teoría y sentí que los pude comprender al estudiar y conocer de cerca la forma en que, tiempo atrás, se les mataba. Si ya en el pasado en las costas de Chile se le dio lugar a la cacería, comparto las ganas de que hoy, sólo se le de lugar a la supervivencia y conservación.

Introducción

Desde los inicios del tiempo, distintos grupos humanos que se asentaban en la costa se vieron cautivados por los animales del mar y la presencia de grandes cetáceos no pasaba inadvertida. En los más recónditos lugares de distintas partes del mundo, el ser humano las observó y las nombró, al mismo tiempo fue elaborando todo tipo de historias y mitologías en torno a su existencia. Solo algunos valientes se atrevían a cazarlas en el mar, otros en cambio preferían cantar para que sus cuerpos se acercaran a la orilla y tuvieran -cerca de la arena- una muerte natural, aprovechando su carne y su grasa, solo cuando sus cuerpos varaban en la costa.

En otro tiempo y espacio más próximo, una forma de cacería de ballenas completamente distinta se fue gestando. En sus orígenes, en la Edad Media, la cacería de ballenas se desarrolló como técnica artesanal; posteriormente, durante los siglos XVIII y XIX cuando embarcaciones de distintas banderas invadieron el océano para buscar ballenas de distintas especies y cuando el aceite de ballena ilumina gran parte de las ciudades del mundo, la cacería se consolidó como una industria comercial. Poco tiempo después, a fines del siglo XX, la Industria ballenera entra en crisis, porque el mamífero marino que de manera tan rentable se cazó, se encontraba ahora en un inminente riesgo de extinción.

Hoy en día -después de que las ballenas fueron durante años cazadas por embarcaciones de distintas nacionalidades, y 30 años después de que se instaurara una moratoria que prohíbe la cacería comercial- varias especies siguen en peligro de extinción. Por eso hoy la cacería de ballenas es una actividad rechazada por gran parte de la población mundial.

No obstante, persisten los enfrentamientos entre aquellos grupos que buscan por todos los medios reanudar esta actividad a nivel mundial y aquellos otros grupos conservacionistas, que se oponen radicalmente a la cacería. En posiciones bipolares, los primeros, promueven legislaciones con el objeto de racionalizar y regular la forma en que se lleve a cabo la cacería, para proteger la industria como una actividad rentable en el tiempo. Los segundos, se levantan en colectivos de personas cada vez más masivos que,

denunciando la crueldad que arrastra consigo esta actividad, buscan que no sólo se regularicen las cuotas de captura, sino que se prohíba total y definitivamente la cacería a nivel mundial, ante el peligro de que desaparezcan los mamíferos más grandes que viven en el mar.

Del mismo modo, a nivel de los estados, hoy conviven países cuyos gobiernos promueven la reinstalación de esta industria, apelando a que las poblaciones de ballenas de algunas especies ya se recuperaron y que se podría desarrollar una forma de cacería controlada con cuotas de captura limitadas. Otros, impulsan un discurso proteccionista exigiendo que el territorio nacional sea considerado un área de protección de todas aquellas especies de cetáceos que se encuentran en peligro de extinción y, de paso, varias zonas en las que antes se cazaron ballenas, devienen hoy en santuarios donde se les protege. Estos dos bandos parecen irreconciliables y su lucha se intensifica cada año, especialmente cuando se acerca la fecha de la sesión anual que realiza la Comisión Ballenera Internacional.

Antes de que los movimientos ambientalistas condenaran la cacería de ballenas por considerarla una actividad cruel y criminal que ponía en riesgo la existencia de varias especies de cetáceos, la actividad ballenera era considerada una industria importante y fructífera, desarrollada por varios países en todo el mundo. En la esfera simbólica, los protagonistas de esta actividad aparecieron retratados como verdaderos héroes, capaces de soportar las inclemencias del clima, para adentrarse en el mar y enfrentar a un rabioso monstruo marino¹. En la esfera utilitaria, con el crecimiento de las ciudades, la producción industrial transformó al cetáceo en una serie de productos básicos de consumo masivo, especialmente el aceite de ballena utilizado por millones de personas.

Aunque si ser una actividad económica relevante para el país, Chile también se hizo parte de este escenario industrial. Su sola característica geográfica lo determinaba a hacerse parte de este comercio mundial. Por ello, a nivel nacional la cacería de ballenas fue una

¹ Prontamente el monstruo marino devino de victimario en víctima, y se transformó en metáfora que pone al descubierto la bestialidad del paradigma industrial moderno y la habilidad depredadora del hombre mercantilista.

actividad que se llevó a cabo de manera permanente por alrededor de doscientos años, desde fines del siglo XVIII, hasta las últimas décadas del siglo XX.

Hoy existe un legítimo y fundamental movimiento ciudadano mundial en contra de la caza de ballenas. Sin embargo, esto no puede llevar a desconocer el hecho que décadas atrás, distintos grupos humanos organizaron sus vidas y las de sus familias en torno a esta actividad productiva, desarrollando con ello una cultura ballenera que por si sola tiene un gran valor.

Vale la pena estudiar esta cultura ballenera, reconstruirla y rescatarla del olvido, más aún cuando se sabe que no sólo es desconocida por muchos, sino que otros tantos rehúyen de ella, solo porque hoy en día es una actividad repudiable. Asumiendo, como mera opinión políticamente correcta, la nueva conciencia ecológica que está surgiendo y expandiéndose en lo cultural y político, reniegan de esta cultura ya sea vedando su existencia, y/o ejerciendo una clara actitud de hostilidad y abierta discriminación en contra de aquellas personas que formaron parte de la emergencia y ocaso de esta micro-cultura nacional.

Por su parte, los balleneros nacionales que aún sobreviven al ocaso de su ex mundo productivo cultural, viven cierta tensión. Perciben y se afectan frente al reproche cultural, la hostilidad y la discriminación abierta o soterrada por la antigua actividad productiva que ejercieron. A veces dejan entrever algunos sentimientos negativos, de culpa frente a una actividad tan “sangrienta, sucia, mal oliente”. Pero sobreponiéndose, rescatan lo que han sido y prontamente en sus memorias vuelven las añoranzas de ese mundo, el mejor de los que han vivido. Todos ellos, sin excepción, quisieran volver el tiempo atrás, o incluso que este siguiera vigente en el presente.

Esta investigación nace al alero del proyecto Fondecyt N° 1080115, titulado “La Cacería de Ballenas en las Costas de Chile: una mirada desde la antropología”, cuyo objetivo central es caracterizar las técnicas y estrategias que utilizaron los distintos grupos que se dedicaron a la cacería de ballenas en Chile, tomando en cuenta las transformaciones

que estos grupos tuvieron en el tiempo. Complementando metodologías históricas y etnográficas se busca con ello dar cuenta de las distintas formas que alcanzó esta cultura ballenera en nuestro país.

El escenario es difícil. La tarea es romper con el estigma de que la cacería solo es una actividad cruel y egoísta, para dar a conocer otras de las tantas facetas que tuvo este pasado en nuestro país. “*El camino de la Ballena. De Santa María a Chome, de Chome al fondo del Mar*”, es un trabajo histórico y etnográfico sobre la tradición ballenera encarnada por la familia Macaya y sus trabajadores, que se desarrolló en el Golfo de Arauco y se prolongó desde aproximadamente 1880 hasta 1983, extendiéndose en el tiempo por poco más de cien años. El objetivo es abordar los distintos matices que constituyeron la historia de este grupo familiar dedicado a la cacería de ballenas en el Golfo de Arauco, para así dar cuenta de cómo ellos, adquiriendo y transformando técnicas, instrumentos y conocimientos que traspasaron de generación en generación, fueron dando vida a una compleja y particular forma de cultura ballenera en nuestro país.

Para llevar a cabo esta investigación, se trabajó con entrevistas semi-estructuradas, observación participante y recopilación de fotografías y documentos familiares. Algunos de los instrumentos metodológicos utilizados fueron diseñados y aplicados por mi misma (entrevistas realizadas en *Chome* y *Talcahuano*); y otros, fueron recopilado por el resto de los integrantes del equipo de trabajo del proyecto (entrevistas efectuadas en terrenos anteriores al lugar). Fue necesario además, considerar la revisión bibliográfica.

Debido a la especificidad del tema de investigación, el material recopilado muchas veces aparecía insuficiente, en el sentido de que no le daba espesor a la investigación y reduccionista, porque no daba cuenta de la complejidad del tema. Por ello fue necesario indagar en todo tipo de fuentes, para alcanzar la profundidad deseada al abordar el tema de investigación. Se examinaron documentos de prensa (revistas y diarios de Santiago, Talcahuano y Concepción) que pudieran entregar información específica sobre el tema, y que también permitieran ver la importancia que tuvo la actividad ballenera en el escenario nacional. Se repasaron diversos estudios y publicaciones, relacionados con la ballenera,

informes y documentos gubernamentales, que permitieron conocer, por ejemplo, información económica y estadística del proceso productivo para así aproximarse con mayor claridad a los antecedentes históricos generales del lugar.

Se consideró también material de ficción sobre la cacería de ballenas, en particular novelas y películas, lo que permitió acercarse a esta actividad no sólo desde lo empírico sino también desde lo ficcional, ampliando la mirada interpretativa de los relatos sobre los encuentros entre cazadores y ballenas que entregaban sus propios protagonistas.

El desarrollo escritural de este trabajo fue complementado con un trabajo visual que incorpora fotografías, grabados y dibujos que grafican de modo directo la forma y los instrumentos con que se llevó a cabo la cacería de ballenas. Cabe resaltar que las fotografías utilizadas fueron obtenidas de tres fuentes. Unas son de propiedad de Juan Hernández, otras estaban en posesión de Carlos Macaya, y las otras forman parte de la Base Iconográfica del proyecto Fondecyt N° 1080115, realizada durante el año 2008. La utilización de este apoyo visual permitió conocer y describir con mayor facilidad el complejo significado de la cacería de ballenas, tanto a nivel mundial como nacional.

El texto se organizó a partir de dos tópicos relacionados entre sí. Uno de ellos tiene que ver con la actividad ballenera a nivel general y el otro, con el caso específico de la tradición ballenera Macaya. El primer ítem es abordado en el primer capítulo de esta monografía, donde se dan a conocer los principales precedentes de la actividad ballenera a nivel mundial, nacional y local. Se abordaron los antecedentes más significativos de la actividad ballenera en el mundo, desde sus primeras formas más rudimentarias de subsistencia, hasta la actividad comercial e industrial. También en esta fase, se incorporaron elementos teóricos sobre el vínculo de la Antropología y el tema de la cacería de ballenas, lo que a su vez justifica el valor que puede alcanzar una monografía de esta naturaleza en nuestra disciplina.

El segundo ítem, comienza en el segundo capítulo y está abocado específicamente a la tradición ballenera Macaya, comenzando con la integración de todas aquellas referencias

que nos permitan comprender ampliamente el contexto en que se gestó la tradición ballenera representada por la familia Macaya en el Golfo de Arauco. En los capítulos posteriores se intentó abordar y reconstruir la historia de una familia que -de distintas maneras y en distintos escenarios- logró dar forma a una de las tantas caras que adopta la cultura ballenera nacional.

Se intentó ordenar los antecedentes recopilados a partir de la reconstrucción de una historia oficial, que es manejada tanto por la familia Macaya como por los principales actores que llevaron a cabo la actividad ballenera. No obstante, el desarrollo de este “relato oficial” fue siendo interrumpido e interferido por la narración de aquellas otras voces no oficiales que se han mantenido silenciadas a lo largo del tiempo, intentándose con ello complementar toda la información recopilada y también relevar aquellos silencios, documentos y antecedentes más inéditos o emblemáticos respecto a esta historia.

La investigación, en fin, recoge y expresa la cultura ballenera que se desarrolló bajo el alero de la tradición de la familia Macaya en *Santa María* y *Chome*, al mismo tiempo que intenta abordar los efectos culturales y sociales que tuvo la industria ballenera en ambos lugares. La relevancia de este particular grupo familiar en la región y la importancia de su historia y tradición, es algo que ustedes -después de leer este trabajo- podrán determinar.

Capítulo I.-
Primer acercamiento a la cacería de ballenas.

I.1- Antropología y Actividad Ballenera de Subsistencia

*De las ballenas poco que decir, como
tampoco de las montañas o los árboles...*

Enormes, mansas, anacrónicas.

Jorge Gibbons

La antropología tiene apenas un siglo como desarrollo profesional, y la diferencia de lo que significa hoy y lo que representaba ésta en sus orígenes es abismal. En todo este tiempo, las metamorfosis que ha vivido la disciplina -tanto en sus métodos como contenidos- hacen que sea difícil de definir como un camino único y certero para acercarnos a los distintos aspectos del ser humano y la cultura. Asimismo, a pesar de su corta edad, cada vez proliferan más especializaciones; divisiones temáticas u orientaciones teóricas, que hacen más compleja la explicación de su objeto de estudio.

La primera referencia acerca de la cacería de ballenas desde la Antropología, la encontré de casualidad, en aquellos teóricos que le dieron origen a esta disciplina. Y cuando digo orígenes, me refiero verdaderamente a los orígenes. Me encontraba leyendo -con un objetivo totalmente distinto- *La Rama Dorada* (1981), de James Frazer, cuando tropecé con la descripción de distintos grupos que se dedicaban a cazar ballenas. Sin lugar a dudas esto me llamó la atención, sin embargo no lograba conectar esta información con el objetivo de realizar un trabajo etnográfico e histórico de la tradición de una familia que se dedicó a la actividad ballenera en mi país. La metodología y cosmovisión de Frazer, así como el universo que él en su momento (y solo desde la teoría) estudió y describió, no tenían nada que ver con lo que yo deseaba hacer. Pude darme cuenta que, a pesar de los orígenes evolucionistas del autor (que se traslucen en cómo se aproxima al tema de los “pueblos primitivos”), éste lograba abordar de manera interesante la práctica ballenera de grupos que habitaban en distintas partes del mundo. Como ya ha pasado mucha agua sobre el río y muchos son los cambios que ha vivido la Antropología desde el siglo XIX hasta la actualidad, hoy en día es posible leer a Frazer, sabiendo que su obra está obsoleta desde el punto de vista metodológico y teórico, sin desvalorizar por eso su contenido. Más allá de las críticas y cuestionamientos éticos y morales que se le pueden hacer a su papel y sus

palabras en el contexto en que surgió, Frazer, como “antropólogo de gabinete”, abordó temas que incluso hoy están en el centro de los estudios y reflexiones antropológicas.

A partir de su lectura pude confirmar que la cacería de ballenas es una actividad que se lleva a cabo desde épocas muy tempranas, desde que distintos grupos se asentaron en las cercanías de los cinco océanos. En la medida que personas de colores y costumbres diferentes, aprendían de lo que observaban en los sectores costeros, se hizo posible que fueran cultivando variadas técnicas para beneficiarse de los productos del mar. De esta manera, muchos grupos aprendieron a aprovechar la carne y los huesos de las ballenas cuando estas varaban, e incluso incursionaron en el desarrollo de tecnologías muy básicas que les permitían cazar a estos grandes mamíferos cuando nadaban en las cercanías de la costa. Así, lenta y paulatinamente, una primera cacería rudimentaria se fue gestando, llegando a adoptar diversas formas y simbologías.

Dentro de sus relatos, Frazer se refiere a la relación que habrían tenido distintos grupos humanos con los cetáceos. Él plantea que en muchas ocasiones la intensidad de las ceremonias y regímenes que se llevan a cabo al cazar a un animal, se ven vinculadas al tamaño, la fuerza y la ferocidad del animal que se va a afrontar y que a los encuentros más peligrosos se le otorga un valor mucho más importante que aquellos en que se enfrentan a animales fáciles de asediar. Es por eso que la caza de grandes animales se ve mayormente cargada de magia, por lo que muchas veces la cacería de ballenas se desarrolla dentro de rituales de mucha complejidad: *“los indios de Nootka Sound se preparan para capturar ballenas cumpliendo un ayuno de una semana, durante el cual comen poquísimos, se bañan varias veces al día, cantan y restriegan su cuerpo miembros y rostro con conchas y ramitas hasta que parecen como si hubieran sido arañados gravemente con zarzales. Deben, igualmente, abstenerse del comercio sexual con sus mujeres durante el mismo período, siendo considerada indispensable para el éxito esta última condición”* (Frazer, 1981: 257).

En otro espacio y lugar muy distinto al anterior, se puede ver que el ritual se configura de manera similar: *“Los balleneros indios malgaches tenían reglas de la misma clase [que los indios de Nootka Sound], durante ocho días antes de hacerse a la mar, los*

tripulantes de un ballenero acostumbraban ayunar, abstenerse de mujeres y alcohol y confesarse unos a otros sus más secretas faltas; si alguno había pecado gravemente le prohibían participar en la expedición” (Frazer, 1981:260).

Los indios Malgaches (Madagascar) y los aborígenes de Nootka Sound (cerca de la Isla de Vancouver) aparecen como uno de los tantos grupos étnicos que se disponían a cazar ballenas con importantes ritos y cuantiosos preparativos, similares a los que muchas veces se utilizaban previo a acciones bélicas. En este caso las ballenas despertaban un gran respeto para la mayoría de los seres humanos, puesto que además de su gran tamaño, se localizan en el mar, lo que le otorga una importante dificultad a quienes se atrevían cazarla. Hay otros casos en que animales de tal magnitud son considerados sagrados por la comunidad y no son cazados de manera intencional. En estas ocasiones la muerte debe ser reparada, principalmente por motivos vinculados a creencias en la superstición, a miedos que se tienen a los espíritus de los cadáveres y también al respeto que genera el papel de ese animal en el entorno en que se encuentra y donde convive con quien lo va a ritualizar. Las actividades llevadas a cabo por los pescadores de Anam, cuando una ballena queda varada en las costas cercanas a su poblado, pueden dar cuenta de ello:

“Sabemos que estos pescadores anamitas dan culto a la ballena en consideración a los beneficios que reporta. Difícil es encontrar una aldea en la costa que no tenga su pequeña pagoda conteniendo huesos de ballena más o menos auténticos. Cuando vara en la orilla un cadáver de ballena, el pueblo le hace un entierro solemne. El hombre que primero la vio actúa de maestro de ceremonias dirigiendo los ritos del mismo modo que, como jefe del duelo y heredero, lo haría por una persona allegada. Usa todas las prendas de luto, el sombrero de paja, su túnica blanca de grandes mangas vuelta del revés y los demás aditamentos de un luto riguroso. Como pariente más próximo, preside el duelo y ritos funerales. Se queman perfumes y velas de incienso, se esparcen hojuelas de oro y plata y se disparan cohetes. Cuando ha sido cortada la carne y extraído el aceite, entierran los restos en la arena, donde construyen un tingladillo y hacen en él ofrendas. Es usual que, algún tiempo después del entierro, el espíritu de la ballena enterrada tome posesión de

alguna persona de la aldea y declare por su boca si es macho o hembra” (Frazer, 1981:266).

Algunos grupos suelen creer que al enfrentar a muerte a distintos animales, pueden nacer en ellos posibles sentimientos de venganza. A partir de esta creencia se establece una relación entre cazador y presa, donde predominan sentimientos de aprecio, respeto y temor frente a los múltiples animales con los que se relaciona y a los que en muchas ocasiones se enfrenta, quitándoles la vida para proveer alimento o utilizar su piel. Esta idea de venganza no se relaciona al animal cazado en su individualidad, sino a la especie cazada en su totalidad. Aunque los cazadores o pescadores se enfrenten a un solo animal, la especie - vinculada al igual que lo seres humanos por lazos de parentesco y obligación- se enfrentaría en su totalidad al enemigo, para vengar en grupo, el cuerpo de su hermano caído. En este sentido, muchas veces el respeto crecía, cuando el animal enfrentado tenía características que le otorgaran al duelo una mayor dificultad y el temor a esa venganza no se generalizaba hacia todas las especies, si no que se centraba en aquellas de mayor tamaño y braveza. Para evitarse sangrientas venganzas, tormentos o maleficios a la tribu y para mantener el equilibrio, la abundancia y la paz, cazadores y pescadores respetan la vida de los animales a los que enfrentan, reglamentando las formas de caza y realizando diversos rituales vinculados a estas prácticas cada vez que era necesario. La ballena constantemente aparece retratada como el mamífero más grande que habita el mar, generando en quienes se aventuraban a cazarla asombro, perplejidad y temor:

“Un animal formidable, cuya vida quita con alegría el cazador salvaje, aunque también con miedo y tembloroso, es la ballena. Después de la pesca de una ballena, los koriakos marítimos del noreste de Siberia celebran una fiesta general cuya parte esencial "se basa en la idea de una visita que la ballena hace a la aldea; de que se queda algún tiempo, durante el cual la tratan con los mayores respetos; de que regresa al mar para repetir su visita al año siguiente e inducir a sus parientes a volver con ella, hablándoles de la recepción tan hospitalaria que la dieron. Según las ideas koriakas, las ballenas, como todos los demás animales, constituyen una tribu o, mejor, una familia de individuos

relacionados, que viven en aldeas como las de los koriakos. Vengan la muerte de uno de los suyos y agradecen las bondades que con ellas se tengan” (Frazer, 1981:591-592).

Muchos siglos antes de que se delimitaran las fronteras de nuestro país, la forma de cacería rudimentaria de ballenas también se llevaba a cabo en este territorio.



Figura 1: Fotografía de imagen de arte rupestre presente en la quebrada El Médano. (Colección NAVISUAL. 2008)

Si bien no hay muchos datos concretos sobre ello, esta primera forma de cacería fue inmortalizada en las rocas de la Quebrada del Médano, al norte de Tal Tal, donde antiguos hombres y mujeres trazaron en color rojo imágenes que reproducían escenas de caza de ballenas con arpón, desde sencillas embarcaciones de cuero de lobo (Niemeyer *et al.*, 1989). Estas imágenes son hoy un enigma para el hombre moderno, que no logra entender, ni afirmar, si era posible la cacería de ballenas en tan precarias condiciones.

Mucho más al sur, la obtención de recursos balleneros fue llevada a cabo también por *Selk'nam*, *Yámanas* y *Kaweskar*, que en ocasiones ocupaban la imagen de los cetáceos para representar a importantes divinidades. El Sacerdote y antropólogo Martín Gusinde,

decía que *Xalpen*,² (una de las divinidades más importantes de los *Selk'nam*), representaba claramente el deseo de adoptar el aspecto de una ballena. Ella tenía alrededor de 6 metros de largo, con una forma ancha, alargada y puntiaguda (Gusinde, 1982).

La antropóloga Anne Chapman refiere además que los *Selk'nam* manejaban cánticos especiales, llevados a cabo por los chamanes que podían lograr -por medio de su voz y su mente- que estos grandes mamíferos se perdieran en el mar y llegaran a la costa. Como la ballena era una fuente de alimento tan importante (por la abundancia de recursos que otorgaba) y a la vez aparecía solo en ocasiones especiales, el varamiento generaba una situación que rompía con lo habitual, donde se juntaban diversos grupos y familias sin importar las divisiones territoriales. Cuando se producían situaciones de escasez de alimentos, se le pedía a los chamanes que invocaran con sus cantos a los dioses y les ayudaran a superar la situación de conflicto, varando una ballena que permitiera la subsistencia y alimentación. Ellos, los chamanes, con sus cánticos llamaban a las ballenas, y así podía, su espíritu, traerla hasta la arena, cargándola en su espalda; “*El chaman imitaba a una ballena en agonía bajo el efecto de encantamiento ‘la ballena esta montada sobre mí. Esta sentada sobre mí. La estoy esperando... Estoy hablando en Aim-shoink, sitio mítico del cielo del norte que se asociaba con la ballena, la estoy esperando’*” (Chapman, 1989: 215).

Un testimonio de Alberto Achacaz, da cuenta de que los varamientos de ballenas tenían similar importancia para los *Kaweskar*:

“De mi niñez (yenap) lo más bonito (layep) era la ceremonia de la ballena (yaktal = cantar). Hacen una ruca (at) tejida (alana) en la que trabajan (alés) todos los hombres y las mujeres quedan aparte. Después se pintaban con arcilla roja y también blanca (parró). ¡Eso era muy bonito, y yo lo alcancé a ver!. Cuando encontrábamos una ballena, cuando había un encuentro de ballena muerta en la playa y no se movía más, ahí estaba listo, había que instalar la ruca ahí mismo y se hacía la ceremonia. Lloraban (akstalstá),

² Divinidad femenina que aparece junto a *Kreen* (que representa la luna) en el Hain, ceremonia de iniciación de los jóvenes varones a la vida adulta. El Hain es una de las actividades rituales más importantes de este grupo (Gusinde, 1982; Masonne y Prieto, 2005).

cantaban y no sé que miércoles hacían, pero a uno le llegaba a correr el alma (ftei) eso sí. Bailábamos, cantábamos a la ballena ¿será?, no me acuerdo que será a lo que cantábamos; yo tenía 7 años” (Vega 1995:54, en Massone y Prieto, 2005:27-28).

Distintamente a los *Selk’nam*, *Kaweskar* y *Yámanas*, poseían conocimientos marítimos y pesqueros. Además de aprovechar los varamientos de los cetáceos, hay documentos que refieren que en algunas ocasiones las ballenas eran asechadas, cuando se las encontraban mar adentro mientras pescaban:

“Si bien la mayor parte de la información se refiere al aprovechamiento de animales varados, hay algunos antecedentes de interés vinculados con la captura de cetáceos o bien el hostigamiento desde embarcaciones como estrategias para asegurar un varamiento. Thomas Bridges relata la caza de una ballena de aproximadamente 6 metros de largo, una hembra juvenil, por parte de los Yámana. Menciona que cerca de diez canoas llegaron trayendo partes de la ballena, la que fue muerta literalmente pulgada por pulgada, habiendo recibido su cuerpo algo así como 100 arponazos. La ballena fue seguida y herida durante dos días” (Massone y Prieto, 2005:27).

Como se puede ver, antropólogos y antropólogas de distintas épocas y lugares, en la medida que se han interesado por el estudio de las personas, sus culturas y sociedades, han abordado, directa e indirectamente el tema de la cacería de ballenas, dando cuenta desde distintas miradas, el papel de los cetáceos en distintos grupos sociales. La actividad ballenera para estos grupos tenía un carácter ligado netamente a la subsistencia y muchos de ellos solo cazaban ballenas de manera ocasional.

Años después, en otro contexto y lugar, se desarrolló una nueva forma de cacería de ballenas, que proliferó y se expandió rápidamente por todo el globo. Esta forma de cacería que no tenía nada que ver con esta primera forma de ballenería de subsistencia.

I.2- Antecedentes de la Actividad Ballenera Comercial

En este otro contexto moderno (temporal, social y culturalmente), la cacería de ballenas aparece como una actividad comercial, completamente ajena a la ballenería de subsistencia. Ésta se puede dividir en dos tradiciones, donde se transmitieron diferentes estrategias y conocimientos acerca de la manera en que se llevaba a cabo la cacería de ballenas y cómo esta práctica se constituía en un nuevo mercado.

Por un lado encontramos una primera tradición de cacería artesanal, que se extiende desde fines del siglo XIX hasta comienzos del siglo XX (Pastene, 1982; Sepúlveda 1997). En esta etapa los instrumentos empleados eran muy sencillos. Se utilizaban embarcaciones a remo, que permitían introducirse unas pocas millas en el mar, para cazar las especies de ballenas que navegaban en la costa. La ballena era atacada de manera directa, con arpones manuales y cuando ya se encontraba muerta era arrastrada hacia la orilla por medio de los mismos botes, para ser faenada en la arena. Esta tradición adquiere muchas diferencias geográficas y temporales, pero abarca a todos aquellos grupos en que las técnicas utilizadas eran entendidas de manera similar; donde los implementos y mecanismos con que los individuos se acercaban a los cetáceos eran muy básicos e implicaban grandes peligros y dificultades en altamar. En la medida que crecía el negocio ballenero y aumentaba el mercado en que se comercializaban los productos obtenidos por la caza de ballenas, la tradición artesanal se fue expandiendo y modificando sustancialmente.

Por otro lado está la tradición industrial, que involucra un incremento aún mayor en la infraestructura de los barcos e instrumentos de caza. En la medida que las flotas balleneras se iban enriqueciendo y contaban con los medios para modificar las tecnologías, las potencias que llevaban a cabo la actividad ballenera, comenzaron a modernizar el negocio ballenero. La cacería moderna o industrial comienza a gestarse cuando se introducen embarcaciones a vela, que le permiten introducirse más adentro en el mar, aunque seguían enfrentando al animal con las estrategias aprendidas de la tradición artesanal, por medio de arpones manuales y desde chalupas a remo que arrastraban en las embarcaciones mayores.

La modernización de las embarcaciones, que funcionaban a vela y posteriormente a carbón u otros combustibles, deja de lado una importante limitante, relacionada con las embarcaciones a remo que se utilizaban anteriormente. En la medida que se incursionaba en nuevas tecnologías que facilitaban el trabajo de las personas, las condiciones en que el oficio ballenero se desarrollaba fueron modificándose y con mejores embarcaciones, la cacería de ballenas rápidamente deja de ser netamente costera. Las nuevas industrias balleneras desarrollan lo que comúnmente se llama como cacería pelágica y que tiene que ver con la dominación del área marítima que antes, con las chalupas a remo, no se podía alcanzar.

Posteriormente fueron introduciendo nuevas herramientas que facilitarían aún más el trabajo del cazador. Rápidamente los barcos balleneros se van modificando y se introduce el arpón de cañón como parte de su infraestructura. Algunas embarcaciones cuentan además con modernas plantas para faenar al interior de los barcos y las que no, llevan el producto obtenido a las plantas que en tierra firme también se habían industrializado. Todos estos cambios implican un notable aumento de producción y también un aumento en la mano de obra necesaria para llevar a cabo la actividad. Esta tradición de cacería de ballenas industrial es la que predomina en gran parte del siglo XX y finaliza entre los años 1983 y 1986, cuando entró en vigencia una moratoria que prohibió la cacería de ballenas con fines comerciales a nivel mundial (Pastene, 1982; Sepúlveda, 1997)³.

Los vascos son quienes aparecen como la primera cultura ballenera propiamente tal, donde la caza de cetáceos pasa a ocupar un papel fundamental en su desarrollo económico, social y cultural. Los vascos aparecen además, como el más importante antecedente- en

³ Integrada por 40 países, la CBI aprobó el año 1982 una moción que prohíbe la caza de ballenas con fines comerciales entre los años 1986–1990. Durante los años 1983-86, de espera de la implementación de la medida, se fijaron cuotas para los países que tradicionalmente capturan cetáceos. La medida fue rechazada por Japón, Unión Soviética, Noruega y Perú. Finalmente la aceptaron con observaciones. El año 82-83 la CBI llamó la atención a Chile porque no respetó su cuota, cazando más cetáceos de los que se le habían asignado. Hasta la actualidad la medida se mantiene vigente. Sin embargo, periódicamente se presentan proyectos de autorización de la caza de los cetáceos. Las campañas de protección de las ballenas que ha impulsado la sociedad civil internacional, han anulado estas iniciativas industriales.

estrategias y características- tanto de la tradición artesanal como la tradición industrial (Cohat, 1990).

Durante la Edad Media los vascos comenzaron a desarrollar la cacería de ballenas, motivados principalmente porque grandes grupos de cetáceos abundaban en las costas de su territorio; en este caso las actuales costas españolas y francesas, a orillas del Cantabria. Por varias décadas se dedicaron con éxito a la cacería, en lugares como Bahía Roja y Viscaya⁴ entre muchos otros, desarrollando técnicas artesanales que les permitieron cazar distintas especies de cetáceos como la *ballena boreal*⁵ y *ballena franca*⁶, que en otoño y primavera acudían a estas zonas de aguas cálidas a tener a sus crías (O'leary, 1997; Cohat, 1990).

Desde las atalayas, construcciones de piedra ubicadas en la cima de las colinas y en los acantilados, se divisaban las manadas de ballenas y se avisaba a los cazadores con fuertes sonidos de tambores tradicionales. Un vigilante permanente era el encargado de dar el aviso sobre la presencia de las ballenas a la comunidad (Azpiazu, 2001). La cacería era netamente costera y artesanal; navegaban en chalupas a remo unas cuantas millas al interior del mar, desde donde escuchaban las órdenes y coordenadas que a viva voz gritaban los vigías que observaban a las ballenas desde la tierra, para luego enfrentarse directamente al animal. La forma de la chalupa ballenera vasca era alargada y estaba construida con madera de roble. Contaba con una tecnología que le permitía adentrarse a altamar y enfrentarse a los cetáceos sin voltear, además medía alrededor de ocho metros de largo, lo que le permitía navegar hacia delante y hacia atrás. Cabían entre 6 y 10 tripulantes de los cuales seis eran *remeros*, que se sentaban en forma alterna en las bancadas, el *popel*, encargado de manejar la chalupa y el *remero de proa* que era también quien lanzaba el arpón, y enfrentaba directamente a la ballena (Cohat, 1990).

Como el enfrentamiento ocurría muy cerca de la costa, la caza de ballenas era considerada un gran espectáculo popular. Rápidamente esta actividad llegó a ser el elemento más importante en la economía de los vascos y les permitió expandirse en el

⁴ Para obtener mayores antecedentes sobre estos lugares se recomienda revisar el artículo de O'leary (1997).

⁵ Nombre científico: *Balaena Mysticetus*.

⁶ Nombre científico: *Eubalaena Glaciales*.

territorio. El mercado de los productos balleneros creció rápidamente y en la mayoría de los puertos de Europa se comercializó el aceite obtenido de la grasa de ballena, principal producto ballenero que era utilizado especialmente para el alumbrado de las villas medievales (Aspiazu, 2001; Cohat 1990).

Además de la gran rentabilidad que mostraba por si sola la actividad ballenera, el interés de los países vecinos por este negocio y los capitales que muchos extranjeros insertan en este mercado, facilita su rápido desarrollo. Poco a poco los habitantes de los países de Europa no solo quieren consumir productos balleneros, si no que comienzan a interesarse por formar parte del fructífero negocio de la cacería de ballenas. Pero la abundancia de cetáceos y la prosperidad del mercado no duró; solo se extendió por alrededor de 50 años, hasta que los *stock* de ballenas disminuyeron en las costas de Viscaya (Cohat, 1990; O'leari, 1997). Aparte de de la disminución de cetáceos, los conflictos políticos que sumergían al país vasco a fines del siglo XV determinaron el declive de su naciente industria ballenera, situación que fue aprovechada por aquellas potencias que, desde varios años antes, miraban con ambición el negocio ballenero: *“en el siglo XVI la historia de la cacería de ballenas inicia un nuevo giro. Los continuos enfrentamientos entre el reino de Francia y la corona Española arruinan las florecientes empresas vascas. En el mismo período dos países, Holanda e Inglaterra, se disputan el dominio de las grandes rutas marítimas de los vascos”* (Cohat, 1990:50).

En un comienzo las embarcaciones de estas nuevas potencias eran tripuladas principalmente por marinos y cazadores vascos, que enseñaban sus conocimientos al resto de la tripulación. Pero en la medida que los ingleses aprenden el oficio se apropian de él y a los mismos vascos que les habían enseñado a sus tripulaciones, se les prohíbe navegar por las nuevas rutas balleneras, impidiendo así que la actividad ballenera vasca pueda volver a florecer (Cohat, 1990).

Las empresas que levantaron los colonos ingleses en Nueva Inglaterra y Nueva Escocia desde mediados del siglo XVII, eran de similares características que las llevadas a cabo por los vascos en la Edad Media, así como las técnicas que utilizaban para la caza.



Figuras 2 y 3: Dibujos sobre la caza de ballenas inglesa. (Autor: Edward Orme, colección de la Industria Europea, en el Museo de la Universidad Kyushu, Japón. 1813).

En la medida que el mercado ballenero crece, los ingleses comienzan a introducir cambios en sus estrategias, modificando la forma artesanal de cazar ballenas y remplazando la cacería costera por la cacería pelágica. Como se puede ver en estas imágenes, los ingleses comienzan a ampliar sus rutas de caza, expandiéndose por todos los continentes. Las embarcaciones a vela les permiten navegar cientos de millas al interior del mar y solo

cuando están cerca de las ballenas bajan las chalupas a remo para aproximarse y llevar a cabo la cacería con sus arpones manuales.

Con este nuevo método la industria ballenera inglesa rápidamente alcanza la cima y prontamente alcanzan el dominio de las nuevas rutas, por lo que el mar se ve plagado de barcos de bandera inglesa. Durante varios años encabezaron la actividad económica en los distintos continentes, llenando sus puertos de aceite de ballenas, esperma y muchos otros productos que comercializaban al resto de Europa y sus colonias.

A pesar de que los ingleses logran levantar la caza de ballenas por sobre los demás países, teniendo grandes cantidades de barcos repartidos en sus puertos coloniales de Norteamérica, Australia y Nueva Zelanda, poco a poco ésta comienza a decaer. Si bien en un comienzo la guerra de independencia perjudicó a los colonos de Nueva Inglaterra y permitió que la colonia británica se apropiara de su industria ballenera, la guerra con Francia -liderada por Napoleón- no daría los mismos resultados y debilitaría esta industria de manera irreversible (Cohat, 1990).

En 1815, luego de que se llegara a un acuerdo pacífico entre ingleses y norteamericanos, los puertos que habían decaído en manos de los ingleses vuelven a levantarse. Los barcos balleneros norteamericanos prontamente logran recuperar la fuerza que habían tenido sus empresas cuando aún formaban parte de la colonia inglesa y se encontraban en su mayor apogeo. El negocio altamente rentable impulsa sus aventuras y desventuras siguiendo las rutas del Atlántico y del Pacífico. El período de mayor opulencia de la cacería de ballenas en Estados Unidos dura alrededor de 25 años, y es lo que se denomina como la *edad de oro*, que se extiende aproximadamente desde el año 1845 hasta 1870, donde se mantienen en pie cerca de 50 puertos balleneros con centenares de embarcaciones navegando por toda la región (Cohat, 1990).

En el siglo XIX, los norteamericanos ocuparon el papel que anteriormente ocupaban los ingleses respecto al desarrollo de la actividad ballenera. A diferencia de los otros cazadores, éstos comenzaron a capturar principalmente al cachalote, que además de otorgar importantes fuentes de grasa y aceite, proporcionaba nuevos productos como el esperma

(blanco de ballena) y el ámbar gris, que revolucionarían la industria ballenera (Cartes, 2009).

El auge de la actividad ballenera norteamericana encuentra su razón por un lado en el decaimiento de las industrias balleneras europeas y también en la inminente revolución industrial, ya que los productos obtenidos de las ballenas son especialmente requeridos como lubricantes de todo tipo de maquinarias, como combustible y principalmente para la iluminación de las ciudades. Sin embargo, a pesar de que la actividad ballenera es altamente productiva y trae grandes beneficios económicos, el trabajo ballenero no es fácil y hay que pasar varios meses u años en altamar. Los hombres siguen enfrentando al cetáceo cuerpo a cuerpo, de la misma forma que los ingleses, desde chalupas balleneras que son arrastradas por grandes embarcaciones que les permiten navegar sin problema por el mar.



Figura 4: Dibujo de una escena típica de cacería artesanal, llevada a cabo por norteamericanos. (Autor: Currier & Ives. Colección: biblioteca del Congreso EEUU fecha: 1856-1907. EEUU.)

El dibujo ilustra un barco norteamericano en altamar, sin nada más alrededor que la gran ballena que ha sido asesinada, la chalupa y su tripulación. Se dice que el oficio ballenero era complicado y solitario; además de arriesgarse en cada enfrentamiento, los

cazadores pasaban gran parte de su vida solos en altamar, sin ver a nadie más que sus compañeros de tripulación y las ballenas que iban a asechar.

De todos los puertos balleneros que nacieron en Estados Unidos, son dos los que han trascendido en la historia, siendo reconocidos como las más importantes estaciones balleneras de todo el mundo: Nantucket y New Bedford. Ambos poblados encontraron su origen cuando Norteamérica aún no se independizaba y Nueva Inglaterra era aún parte de la colonia Inglesa.

Nantucket era un lugar muy particular, ya que los hombres que se dedicaban a la cacería de los grandes cetáceos eran el hilo central en la constitución de la identidad de este puerto. El resto de los habitantes que no se dedicaban a la cacería cumplían distintas labores relacionadas también con la industria ballenera, en una serie de empresas y fábricas vinculadas a la comercialización de los productos balleneros, como la creación de arpones, velas y toda clase de instrumentos y herramientas que se utilizaban en los barcos balleneros.

Por otro lado, New Bedford es reconocido como la capital americana de la cacería del cachalote, por ende, no solo se caracterizó por la producción de aceite sino también del espermaceti y el ámbar gris. En este puerto, al igual que en Nantucket, casi el total de la población se encontraba vinculada de una u otra forma a la industria ballenera, ya sea como cazadores, fabricantes de velas, comerciantes o herreros. Por excelencia este puerto representa en su arquitectura la prosperidad de la actividad ballenera; la riqueza y la abundancia de su pasado se hacen visibles en todas sus calles. A pesar de que las dimensiones geográficas y demográficas no se pueden comparar con el tamaño de las grandes ciudades de Norteamérica, la renta per cápita que poseía alcanzó a ser una de las más altas del mundo (Cohat, 1990).

Como la identidad se constituye entorno a la actividad ballenera, en ambos puertos la población se caracteriza por la heterogeneidad de colores y lenguajes, ya que solían llegar inmigrantes de todas partes del mundo, desde hombres que venían de las potencias

que anteriormente se dedicaron a la actividad ballenera en Europa, hasta hombres de los lugares más remotos de África, América y Oceanía, por donde pasaban las embarcaciones en sus rutas de caza.

A fines del siglo XVIII la producción comienza a bajar, el número de ejemplares cazados en cada campaña disminuye notablemente lo que hace cada vez menos rentable esta actividad. Además de la disminución de los productos obtenidos en altamar, el aceite de ballena deja de ser tan requerido como antes, ya que con la aparición del petróleo en América se comienza a sustituir el uso anteriormente dado al aceite de ballenas sobre todo como combustible y en iluminación.

En la medida que el escenario se va transformando -donde las ballenas son cada vez más escasas y a la vez existe una mayor demanda y competencia-, los distintos agentes que participan en la cacería de ballenas van multiplicándose, al mismo tiempo que van adquiriendo nuevas formas y estrategias de caza, para superar las dificultades y mantener la producción, lo que lleva a que se modifiquen también las herramientas para llevar a cabo esta práctica. El cambio más importante se debe a la aparición del arpón de cañón, y refleja los intereses que se tenían frente a un fuerte aumento en la demanda. Esta innovación técnica, liderada por los Noruegos, se desarrolla durante el año 1864 y marca un antes y un después en este oficio, ya que implica un gran aumento en la producción, debido a que las ballenas son cazadas ahora desde el mismo barco a una distancia de incluso 50 metros. Al disminuir el peligro para el cazador, este no solo aumenta el número de ejemplares cazados por temporada, sino que además accede a especies que antes había temido y respetado como el rorcual⁷, que nunca había sido cazado, por la fuerza y velocidad con que reaccionaba frente a los ataques.

El nuevo arpón de cañón a pólvora se lanza desde la embarcación, se inserta en el cuerpo del animal y luego explota, lo que facilita enormemente la muerte del animal. El cambio es grande, y perjudicial para la sobrevivencia de las distintas especies de cetáceos. Luego de realizada la cacería, los cuerpos son trasladados hacia la costa para ser faenados

⁷Nombre científico: *Balaenoptera physalus*.

en las factorías que se desarrollan en diversas bahías; *“La factoría se construye en una bahía o lugar abrigado de la costa. Ésta provista de una rampa sobre la cual se desliza la ballena para ser despedazada. Tras practicar algunas incisiones en la ballena, se desprende la grasa por medio de un gancho unido a un cable. El gancho va enrollado a un torno accionado por una potente máquina de vapor. Seguidamente la grasa pasa a una máquina donde se corta en finas lonchas y luego se lleva a una gran caldera sin tapa donde será fundida”* (Cohat, 1990:117).

Luego del cambio sustancial que significó la creación del arpón a cañón, muchos otros países se introdujeron en esta industria. Entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX el mercado ballenero norteamericano decae, el contexto cambia y se va caracterizando por la emergencia de nuevas potencias balleneras. Después de la Primera Guerra Mundial, la caza pelágica aumenta y se vuelve a acentuar luego de la Segunda Guerra, debido al crecimiento en la demanda de aceite. Al mismo tiempo, los barcos factoría se fueron modernizando y sólo la adquisición de nuevas tecnologías les permitía satisfacer esta demanda. Además de Noruega, países como Holanda, la Unión Soviética y Japón se van consolidando como las principales potencias de esta industria. En la década de los ochenta el comercio internacional de ballenas estaba en su peor momento, a pesar de ello, la caza comercial, en menor escala, seguía presente y continuaba realizándose en manos de estas últimas potencias.

Poco a poco la lucha de Estados Unidos no se relaciona con volver a levantar sus mercados balleneros, si no al contrario, se vincula al deseo de acabar con la industria que encabezan ahora países “conflictivos”, como la URSS. Es por eso que, en manos de la nación norteamericana, ya habían comenzado las primeras gestiones para levantar una moratoria frente a la cacería de ballenas.

A pesar de ello, Estados Unidos e Inglaterra aparecen como los principales antecedentes en cuanto a la actividad ballenera en territorio chileno. El desarrollo de la actividad ballenera en mano de los ingleses y norteamericanos permitió que las embarcaciones, en la medida que expandían sus zonas de caza, llegaran a territorio nacional.

I.3- Antecedentes de la Actividad Ballenera Comercial en Territorio Nacional

La actividad ballenera en Chile nació y se consolidó bajo la influencia de la industria extranjera. Se reconoce entonces una primera etapa –en cuanto al desarrollo de la actividad ballenera en territorio nacional- que se inicia en el último cuarto del siglo XVIII y se habría extendido hasta 1880. Este período se caracterizó por la presencia exclusiva de embarcaciones de bandera extranjera, que habrían llegado, en la medida que iban ampliando el territorio donde llevaban a cabo la cacería (Pastene, 1982).

La competencia en la industria crecía, y se fueron ampliando las rutas hasta el Océano Pacífico; así barcos extranjeros fueron llegando a las costas de países donde aún no se desarrollaba de manera comercial la cacería de ballenas. Los cazadores veían con ambición y optimismo como el Océano Pacífico seguía lleno de cetáceos, a pesar de que en los mares de Asia, Europa y Norteamérica las ballenas poco a poco iban disminuyendo.

La abundancia de cetáceos en el territorio marítimo chileno, hace que los recursos obtenidos de la cacería de ballenas sean durante los comienzos de este período, muy altos, lo que era celebrado en Europa y Norteamérica. Los barriles de aceite, como el principal producto obtenido, eran vendidos a muy buenos precios a todas las grandes ciudades del mundo, donde era utilizado como combustible para la iluminación, y para la lubricación de grandes maquinarias de diversos tipos, protagonistas de este período marcado además por la revolución industrial (Filippi, 1997).

Si ya a un nivel global hablábamos de diversidad en cuanto al desarrollo de la industria ballenera, en nuestro país particularmente, ésta se caracterizó por configurarse en torno a las múltiples influencias de las distintas potencias en dicha actividad. Los ingleses fueron los pioneros en la cacería de ballenas en el Océano Pacífico, siendo los primeros en llegar a las costas de nuestro país. Fueron ellos quienes dieron pie a la llegada de los balleneros posteriores, en cuyos barcos se reconoce la bandera norteamericana y la francesa, entre otras.

El segundo período de la actividad ballenera nacional se caracterizó por el término de las actividades foráneas y el comienzo de la gestión en manos de empresarios chilenos. Esta segunda etapa comienza a fines del siglo XIX y finaliza en el año 1984, cuando Chile prohíbe legalmente la cacería comercial de ballenas⁸.

Luis Pastene refiere que el inicio de este período se ve marcado por el trabajo de pequeñas empresas familiares, que cazaban de manera artesanal, similar a la forma de cacería llevada a cabo por los vascos y que sólo en los primeros años del siglo XX se inicia la industria chilena propiamente tal. Otros autores plantean que, entre este primer período de cacería en manos de extranjeros y el segundo período de empresarios chilenos dedicados a la actividad ballenera, se pasa por un período de transición, donde la actividad ballenera extranjera disminuye notablemente y surgen pequeñas empresas balleneras instauradas principalmente en la Antártica, por extranjeros que comienzan a hacer patria en nuestro país, pero éstas no llegan a alcanzar la rentabilidad necesaria para permanecer en el tiempo (Marangunic y Jaramillo, 1959).

Este segundo momento está marcado por la influencia de los mismos países extranjeros que en un primer momento habían llegado a cazar ballenas a territorio nacional, pero esta vez, los protagonistas son personas que se quedaban en estas tierras haciendo de Chile su nación. Se habla entonces de diferentes empresas nacionales, que adoptaron nuevas características en cuanto al desarrollo de la industria ballenera, pero que seguían

⁸ Chile al momento de su dictación suscribió la Convención Internacional Para la Regulación de la Caza de Ballenas (02.12.46) junto a la CBI. Las ratificó el 27 de junio de 1979, a través del Decreto Supremo N° 489 del 11.06.79, con una observación que respaldó lo que había sido su política en esta materia: ninguna de las normas de la CBI podrá limitar los derechos soberanos que posee el país en sus 200 millas jurisdiccionales, tal cual lo estipulaban los convenios que mantenía con Ecuador y Perú desde 1952 y que no permitían limitar la capacidad de desarrollo de esta área industrial.

El año 1982 la CBI vota a favor de la instauración de una moratoria internacional que prohíbe la cacería de ballenas en las costas del mundo debido a la notable disminución de cetáceos. Chile implementó la medida el año 1984, prohibiendo legalmente en todo el territorio nacional la captura comercial de cetáceos.

Los Decretos exentos N° 135/2005 y 434/2007 que modificó el Decreto Exento N° 225/1995 del Ministerio de Economía, Fomento y Reconstrucción, y que establecen veda por 30 años para determinados mamíferos, reptiles y aves hidrobiológicas, constituyen la norma más estable de la legislación nacional de protección a los cetáceos. La decisión de la CBI consideró que la cacería dejaba de ser rentable para solventar la economía de algún país o grupo social. Causó el cierre de cientos de factorías, resultando perjudicial para la población que se dedica a este rubro.

teniendo una fuerte influencia de los modelos y estrategias utilizadas por las empresas extranjeras que años antes habían llegado a este territorio.

Como el surgimiento de las nuevas empresas balleneras nacionales se vio determinada por la llegada de los cazadores extranjeros, las primeras empresas surgieron en los sectores más australes del país, principalmente en las cercanías al Estrecho de Magallanes, punto de entrada desde el Océano Atlántico hasta el Océano Pacífico. Ordenar estas balleneras nacionales con su nombre, ubicación y fecha en el mapa nacional, ayuda a comprender la forma en que se fue constituyendo este segundo período:

Figura 5: Mapa de las Principales Factorías Balleneras en Chile⁹



Iquique
Compañía Industrial Ltda.
1957-1963

Valparaíso
Compañía Industrial Ltda.
1943-1965

Isla Santa María-Chome
Industria ballenera Macaya Hnos y Cia
1890-1983

Valdivia (San Carlos- Corral)
Sociedad Ballenera y Pescadora de Valdivia
1906-1913/ 1913-1936

Chiloé (San Pedro-Quellón)
Flota de Chr. Christensen de Sandefjor
1909-1917

Punta Arenas (Bahía Águila)
Sociedad Ballenera de Magallanes.
1905-1915

⁹Para profundizar en el desarrollo y características de estas diferentes empresas balleneras nacionales se recomienda revisar los documentos de Sepúlveda (1997) y Martinic (1977).

Como se puede ver en este mapa, las empresas que se desarrollaron a lo largo del país tuvieron sus inicios en los primeros años del siglo XX y fue en el sur donde se llevaron a cabo en sus momentos iniciales. Balleneras como las que se ubicaron en Bahía Águila, San Pedro o San Carlos, fueron solo algunas de las que se crearon en estos primeros años. A pesar de las distintas características que cada una de estas empresas pudo haber adoptado, tienen un elemento en común: todas ellas se ven delimitadas y determinadas por el orden del capital; por las ganancias y pérdidas que podían haber tenido sus dueños y por ende, por la rentabilidad que tuviera -en un determinado momento y lugar- la actividad ballenera. Por esta razón, muchas de ellas cambiaban constantemente de nombre y de dueño, de acuerdo a las asociaciones que sus inversionistas iban realizando. A la vez, en cuanto a su tiempo de permanencia en el mercado nacional, algunas empresas duraban algunos años, desaparecían y volvían a reaparecer, según el valor que adquiriera el aceite de ballena, los capitales que los dueños tuvieran para invertir y las características que el mercado ballenero adoptara en ese determinado momento.

Muchas de estas primeras empresas no desarrollaron con gran rentabilidad la actividad ballenera, por lo que comúnmente se veían envueltas en problemas económicos. A raíz de esto, las empresas más pequeñas se mantenían en pie por pequeños lapsos de tiempo y luego se vendían o asociaban a otras empresas más importantes que manejaban mayor cantidad de capital. Aquellas tres empresas desarrolladas en San Pedro, San Carlos y Bahía Águila, son al mismo tiempo frutos y gestoras de otras muchas asociaciones balleneras (Marangunic y Jaramillo, 1959).

Más al norte las cosas son muy distintas. Si bien existían algunas empresas balleneras trabajando en otros puntos del país, el escenario se modifica completamente en el momento en que la empresa INDUS se inserta en este mercado comprando dos factorías y haciéndose cargo del desarrollo de este rubro tanto en Iquique como en Quintay (V Región). En este caso, la industria se llevó a cabo de una manera mucho más uniforme que en el sur, debido a que se encontraba en manos de una sola empresa, que poseía grandes capitales que le servirían para impulsar el negocio a un alto nivel productivo, por lo que llegó a ocupar un papel protagónico en la industria ballenera nacional.

La actividad ballenera se presentó en el país como una actividad importante en tanto determinó a distintos grupos de nuestra población, sin embargo, el desarrollo de la ballenería nunca alcanzó un papel central dentro de la economía nacional: *“La producción de aceite de ballena en Chile, en la actualidad sobrepasa en el mejor de los casos de unas siete mil a ocho mil toneladas, lo que representa algo más del 1% de la producción mundial. No hay necesidad de ningún comentario para dejar establecido que es pequeñísima, en relación a las condiciones naturales y a las necesidades de nuestro país”* (Marangunic y Jaramillo, 1959:72).

A pesar de ello, la actividad ballenera se realizó de manera permanente por casi dos siglos, por lo que no se podría negar que en Chile existió una cultura ballenera, entendiendo ésta como aquel *“conocimiento compartido sobre la cacería de ballenas transmitido a través de generaciones”* (Takahachi et al., 1988). *“Conocimiento que implica un patrimonio y cosmovisión común, una comprensión de las relaciones ecológicas, espirituales, tecnológicas entre seres humanos y ballenas, procesos de distribución espaciales y una cultura alimenticia”* (Akimichi, 1988:75).

Consideremos además la apreciación semiótica sobre el concepto de *cultura* de Clifford Geertz;

“El concepto de cultura que propugno y cuya utilidad procuran demostrar los ensayos que siguen es esencialmente un concepto semiótico. Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie” (Geertz, 1992:20).

La cultura aparece como un entramado de significaciones distintas entre sí que van dando sentido al mundo que nos rodea y configuran las interrelaciones que se establecen

entre los individuos y su entorno. La cultura, en este caso ballenera, está ahí. No como algo material y tampoco en la mente de las personas (a pesar que posee ideas), sino como una “*acción simbólica*” presente en todas aquellas cosas que las personas, en su interrelación con su mundo, simbolizan y significan.

En este sentido, la *cultura ballenera* en Chile es algo más complejo de lo que parece, ya que alude a una tradición que llegó a nuestras costas a través de diversas culturas extranjeras, que no provenían de un mismo lugar y que por ende no arrastraban ni los mismos conocimientos balleneros, ni los mismos códigos éticos y culturales. Así, en el caso de Chile, la cultura ballenera que se presenta adopta distintas formas y características, ya que en cada uno de los espacios en que se desarrolló, se ve fuertemente influenciada por la forma en que distintas empresas extranjeras llevaron a cabo dicha actividad en el territorio nacional y, a la vez, se va construyendo y determinando a partir de la incorporación de elementos propios, diferentes en cada uno de estos grupos que llevan a cabo la cacería de ballenas (Carreño y Espinoza, 2010).

La cultura ballenera que se reproduce en Chile es entonces “*una y múltiple, “una” porque tiene que ver básicamente con la caza de ballenas, y “múltiple” porque esta tarea ha sido desarrollada de diversas maneras en diferentes partes del mundo [y de Chile] a través del tiempo*” (Carreño y Espinoza, 2010: 1).

Por ello, la tradición ballenera que se desarrolló en nuestro territorio nacional es difícil de definir, porque se constituye a partir de distintas formas de culturas balleneras que se llevaban a cabo en un determinado espacio y lugar, sin llegar a ser determinantes para la totalidad de la sociedad nacional. Lo más sustantivo a la hora de rescatar el valor y la importancia de la cultura ballenera nacional, no es tanto mencionar las distintas industrias balleneras que se llevaron a cabo en las costas de nuestro país y reconocer la importancia de la influencia de las industrias extranjeras que llegaron tiempo antes a nuestro territorio, sino que sobre todo es conocer y describir en profundidad cada uno de los lugares donde se pudo

llevar a cabo la actividad ballenera y cómo ello redundó en la construcción de un *ethos*¹⁰ particular de cada uno de esos lugares y sus habitantes.

De modo que para estudiar la cultura ballenera que existió en un determinado lugar, no basta con aplicar una teoría determinada o discutir sobre ella como concepto. Podemos en cambio, estudiar las conductas humanas dentro de su propio contexto cultural, a través de la observación participante, para así comprender el sentido que tiene cada uno de los hilos que configuran este entramado, desde los más claros y superficiales, hasta llegar a aquellos que están más ocultos, intentando comprender el sentido que cada uno de ellos tiene en y desde la práctica, y no desde la teoría.

“Entendida como sistemas en interacción de signos interpretables, la cultura no es una entidad, algo a lo que puedan atribuirse de manera causal acontecimientos sociales, modos de conducta, instituciones o procesos sociales; la cultura es un contexto dentro del cual pueden describirse todos esos fenómenos de manera inteligible, es decir, densa. Observar lo corriente en lugares en que esto asume formas no habituales muestra no como a menudo se ha pretendido, la arbitrariedad de la conducta humana, sino la medida en que su significación varía según el esquema de vida que lo informa. Comprender la cultura de un pueblo supone captar su carácter normal sin reducir su particularidad (...) dicha comprensión los hace accesibles, los coloca en el marco de sus propias trivialidades y disipa su opacidad” (Geertz, 1992: 27).

En este caso, la descripción de la *cultura ballenera*, se hará por medio de una *descripción densa*, donde además de observar, se busca interpretar lo que se ve, se lee y escucha. Así, no seré yo, como investigadora, quien de la respuesta sobre lo que es la tradición ballenera. Sino que, como observadora e interpretadora, reproduciré aquellas

¹⁰ “Ethos significa etimológicamente costumbre, hábito, habitat, casa y morada. Es decir, un lugar protector en el cual el individuo nace, crece y se desarrolla; un lugar no elegido sino que dado, donde el individuo se constituye como tal. El ser del individuo se constituye como tal según su propio ethos, aunque el ethos no es el ámbito exclusivo de la constitución del ser. La genealogía del ethos es un proceso social formado en un extenso tiempo histórico...; sus cambios no acontecen en la inmediatez del hecho histórico, sino que suceden imperceptiblemente en extensos períodos” (Espinoza, *et al.* 1999: 83).

voces ocultas que son en sí misma la respuesta buscada. En la medida que describa y reproduzca lo que estas voces me dicen, intentaré dar a conocer la forma en que se configuró la tradición ballenera que surgió en el Golfo de Arauco en torno a la familia Macaya.

Capítulo II.-

Los Comienzos de la historia. Antecedentes históricos y mitológicos sobre el Origen de la Tradición Ballenera Macaya.

La tradición ballenera a la que dio forma la familia Macaya se desarrolló en dos puntos geográficos: La Isla *Santa María* y caleta *Chome*, dos lugares que marcarían diferencias muy trascendentales en la forma que adquiere el desarrollo de la cultura ballenera que ellos encarnarían.



Figura 6: Mapa que muestra la ubicación de Santa María y Chome, en el Golfo de Arauco, Región del Bio Bio.

Como se puede ver en el mapa, hay una notoria cercanía entre *Santa María* y *Chome*; por un lado *Santa María* se encuentra al frente de la Ciudad de Lota, mientras que la pequeña caleta llamada hoy en día *Chome*, queda en la Península de Hualpén, ambos lugares ubicados en el Golfo de Arauco. Distintas generaciones de la familia Macaya utilizaron estos dos escenarios para llevar a cabo una empresa familiar que constituiría una de las representaciones de cultura ballenera más importantes de nuestro país.

II.1- Antecedentes de la Actividad Ballenera en el Golfo de Arauco

La tradición ballenera que los Macaya lograron mantener en el tiempo no se creó de manera aislada, nació y se configuró en el Golfo de Arauco, un punto del país en el que la actividad ballenera se desarrolló de manera continua e intensiva durante muchos años. Al

igual que en el resto del país, la historia de la industria ballenera que se desarrolla en este sector puede dividirse en dos períodos; un primer momento caracterizado por la explotación del recurso ballenero en manos de embarcaciones extranjeras (primera mitad del siglo XIX) y un segundo período caracterizado por la finalización de estas actividades extranjeras y por el inicio de una actividad ballenera nacional.

Los ingleses fueron los primeros en considerar la profusión de los recursos balleneros en el Golfo de Arauco, navegando por sus aguas muy tempranamente (desde fines del siglo XVIII) y ejerciendo el monopolio por varias décadas, ellos comienzan a operar en el Océano Pacífico en la medida que sus embarcaciones balleneras atravesaban desde el Océano Atlántico por el Cabo de Hornos para realizar capturas de ballenas que migraban hacia las costas del Océano Pacífico (Martinic, 1975). Rápidamente las flotas inglesas comienzan a debilitarse y en los primeros años del siglo XIX la industria pierde la fuerza alcanzada, siendo rápidamente remplazada por las nuevas flotas de bandera norteamericana. Se debe mencionar que barcos de otras nacionalidades también utilizaron el territorio marítimo del Golfo de Arauco para llevar a cabo sus empresas balleneras, sin embargo no logran competir con las empresas norteamericanas, que eran pioneras de la actividad a nivel mundial. Es por ello que tampoco alcanzan a influir (comercial y culturalmente) en la costa nacional, como si lo hicieron los balleneros norteamericanos (Martinic, 1975; Cohat, 1990).

La fragata *Beaver* es la primera embarcación ballenera norteamericana que navega en aguas chilenas, en el año 1790, marcando el inicio de una tradición que se mantiene por muchos años (Cartes, 2009). Las naves norteamericanas seguían la misma ruta que las naves inglesas; llegando por el Cabo de Hornos y subiendo por el Pacífico, donde aprovechaban desde los más grandes puertos, hasta las más recónditas caletas como puntos estratégicos de recalada. Los veleros norteamericanos emprendían largos viajes siguiendo las rutas migratorias de los distintos tipos de cetáceos y cruzaban desde el Atlántico hacia el Pacífico por territorio chileno. Las embarcaciones norteamericanas “*bajaban por el*

atlántico llegaban al Cabo de Hornos, esperaban ahí a que mejorara un poco el tiempo, cruzaban el cabo de hornos y subían ahí por el pacífico para arriba hacia el norte”¹¹

Las embarcaciones demoraban varios meses en recorrer este tramo y por eso era necesario parar en distintos puntos para buscar alimento y reponer las fuerzas necesarias para continuar el viaje. Los lugares de detención estaban planeados de manera estratégica, debido a la ubicación de estos mismos y las facilidades que se tuvieran para arribar. Por eso, aunque los recorridos fueran realizados por diferentes empresas y embarcaciones, estos puntos de desembarque se solían repetir en el tiempo. Cada lugar -fueran pequeñas y escondidas caletas o grandes puertos de mayor renombre- estaba preparado para recibir a estos barcos balleneros.

Algunos de estos lugares a los que llegaron tempranamente los veleros balleneros fueron la isla Mocha, *“donde las expediciones se servían de la isla como base de aprovisionamiento y lugar seguro y discreto para el beneficio de la pesca”* (Cartes, 2009:47). Y también la isla Santa María; *“Llegaban acá. La primera recalada que hacían por el pacífico era la Isla Santa María. Después entraban a Talcahuano y de Talcahuano se iban hacia el norte y por ahí entraban a Arica y Perú. Demoraban tres años en regresar a estados unidos los veleros”¹².*

Al mismo tiempo que los habitantes de estos poblados le prestaban determinados servicios a los marinos (como agua, alimento, y hospedaje), éstos se iban acostumbrando a su presencia, conociendo sus actividades y compartiendo sus conocimientos. Así, la isla Santa María y el puerto de Talcahuano eran constantemente visitados por embarcaciones balleneras; que se detenían para reparar las naves, luego de atravesar el Estrecho de Magallanes o para proveerse de agua, leña y alimento para sus tripulantes. En estos lugares, arribaban también cazadores que dejaban sus embarcaciones, cansados del ritmo de vida que llevaban, ya que los viajes se podían extender por varios años, antes de regresar a los

¹¹ Fragmento de entrevista a Carlos Macaya, realizada en Chome durante enero del 2010.

¹² Idem.

puertos Norteamericanos y eran remplazados por pescadores de la zona, que se embarcaban en los balleneros y aprendían ahí el oficio (Cartes, 2009).

Cartes, encuentra un antecedente de prensa que refleja la importancia del puerto de Talcahuano para la actividad ballenera mundial:

“Es significativo el número de balleneros que recalán en Talcahuano procedentes de sus lugares de pesca, con el objeto de refrescar su gente y víveres. Todos manifiestan transportar barriles de aceite de ballena. La tripulación por barco oscila entre veinte y treinta y dos hombres, alcanzando al año unos mil quinientos marineros de habla inglesa y francesa que pasan por Talcahuano y Concepción” (El Faro del Bío Bío N°12, 1834 en Cartes, 2009: 70).

Como se puede ver desde de la cita anterior, desde épocas muy tempranas los habitantes del Golfo de Arauco tuvieron un fuerte contacto con tripulaciones balleneras extranjeras, principalmente norteamericanas, lo que determinó la forma en que se constituiría la actividad ballenera en ese sector.

Pero la a industria ballenera norteamericana también fue decayendo y al igual como había sucedido en los otros puntos del Atlántico, el número de cetáceos cazados en cada expedición fue disminuyendo. Por otro lado, el aceite de ballena comienza a ser remplazado por otros productos, principalmente por derivados del petróleo, lo que hace que las expediciones sean cada vez menos rentables (Aguayo y Maturana, 1973).

En el año 1925, la cacería ballenas en manos de norteamericanos se da por concluida en la costa nacional y son otras industrias como la japonesa, soviética y noruega, las que alcanzan el mayor auge a nivel mundial y nacional (Reeves y Smith, 2003).

Los antecedentes antes mencionados muestran cómo la ballenería norteamericana era desarrollada en las costas chilenas y explica la influencia que se puede ver en las empresas balleneras nacionales que, posteriormente, se desarrollarían en este sector.

Décadas después de la independencia de Chile, cuando se vivía un momento de gran auge minero, se abren nuevos canales de comercio marítimo y en el país se comienza a invertir en construcciones navales. Como ya se mencionó en el capítulo anterior, en este contexto se comienzan a formar muchas nuevas sociedades balleneras que ahora poseían una bandera nacional (Martinic, 1977).

A fines 1840 Pedro del Río Zañartu forma una sociedad ballenera en Talcahuano que llegó a contar con 9 barcos y el 6 de septiembre de 1871 se crea la Compañía Chilena de Balleneros. Las embarcaciones utilizadas eran comprados en Estados Unidos y las técnicas de caza utilizadas se veían también influenciadas fuertemente por los norteamericanos, ya que muchos de los tripulantes de estos barcos provenían de Estados Unidos (Cartes, 2009). En este período funcionó también la Compañía Ballenera Mathieu y Brañas¹³, que se mantuvo en pie hasta fines del siglo XIX (Aguayo *et al.* 1998). Gran parte de la grasa obtenida por estos balleneros, era utilizada como combustible en el desarrollo de la actividad minera. Lota por ejemplo, pequeña ciudad que se sitúa a algunos kilómetros de Talcahuano, fue una de las ciudades donde más producto ballenero llegaba, y gran parte de la iluminación utilizada en las minas y en la propia ciudad era generada con aceite de ballena.

La sociedad Ballenera Toro y Martínez, fue la que alcanzó mayor prosperidad en este tiempo y poco a poco fue apropiándose de las embarcaciones de otras sociedades, que al no encontrar rentabilidad en la actividad ballenera, no podían seguir dedicándose a este rubro. “*La barca ballenera de Mathieu y Brañas fue traspasada en 1895 a Toro y Martínez, que la rebautizó con el nombre de la sociedad*” (Cartes, 2009:43). Esta embarcación siguió funcionando como barco de caza hasta 1905. El último barco ballenero que los Toro y Martínez utilizaron en las costas del Golfo de Arauco fue el *James Arnold*.

¹³ Al hablar de esta compañía se utilizan diversos nombres según cual sea la fuente de referencia: Mathieu y Magaña (Aguayo, 1998), Mathieu Egaña (Hernández, 1998), Mathieu y Brañas (Cartes, 2009).



Figura 7: Fotografía de la Fragata Ballenera *James Arnold*. Propiedad de la casa Toro y Martínez, de Talcahuano, año 1897. (Colección personal de Juan Hernández).

Esta fragata ballenera fue comprada a dueños norteamericanos en 1886. Navegó por varios años por las costas nacionales, realizando más de *“sesenta viajes redondos en poder de Toro y Martínez, hasta que en 1921 la firma liquidó sus actividades y la vendió a José Maritano, también de Talcahuano”* (Cartes, 2009:44).

Según Juan Hernández, quien guardaba con recelo esta fotografía, *“este es uno de los primeros barcos balleneros [propiamente tal] utilizados en Talcahuano, aquí faenaban las ballenas, solamente sacándole lonjas a los animales. Cuando la ballena se rompía se les iba a pique, perdiendo la materia prima, por lo que con esta forma artesanal de caza y faena solo se aprovechaban pequeñas partes del animal cazado”*¹⁴.

Los Toro y Martínez fueron quienes, en este período, se mantuvieron en funcionamiento por más tiempo, siendo ellos *“la [única] Sociedad de Armadores que por*

¹⁴ Fragmento de entrevista a Juan Hernández, realizada en Talcahuano durante marzo del 2009.

más de veinte años mantiene sus veleros tras la ruta de las ballenas y los cachalotes” (Cartes, 2009:43).

Como se puede ver, a fines del siglo XIX, encontramos que en el puerto de Talcahuano ya se estaba llevando a cabo una industria ballenera, reflejados en sociedades como las de los “Toro y Martínez” y los “Mathieu y Brañas”. A pesar de su importancia, estas empresas no pudieron alcanzar un nivel de producción que los situara como un referente en la economía nacional. En cortos períodos de tiempo, estas empresas se ven acabadas por la poca rentabilidad de la actividad, sin lograr alcanzar una permanencia en el tiempo. Paralelamente a estas nuevas empresas nacionales que se iban gestando, hay registros de que en distintas caletas del Golfo de Arauco, grupos familiares o locales se dedicaban a la cacería de ballenas utilizando técnicas artesanales, utilizando chalupas y arpones manuales para cazar solo en las cercanías de la costa. Técnicas heredadas de aquellos tripulantes y embarcaciones que tiempo atrás habían llegado desde el extranjero.

Ya en 1840 hay registros de que se cazaban ballenas de manera muy artesanal en la caleta Tumbes, por una empresa familiar liderada por José Olivares, nacido en Constitución. Ésta no era una empresa propiamente tal y la cacería era efectuada sólo de manera casual:

“José Olivares, hijo de españoles nacido en Constitución, cazaba cachalotes y ballenas jorobadas con arpón de mano. Su actividad derivó en una empresa con tradición familiar, pues luego la continuaron sus hijos Artemio, Rodrigo, Manuel y Gilberto Olivares hasta el año 1944. Su varadero de ballenas se hallaba en la caleta Tumbes. El aceite que obtenían en las capturas lo vendían a la familia Maritano de Talcahuano” (Salvo en Cartes, 2009: 42).

Cartes señala que también otra familia del sector se dedicaba a la cacería de ballenas cuyo aceite vendían también a la familia Maritano: *“los hermanos Nicolás y Luis Becar, oriundos de Lebu, dueños de las chalupas Candelario del Carmen, Jote y Albamar, se*

dedicaron a la caza de la ballena en forma artesanal y vendían su aceite a la familia Maritano. Su actividad se extendió hasta el año 1948” (Cartes, 2009: 44-45).

Un documento del Ministerio de Industria, realizado en el año 1906, da cuenta de la forma en que esta actividad era también llevada a cabo de manera permanente por distintas familias en el norte y poniente de la Isla *Santa María* y de manera excepcional por grupos familiares del sector noreste de la isla (Castillo, 1906).

La forma en que las ballenas eran cazadas en ese momento era artesanal; con pequeñas chalupas que salían al mar y embestían a la ballena de manera directa, sin más herramientas que un arpón manual. El dueño de la embarcación es quien la dirige y se encarga de pilotear el timón, acompañado de varios remadores y un hombre encargado de lanzar, con precisión, el arpón. En el documento se puede ver además, como el trabajo que se llevaba a cabo en la costa, para avistar a los grandes cetáceos, era muy similar al realizado por los vascos en la edad media: *“Cuando el tiempo lo permite siempre hay un hombre apostado en una de las cumbres de la isla, de las más inmediatas a la playa. Está en asecho explorando el horizonte, con ayuda de un antejo, cuando se aproximase un ejemplar, anuncia la presencia del monstruo a sus compañeros de embarcación”* (Castillo, 1906:4).

Este hombre debía avisar con mucha cautela a sus compañeros de la presencia de ballenas en el mar, para que el resto de los vigías y cazadores no se dieran cuenta de ello. Solo de esta forma aseguraba que fueran sus compañeros de caza los primeros en lanzarse hacia el mar, en búsqueda de la ballena observada. Posteriormente, la ballena cazada era arrastrada en las mismas chalupas hasta la arena y ahí era faenada de manera aún más precaria:

“Diré todavía que si son primitivos los métodos de caza, lo son más los del aprovechamiento industrial. La administración de la isla posee 2 fondos de 150 galones cada uno, más algunos otros más que se encuentran en muy mal estado y son de menor capacidad; ocho friaderos de aceite de tamaño variable. La hacienda cobra por préstamo

de estos útiles, por leña y por los bueyes que proporciona; para fundir el aceite y para encallar a las ballenas respectivamente, la cuarta parte del valor total de la utilidad” (Castillo 1906:5-6).

Como los cazadores solo contaban con instrumentos muy básicos para realizar la caza, para poder emboscarla, ellos se dirigían hacia la cría que tenía menos fuerza y agilidad y la utilizaban como presa para mantener a la madre cerca y así cazarla después:

“Los cazadores de ballenas se dirigían primeramente a la cría a la que consiguen apresar con relativa facilidad, esta sale con más frecuencia al agua y además, por su corta edad, no tiene la fuerza suficiente para arrastrar la embarcación, en caso de ser apresada sus débiles sacudimientos con su cola no ponen en peligro alguno a la embarcación. Asegurada la cría, se tiene de antemano por seguro, tener a la madre, la que se entrega entonces con relativa facilidad a los cazadores” (Castillo, 1906:3).

El autor refiere que la *Raituel*¹⁵, ballena que con más frecuencia se acerca a la isla, era muy requerida por los cazadores, ya que su aceite y sus barbas tenían mucho valor: *“Entre todas las ballenas que se cazan es la Raituel la de mayor valor por sus barbas y por su aceite. Las primeras son largas y de color oscuro, casi negro y su aceite, de espléndida calidad, se obtiene de cada ejemplar en cantidades que fluctúan alrededor de los 4000 galones, que se venden invariablemente en Lota, por unos tantos miles de pesos”* (Castillo, 1906:3).

Además de dar a conocer la forma en que la cacería era llevada a cabo en este lugar, Castillo da un antecedente muy importante sobre la nomenclatura utilizada en la Isla *Santa María*, para referirse a las ballenas, nomenclatura que fue utilizada también por la familia Macaya, en esta isla y posteriormente en *Chome*.

Cuando la cacería es desarrollada de manera artesanal solo se cazan especies que nadan en los sectores costeros. Las únicas ballenas que se podían cazar de manera artesanal

¹⁵ Nombre Científico: *Eubalena Australis*.

eran la *Ambaque*, la *Minke* y la *Raituel* (ballenas de barba) y sólo de manera casual se cazaban cachalotes jóvenes que no habían alcanzado aún su tamaño mayor (ballena dentada). El nombre de la *Ballena Ambaque* proviene del nombre en inglés “Humpback Whale”, el nombre correcto en español es Ballena Jorobada y su nombre científico es *Megaptera Novaeangliae*¹⁶, a su vez el nombre de la *Ballena Minke* corresponde a “Minke Whale”, y su designación correcta en español corresponde a Rorcual Aliblanco. Su nombre científico es *Balaenoptera Acutorostrata*. El nombre de la *Ballena Raituel* encuentra su origen en el nombre “Right Whale” y en español corresponde a la Ballena Franca. Su nombre científico es *Eubalena Australis* (Castillo, 1906).

Estas tres especies de ballenas aparecen como aquellas que poseen los caracteres más tranquilos, lo que hacía posible que los hombres se le acercaran y las cazaran desde sus embarcaciones a remo, sin perderlas por la velocidad de su accionar. La ballena *Ambaqui* seguía año a año una ruta migratoria que pasaba por las cercanías de la isla y generalmente viajaba acompañada de su cría, apareciendo como un blanco muy fácil de cazar, ya que nunca abandonaba a su cría que nadaba más lento e incluso si la cría era atacada, la madre se quedaba al lado del cuerpo como forma de protección. Estas especies se caracterizan además por no tener reacciones violentas y nadar cerca de la costa, pero a pesar de las características pacíficas, su instinto animal era difícil de regular y al ser agredidos, podían tener cualquier tipo de reacción que pusiera en riesgo a los tripulantes de la embarcación.

Solo en la medida que se adquieren barcos balleneros, es posible cazar ballenas de otras especies. Si se cuenta con embarcaciones e instrumentos que permitan desarrollar de manera industrial la cacería, se pueden cazar también a la *Ballena Ceibal*, cuyo nombre proviene del inglés “Sei Whale”, aunque en francés también se le denomina “Ceival”. El nombre en español es Rorcual Norteño y su nombre científico es *Balaenoptera Boreales*; La *Fimbaqui*, nombrada así a partir del nombre “Finback” o “Fin Whale”, conocida en estas tierras como el Rorcual Común o rorcual de aleta y cuyo nombre científico es

¹⁶ Las características físicas de las distintas especies de cetáceos se pueden revisar en las Fichas FAO de Identificación de Especies del año 1988. En este documento aparecen también fotografías de cada una de ellas, además del detalle de su distribución geográfica y hábitos, las diferentes rutas migratorias que cada una sigue y algunos antecedentes de la forma en que se fue llevando a cabo su explotación.

Baleanoptera Physalus. Y por último la *Alfaguara* o *Ballena Azul*, que es la única que no presenta variación en su nombre y cuyo nombre científico es *Baleanoptera Musculus*.

Dentro de las ballenas de dientes que eran cazadas por los barcos balleneros, la más común era el cachalote y solo en ocasiones excepcionales se cazaba la ballena orca. Aunque la mayoría habla simplemente del cachalote, se le denomina también Espamuel, nombre que proviene del nombre en inglés “Sperm Whale”, a esta ballena dentada se le conoce también como ballena de esperma, que corresponde a la traducción textual del nombre en inglés y que tiene que ver con un producto particular (esperma) que se obtenía solo de esta especie. El nombre científico que recibe el cachalote es *Physeter Macrocephalus*. La Ballena Orca es conocida como *Quila*, denominación que proviene del nombre en inglés “Killer Whale”. Al igual que en otras partes del mundo, se conoce también como la Ballena Asesina, por su dieta carnívora, su nombre científico es *Orcinus Orca* (Castillo, 1906).

Los particulares nombres que reciben las ballenas en este sector, aparecen como un claro vestigio de lo que fuera la influencia de la industria ballenera norteamericana en el Golfo de Arauco; ya que reflejan una variación local de los nombres que estas recibían en inglés. Es decir, quienes se dedicaron a la cacería de ballenas en Chile, las nombraron según lo que ellos escuchaban, siguiendo la pronunciación de los cazadores norteamericanos, que fueron a su vez, el antecedente más importante que tuvieron respecto a la cacería de ballenas. (Castillo, 1906).

La forma en que los Macaya y sus trabajadores denominan hasta hoy a las distintas ballenas que cazaron a lo largo de su historia familiar, es un reflejo más de una tradición ballenera que no solo les pertenecía a ellos, heredada del contexto y lugar donde –tiempo después- se originó su propia tradición ballenera. El Golfo de Arauco se vio marcado por la llegada de embarcaciones balleneras de distintas nacionalidades, pero sin lugar a dudas, fueron los norteamericanos quienes marcaron con mayor fuerza su presencia; económica y culturalmente. Los instrumentos y conocimientos balleneros que poseían los pescadores que se dedicaban a la cacería artesanal en las distintas caletas del Golfo de Arauco dan cuenta de ello.

El desconocimiento sobre la actividad ballenera a nivel nacional, hace que la historia de la familia Macaya muchas veces se entienda como un fenómeno aislado donde este núcleo familiar aparece como el único propulsor y ejecutor de esta actividad. A partir de estos antecedentes se puede comprender que esta tradición familiar, nació, creció y se desarrolló en un contexto fuertemente marcado por la cacería de ballenas llevada a cabo tanto por industrias nacionales como por familias o grupos locales que se dedicaban a esta actividad de manera casual.

La historia de la tradición ballenera que reprodujo esta familia comienza en la isla *Santa María* y termina en el continente, en la fábrica que ellos lograron tener en *Caleta Chome*. Desde sus inicios hasta su final, esta historia está marcada por hitos reales que no han dejado de estar acompañados de variaciones de la misma y construcciones mitológicas en torno a su origen.

II.2- El mito de origen y la verdad por dilucidar

Si hay antecedentes de que la actividad ballenera ya era llevada a cabo de manera industrial por empresas nacionales en el Golfo de Arauco y de manera artesanal por distintos grupos familiares y locales en la Isla Mocha e incluso *Santa María* ¿Cómo se explica entonces que la historia que cuentan los Macaya (y que se ha reproducido en la mayoría de los estudios sobre la actividad ballenera en la Octava Región) pongan a esta familia como el único (y más importante) antecedente de la actividad ballenera en el Golfo de Arauco?

La historia oficial de esta familia (y de la tradición ballenera que representan) habla de que Juan Macaya Aravena, migró desde el continente hacia la isla *Santa María* y al poco tiempo comenzó a cazar ballenas, de manera paralela a la pesca y recolección de mariscos. Bajo esta historia Juan Macaya aparece siempre como un pionero, que decide dedicarse a esta actividad en un escenario donde nadie lo hacía. Sin embargo incluso en esta versión, se reconoce que Juan Macaya Aravena se introdujo en los conocimientos de la actividad

ballenera motivado por Juan Da Silva, inmigrante portugués, que era además uno de sus grandes amigos. Según varios relatos a Juan Da Silva le sorprendió muchísimo “*que nadie se dedicara a la cacería de ballenas*”, a pesar de que distintos tipos de cetáceos abundaban en las cercanías de la isla. Es bajo la influencia de este hombre -de país y cultura diferente- que Juan Macaya se entusiasma por la cacería de ballenas y aprende sobre las estrategias de caza en el mar:

“Don Juan Macaya, tenía 14 hijos y era un tranquilo agricultor de la isla Santa María en el extremo sur del golfo de Arauco. Merodeaban la Isla, ballenas de todo tipo y tamaño ante la mirada inocente de sus habitantes. Alrededor de 1880 se acercó por el lugar un joven inmigrante portugués llamado Juan Da Silva, descendiente de una antigua familia de balleneros. Nunca había visto tanto cetáceo al alcance de la mano y muy emocionado le dijo a su amigo Juan Macaya: ‘Estás perdiendo el tiempo en tierra, porque esas ballenas que allí vez son un negocio millonario’” (Sepúlveda, 1997:3-4).

En la medida que el tiempo pasó, esta historia donde solo aparecen estos dos Juanes como los gestores de la actividad ballenera en *Santa María*, fue la que se reprodujo por los principales actores que, años después, se dedicaron a la cacería de ballenas. Al mismo tiempo, las voces de todas aquellas otras familias que se dedicaban a la cacería en la isla se fueron silenciando hasta que su historia quedó en el olvido y su realidad se fue desdibujando hasta casi desaparecer. Pero estas historias no se desvanecieron totalmente, sino que fueron absorbidas y transformadas por esta historia oficial. Parte de sus experiencias viven incluso en esta versión que no les nombra, en la que Juan Macaya y Juan Da Silva trajeron la actividad ballenera a la isla desarrollándola (al igual que estas familias olvidadas) de manera muy precaria y artesanal.

Bajo esta misma historia, hay también distintas versiones donde se releva la importancia de Da Silva sobre Macaya y de Macaya sobre Da Silva una y otra vez. A su vez, todos los descendientes de estos dos personajes, han buscado construir la vida de cada uno de ellos en torno a un destino en el que sus vidas –incluso desde antes de su nacimiento- se vieron vinculadas y determinadas por la cacería de ballenas.

Por un lado Da Silva el portugués se ve asociado, desde mucho antes que llegara a la isla a la actividad ballenera. En la cita anterior se puede ver que se habla de que provenía de una familia de balleneros. Esta primera versión cuenta que Juan Da Silva siempre había conocido la actividad ballenera, *“proveniente de Lisboa, había aprendido en las azores a cazar ballenas, con los norteamericanos”* (Cartes, 2009:49). Un nieto de Da Silva recuerda que, antes de llegar a *Santa María* y traspasar sus conocimientos balleneros a Juan Macaya, su abuelo *“don Juan Augusto Da Silva Araneda llegó en las balleneras que venían para Chile a cazar, balleneras de Estados Unidos y se quedó por ahí enredado en Lota, después se casó y formó familia, acá en Chile”*¹⁷. Esto nunca se pudo comprobar y muchas otras versiones plantean que el llegó a Lota a probar suerte en el mercado del carbón. Juan Hernández cuenta que, si bien este hombre era portugués, se había ido a África a buscar oro y como no había tenido mucha suerte había llegado a las costas de nuestro país motivado por la “fiebre de oro negro”, y se había dedicado por mucho tiempo a trabajar en las minas de este sector. Bajo esta última adaptación de la historia, Juan viajó sin motivaciones vinculadas a la cacería de ballenas, siendo solo la casualidad quien lo habría reencontrado con las raíces de sus abuelos, que en el pasado habían sido balleneros.

Juan Macaya, campesino que nació y creció en Lota, también tiene una historia llena de variaciones que lo intentan legitimar como cazador de ballenas. Muchos detalles en la historia de su origen se suelen modificar para relevar por sobre todo su ascendencia (que algunos dicen es vasca y otros incluso que es portuguesa) que lo vincularía desde las entrañas, a la actividad ballenera que conoció y practicó cuando ya era adulto. Por un lado Hernández se refiere muchas veces al origen vasco que tiene Juan Macaya y el especial vínculo que –a raíz de eso- tenía toda la familia con las actividades en el mar y sobre todo la caza de ballenas. Cuenta que el padre de Juan Macaya Aravena salió del Puerto Santander (España) hacia América del Sur en unas embarcaciones a vela junto a sus hermanos, cuando los toma una gran tormenta que pone en peligro sus vidas; *“sin embargo para los Macaya los temporales no tenían mayor importancia, ya que estaban acostumbrados desde niños a enfrentar al mar y vencerlo”* (Hernández, 1998:11).

¹⁷ Fragmento de entrevista realizada a Reinaldo Silva en Chome durante el año 2002.

En otros documentos en cambio se habla de que Macaya tendría un pasado portugués y que vendría de las islas Azores (Pastene, 1982; Martinic, 1977). Dato errado que también buscar vincularlo a la actividad ballenera que, tradicionalmente, se llevaba a cabo en este sector; *“A partir de 1880 tuvo inicio la actividad de captura por embarcaciones nacionales, con las operaciones de Juan Macaya, pescador portugués de las Azores, que había pasado a radicarse a Talcahuano”* (Martinic, 1977:313).

Estos dos hombres surgen como los protagonistas de la historia de la tradición ballenera que sostuvo la familia Macaya, por ello parecía ser fundamental relevar su pasado ballenero (incluso por sobre la realidad), vinculándolos, desde sus entrañas, a la cacería, para darle así, mayor legitimidad a la historia que con el tiempo se fue construyendo. Juan Da Silva aparece como el ideólogo o mentor en lo que respecta a la actividad ballenera, Juan Macaya en cambio, aparece como quien fue capaz de materializar todos los conocimientos que su amigo le entregó. Ambos fueron amigos, familiares y posteriormente socios, cuando deciden comenzar a trabajar en equipo y se introducen juntos en la actividad ballenera; *“Macaya y Da Silva constituyeron la sociedad de “Los dos Juanes”, sellada por el matrimonio de Juan Da Silva e Isabel Macaya, y cuya fuerza laboral la constituían los catorce hijos de la familia. La sociedad de los Dos Juanes no duró mucho tiempo, apenas lo suficiente para que los Macaya descubrieran su vocación ballenera y aprendieran las técnicas de caza del portugués”* (Sepúlveda, 1997:4).

Si bien esta aún no era una sociedad legalmente inscrita y no estamos hablando de una empresa ballenera propiamente tal, con este acuerdo entre dos amigos *“se establece la primera sociedad de hecho, que esta operando en la isla Santa María”* (Pastene, 1982:27).

Aunque no haya mayores antecedentes sobre la sociedad de hecho, ésta aparece como la semilla que posteriormente gestaría la historia de toda una tradición familiar.

Muchos de los familiares de Juan da Silva -y que posteriormente utilizarían el apellido Silva cuando se pobló Chome- participaron en el desarrollo de la actividad

ballenera de la misma forma en que participaron los Macaya, dedicándose a esta actividad en la isla (Sociedad de los dos Juanes) y también siendo funcionarios de la industria que posteriormente se mantendría en el continente. Ellos plantean que la historia se ha construido de manera arbitraria, y que no sólo el apellido Macaya debiera resonar como el agente ejecutor del desarrollo de la industria ballenera en el Golfo de Arauco, ya que fue en manos de su predecesor Juan Da Silva que se llegó a elaborar las técnicas necesarias para llevar a cabo el desarrollo de la ballenería.

Como podemos ver, entre tantas versiones y variaciones de estas, es difícil decir con precisión cual es la historia real de la actividad ballenera llevada a cabo en el sector sur de la isla *Santa María*, y lo más seguro es que lo que pasó en realidad sea una mezcla de todas estas versiones, donde cada quien busca poner a sus antepasados como los pioneros de la actividad ballenera desarrollada en aquel lugar, dándole al mismo tiempo un lugar a su familia que esté por sobre los demás. La historia oficial que se sobrepuso a todas las otras versiones es la que construyó la familia Macaya, que son a la vez los representantes de la tradición ballenera que se conoce en el lugar. Más allá de todas las variaciones y modificaciones, este lugar que ellos ocupan tiene que ver también con su real participación en los hechos.

Juan Da Silva, pudo o no haber viajado en goletas balleneras y pudo haberse dedicado a la cacería de ballenas en distintas partes del mundo. Pero, a pesar de su conocimiento sobre la actividad ballenera, se encontraba ya muy viejo en *Santa María* como para poder salir a cazar a altamar, y necesitaba traspasar sus conocimientos a otros hombres que tuvieran las capacidades físicas necesarias para poder llevar a cabo esta actividad. Es por ello que decide aprovechar los recursos humanos que poseía esta familia y comienza a traspasar sus conocimientos al linaje Macaya; “*A todos los hijos, a todos los Macaya, les enseñó y algunos fueron muy buenos balleneros, sobre todo cuando la cazaban en bote. A don Anselmo, a Juan Segundo, ellos fueron buenos, buenos trancadores de ballenas y pilotos*”¹⁸.

¹⁸ Idem.

Mientras Juan Da Silva poseía el conocimiento, Juan Macaya poseía la mano de obra que permitiría poner en práctica este conocimiento. Ellos se dedicaban a una actividad que conocían otros grupos familiares de la isla y con el tiempo le dieron un importante vuelco a la forma en que esta se llevaba a cabo. El texto de Luis Castillo citado anteriormente, aparece como el principal antecedente sobre la actividad ballenera que se llevó a cabo en *Santa María*. En este documento no me menciona en ningún momento a la familia Macaya, lo que me permite imaginar que, en sus inicios, ellos llevaban a cabo la actividad ballenera sin sobresalir por sobre los demás. Al final de su documento, Castillo hace referencia a una realidad que me permite comprender porque, años después, los Macaya son los únicos protagonistas en la historia ballenera de ese lugar:

“Una empresa ballenera bien instalada en la isla y que pudiera disponer de un vapor remolcador, de un personal competente destinado en parte a la caza del animal con útiles modernos y en parte a la elaboración de sus productos, podría, cuando menos, obtener diez veces el número de ballenas que se cazan actualmente (...) Mi opinión sobre el particular es que debiera dejarse enteramente al criterio privado de los industriales nacionales, el fomento de esta clase de faenas” (Castillo, 1906:6).

Castillo hace una evaluación sobre la realidad de *Santa María* y concluye diciendo que las condiciones en que se desarrolla la actividad ballenera son muy precarias y que por ello económicamente no es muy rentable, agregando que, si alguien tuviera la motivación y la inteligencia para invertir en modificar esta forma precaria en que se lleva a cabo la actividad -haciéndose de mejores barcos, de trabajadores instruidos y de una fábrica para faenar- encontraría sin duda un muy buen negocio y se transformaría en el pionero de esta actividad.

Sabemos entonces que los Macaya y los Silva no fueron los únicos que se dedicaron a la actividad ballenera, si no que nacieron en un contexto donde ésta existía en múltiples formas; tanto pequeñas empresas y compañías industriales que funcionaban en Talcahuano como familias y grupos locales que se dedicaban a cazar, casualmente, de manera artesanal. Sin embargo, la familia Macaya da forma a una tradición ballenera que supera esta línea

espacial y temporal. La cultura ballenera que ellos protagonizan supera las expectativas, surge en la isla y se transforma en algo que va mucho más allá.

Los Macaya comenzaron cazando de manera artesanal en *Santa María* y en ese mismo escenario transformaron las condiciones para comenzar un proceso de lenta y paulatina industrialización. Posteriormente se trasladaron al continente y crearon ahí una empresa ballenera netamente industrial. Desde 1880 a 1980 se mantuvieron cazando ballenas como grupo familiar, período largo donde su realidad se modificó. Con ingenio y perseverancia (representada por el padre en un primer momento y por sus hijos tiempo después) lograron dejar de ser un pequeño grupo familiar que cazaba ballenas de manera casual, para transformarse en una de las empresas balleneras más importantes a nivel nacional.

La historia oficial de la que hablaba, releva el papel que tuvo esta familia como agente de cambio en el Golfo de Arauco, en parte porque se ha ido construyendo por sus mismos actores y en parte porque ellos ocuparon un papel diferente al de los demás. Por eso no ha de sorprender que este relato fundador de la tradición ballenera en el Golfo de Arauco encuentre su respaldo no solo en la familia Macaya, sino en casi todo lo que queda de las poblaciones balleneras y son principalmente estos otros actores (que no aparecen como protagonistas) quienes le han ido dado legitimidad a esta historia, en la medida que la asumen como propia y la traspasan de generación en generación.

Los Macaya aparecen en esta monografía, nuevamente como el personaje central, porque ellos logran hacer de una actividad casual, local y familiar, destinada a desaparecer, un oficio rentable que se mantuvo en el tiempo, y porque además fueron capaces de determinar la forma de vida de distintas generaciones. En la medida que se aborda la cultura ballenera que ellos protagonizaron, intentaré despertar todas aquellas voces que parecen haberse desfigurado, intentando relevar, en esta historia oficial, todos aquellos detalles de los documentos y de las entrevistas en que se rompe con la homogeneidad y se habla -desde otro punto de vista- de su realidad.

III.-La tradición Ballenera de la familia Macaya y su origen en
La isla Santa María

Los inicios de la tradición ballenera de la familia Macaya se remontan al tiempo en que Juan Macaya Aravena llegó a la isla *Santa María*; cuando aún era joven y buscaba un futuro distinto al que podía encontrar en la ciudad minera de Lota, donde había nacido.

Su padre, José Luís Macaya, había migrado de Mendoza a Lota, motivado por el gran auge que vivía en ese tiempo la explotación del carbón y por el alto precio en que se cotizaba este mineral en aquellos años. Ya en Lota se casó con Fresia Aravena, en el año 1857. Su primer hijo fue Juan Macaya Aravena, quien nació el año 1859 y vivió junto a sus padres hasta que se transformó en un hombre y comenzó a asumir sus propias aspiraciones. Los habitantes de Lota se mantenían constantemente en contacto con pescadores oriundos de la isla *Santa María*, por lo que Juan “*se fue familiarizando [desde que era muy joven] con los pescadores isleños, cuando éstos llegaban a vender sus productos al puerto lotino*” (Hernández, 1994:13).

Se trasladó a la isla *Santa María* en el año 1883, cuando sólo tenía 24 años. Ahí comenzó a dedicarse a la pesca y fue también un buzo en unos bancos de choros que fueron muy reconocidos entre los últimos años del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX (Hernández, 1998). En esa época, existían distintos conflictos vinculados a las actividades de pesca y recolección de mariscos, ya que las concesiones del mar pertenecían a una empresa llamada “Farto y Castellón”, que no permitía pescar y recolectar con la suficiente libertad que los buzos y pescadores requerían para satisfacer sus necesidades más básicas que permitieran su subsistencia. En una entrevista, realizada a Juan Macaya por la revista “El Pescador”, en el año 1936; se puede ver como Juan Macaya recuerda con dolor aquel momento en que él y sus compañeros, no podían acceder libremente a los abundantes recursos que les entregaba la mar:

“1912, año de triste memoria para los pescadores de la isla, fue ese uno de los más difíciles de mi vida (...) cierta firma, viendo el enorme resurgimiento de esta industria, se interesó por conocer los bancos de choros, estableciendo un odioso monopolio; llegándose a tal extremo que no permitía desembarcar ni pescar en sus alrededores a los pescadores contrarios a sus procedimientos usurpadores” (El Pescador, 1936:2)

En este contexto, el desempleo y la inseguridad social marcaba la vida de todos aquellos buzos y pescadores que viviendo en la isla, no podían utilizar las playas de este sector para arribar en sus botes y por ende, acceder a los recursos que el mar les entregaba; *“Cuando llegó Farto y Castellón una empresa grande de mucha plata, pidió concesiones para explotar los choros, y los buzos quedaron cesantes y se fueron al puerto norte, aislados, hasta que se fue Farto y Castellón”*¹⁹.

A pesar de las dificultades, los habitantes de la isla *Santa María* no se desmotivaron, y se las fueron arreglando para pescar y recolectar mariscos en los roqueríos que se encontraban en los otros sectores de la isla, para que posteriormente muchos de ellos migraran hacia el sector norte. En este escenario adverso y sin trabajo Juan Macaya comienza a interesarse por la actividad ballenera.

La cacería artesanal de ballenas era desarrollada en este lugar de manera ocasional y artesanal. Juan Macaya y su amigo Juan Da Silva crean la Sociedad de Los Dos Juanes y con ello dan pie a una nueva forma de llevar a cabo la cacería. Todo el saber ballenero que poseía Juan Da Silva es traspasado a Juan Macaya, quien contaba con una importante fuente de mano de obra; sus diez hijos varones.

¹⁹ Fragmento de entrevista a Juan Hernández, realizada en Talcahuano en marzo del 2009.



Figura 8: Fotografía de Juan Macaya Aravena (al centro) rodeado de 9 de sus hijos varones. Sólo falta Ramón, quien ya había fallecido en la isla Santa María (Colección personal de Carlos Macaya).

Los 10 hijos de Juan Macaya (Ramón, Anselmo, Neftalí, Enrique, Leovigildo, Juan Segundo, Francisco, Roberto, Ricardo y Fernando) se dedicaron a acompañar a su padre, adquiriendo la instrucción necesaria para desarrollar de manera constante la actividad ballenera. Al mismo tiempo, sus 2 hijas (Marta Trinidad y Digna) se dedicaron a estudiar, transformándose en un importante apoyo en las labores administrativas que requería esta nueva empresa familiar que Juan Macaya Aravena estaba formando (Hernández, 1998).

III.1-Primer Momento: Santa María y la cacería Artesanal

Cuando Juan Macaya Aravena y Juan Da Silva comienzan a desarrollar la actividad ballenera en *Santa María*, lo hace siguiendo un modelo de cacería artesanal, cuyos principales antecedentes se pueden leer en los capítulos anteriores. Más allá de repetir las características que poseía esta forma de cacería artesanal, llevada a cabo en *Santa María*, es

importante conocer las voces de quienes vivieron esta historia, ya que solo escuchando a sus protagonistas y adentrándose en sus recuerdos, se puede comprender la dimensión de esta forma de cacería, donde las habilidades que poseían los hombres que se atrevían a desafiar al mar, eran fundamentales para asegurar la rentabilidad de la expedición.

Las embarcaciones que aquí utilizaban eran las ya mencionadas chalupas balleneras, botes de madera que funcionaban a remo, por lo que permitían adentrarse sólo unas pocas millas en el mar, para cazar las ballenas que nadaban cerca de la costa; *“Ahí la capturaban, y siempre eran las ballenas que pasaban por ahí por la orilla de la isla, la Ambaqui o la Raituel, son ballenas de barba que daban bastante aceite y andaban más a la costa. Salían a remo, unas pocas millas no más, unas tres a cinco millas nada más. Las ballenas andaban abundante antes”*²⁰.

Luego de llegar a los lugares donde las ballenas se encontraban, estas eran perseguidas en las chalupas balleneras, que tenían entre cinco y ocho tripulantes²¹ que cumplían distintas funciones; *“Las ballenas que ellos cazaban, las cazaban en botes, pero ellos [refiriéndose a la familia Macaya] trabajaban con seis hombres no más, con seis tripulantes, uno en la proa que era el arponero, el otro capitán y los otros eran remadores, o bogadores”*²².

Luego la ballena era alcanzada por un arpón manual, lanzado con precisión por el arponero, que a su vez era dirigido por el capitán de la chalupa. Para realizar esta hazaña el capitán debía acercar la chalupa al cuerpo de la ballena lo más posible por atrás, para luego disparar: *“Se le arrimaban bien encimita y ahí le tiraba el arpón y soltaba rápido el cordel para no voltear la chalupa. Ahí la ballena salía disparada con la embarcación y paraba cuando se cansaba y se hacia el remate”*²³.

²⁰ Idem.

²¹ A pesar de que es difícil plantearlo con precisión, varios autores coinciden en que el número de tripulantes de las chalupas balleneras usadas en la isla Santa María es 6 (Castillo, 1906; Hernández 1998), aunque otros autores hablan también de 8 tripulantes, cuando las chalupas son de mayor tamaño y en vez de 4 bogadores se necesitan 6 (Sepúlveda, 1997).

²² Fragmento de entrevista a Juan Hernández, realizada en Talcahuano durante marzo del 2009.

²³ Fragmento de entrevista a Osvaldo Ramírez, realizada en Chome durante enero del 2010.

Día y noche los bogadores debían remar, ya que si bien las ballenas eran alcanzadas a pocas millas de la orilla, al lanzarle el arpón, estas salían nadando rápidamente y podían llevar fácilmente a la embarcación más de 20 millas mar adentro. Como las embarcaciones eran pequeñas, la cantidad de ballenas cazadas dependía netamente de cuantas chalupas se internaran en el océano (Macaya, 2010);

“Con suerte podían traerse una en cada bote no más. Si salían en tres botes traían tres ballenas, si es que les iba bien, y volvían a la isla a remo también, arrastrando...eso significaba un enorme trabajo. Y bogaban y bogaban y bogaban, en la noche y en el día. Dicen que dormían y bogaban. Y lo hacían. Eso nunca nadie lo ha podido explicar, ningún sicólogo ha podido explicar como dormían y no perdían el ritmo de bogar”²⁴.

El traslado de los animales muertos era otra tarea que traía dificultades, arrastrar una ballena de varias toneladas, no solo era difícil por el peso del animal, influían muchos elementos que los cazadores no podían manejar, como el viento, las corrientes marinas, etc., es por eso que debían tener especial cuidado en salir a altamar solamente cuando el clima estuviera muy bueno y generara las condiciones propicias para llevar a cabo la cacería. Aunque se tomaran precauciones, muchas veces las dificultades lograban que el traslado de los cuerpos se extendiera por varios días, por lo que en las noches debían encontrar estrategias que les permitieran seguir la ruta que los llevara a la isla, para no perderse en altamar; *“En el día ellos veían la isla, pero en la noche para no perderse, para que no se les perdiera la isla en la oscuridad, ahí las mujeres de ellos se subían al cerro y prendían fogatas, cuando en las tardes ya no llegaban los botes, las mujeres subían y encendían fuego. De esa manera ellos seguían las fogatas y solo así llegaban a tierra firme”²⁵.*

El recuerdo de estas fogatas encendidas por las mujeres para guiar a sus familiares de vuelta al hogar nos va mostrando como, a pesar de que la cacería misma de ballenas era realizada por un pequeño grupo de hombres, la actividad involucraba a un grupo más

²⁴ Fragmento de entrevista a Carlos Macaya, realizada en Chome durante enero del 2010.

²⁵ Idem.

amplio de personas. En varios recuerdos, los niños aparecían como los encargados de avisar cuando se divisaba una ballena cerca de la costa, para que las chalupas las salieran a buscar y también de anunciar cuando las chalupas volvían de su expedición, para que otros hombres que no se introducían al mar, ayudaran a remolcar la ballena en la costa, para luego a faenarla y producir el aceite.

En este primer momento, donde la cacería se realizaba a pequeña escala y con pocos instrumentos y nula infraestructura, el trabajo en tierra era también arduo y traía consigo varias dificultades que los hombres debían solucionar. El animal se descuartizaba en la orilla, para luego freír los pedazos de carne en unos latones dispuestos también en la orilla de la playa. De esta manera se obtenía el aceite que era comercializado en San Vicente sin una mayor elaboración, para utilizarlo principalmente en la iluminación de las ciudades. En este proceso se perdía gran parte del aceite del animal, ya que mucha de la grasa caía y quedaba en el agua o la arena, sin poder ser utilizada por los cazadores; *“Y la ballena no llegaba a la orilla, a la orilla donde ellos podían trabajar sino que quedaban; porque son muy pesadas y altas, quedaban adentro en el agua y ellos se metían con el agua a la cintura y empezaban a descuartizarla y ahí sacaban los pedazos y comenzaban a faenar”*²⁶.

Aunque sólo se cazaban aquellas especies de menor tamaño que merodeaban por la costa, en muy pequeña cantidad y con una baja producción de aceite, la actividad era realizada de manera fructífera, y los cazadores insistían en seguir dedicándose a la caza de ballenas a pesar de las dificultades.

En la medida que me acerco a todos estos relatos, pienso en la personalidad que debió haber tenido aquel Juan Macaya, que dejó de lado el cansancio y siguió dedicándose a cazar ballenas, a pesar de las dificultades de esta actividad. La mayoría de los antropólogos o antropólogas (así también historiadores e historiadoras), quisiéramos en estas circunstancias, poder manejar el tiempo y el espacio, para poder observar en vivo y en directo todo aquello que los antiguos describen. Nunca he visto a una ballena en vivo y

²⁶ Fragmento de entrevista a Juan Hernández, realizada en Talcahuano durante marzo del 2009.

mucho menos me imagino como será aquella escena en que ellas -grandes e imponentes- son enfrentadas por el hombre; no por aquel hombre que se oculta en una embarcación de acero y que posee un arpón a cañón que dispara desde la distancia, si no por aquellos hombres que se acercaban en embarcaciones más pequeñas que el propio cuerpo del animal que iban a cazar, aquellos hombres que lanzaban el arpón sin titubear, ya que de eso dependía el éxito o fracaso de su empresa.

Buscando y buscando, la posibilidad de viajar en el tiempo apareció y un periodista quiso –como yo- saber de la misma voz de Juan Macaya Aravena como era realizada la cacería de ballenas. Fue posible entonces conocer, desde primera fuente; en la propia voz de Juan Macaya Aravena uno de esos episodios de caza, donde él retrata de manera muy detallada cada uno de los pasos que seguían al llevar a cabo esta actividad. En esta ocasión Juan Macaya rememora una peligrosa hazaña, en la que él y sus tripulantes sufren un grave accidente del que logran salir ilesos, cuando intentaban cazar una ballena *Ambaque*:

“Fué el 26 de octubre de 1906. El día antes había avistado ballenas. Me hice a la mar a las seis de la mañana en dos fuertes chalupas balleneras, bien equipado, como lo exige esta clase de combates con estos gigantes marinos, que sin embargo para nosotros no pasa de ser un pez de mayores dimensiones.

*Casi junto con nosotros salió otra chalupa ballenera de otra empresa. Navegamos con buen viento rumbo N.W. después de tres horas divisamos nuestra enorme presa, una ballena del tipo *Ambaque*, andaba con su cría, un ballenatito muy pequeño.*

Llegado que hubimos cerca, tuvimos las precauciones de rigor. Ordené prepararse para el combate; colocar la línea al yugo, amarrar el arpón a la línea, desenvainar las lanzas. Aún no terminados estos aprestos, cuando a una distancia de unos veinte metros, se nos presentó emergiendo de la profundidad el enorme cetáceo que minutos antes habíamos avistado. Con la destreza y el silencio que se requiere en estos casos, avanzamos con largas remadas y nuestras chalupas se deslizaban sin ruido.

A seis metros hice prepararse al arponero (mi hijo Juan 2do), ordenándole amarrar la cría, todos quedaron quietos aguardando. Mi hijo puso un pie en la borda y echándose hacia atrás con seguridad y fuerza lanzó el arpón, el golpe fue seguro, se clavó en la parte derecha del lomo del ballenato. Hice amarrar la cría porque esta clase de ballenas es las más amantes de sus hijos y prefieren morir defendiendo a su pequeño.

Hasta aquí iba muy bien. Mis órdenes se cumplían con exactitud. La ballena al darse cuenta de la desesperación de su cría, que se debatía para liberarse de la amarra, se enfureció terriblemente. Nos retiramos unos quince metros esperando que calmara su furia. Más no fue así. Se sumerge como el rayo y saliendo por debajo de la chalupa, la que hace pedazos con su cola. Fue un caso providencial que no hiriera ni matara a nadie, aún no me lo he explicado.

Quedamos los seis hombres en el agua, a pocos metros de la ballena. Desde allí le ordené a la otra chalupa que había quedado a poca distancia que se retirara, porque la ballena se ponía más furiosa. Trató la chalupa de retirarse, el animal se sumerge de nuevo, la embarcación vuelve hacia nosotros para recogerlos, y ya estaría a diez metros, cuando la ballena –lo que nunca hace- sale con la enorme cola vertical y contrapesando en ella la única chalupa que nos quedaba, la levantó dándola vuelta totalmente y quedando con enormes roturas.

El cuadro que se presentaba a nuestra vista ustedes no se lo puede imaginar. Doce hombres en el agua, con muy pocas esperanzas de salvarse, a muchas millas de la costa, en medio de nuestra angustia, empezamos por juntar las chalupas semi desarmadas les atravesamos algunos remos que alcanzamos a coger y así nos fuimos arreglando.

Intentar hacer señales era empeño inútil, pues el que más sobresalía del agua de las chalupas sumergidas no pasaba de la cintura para arriba. Corrían las horas y se nos alejaba más las esperanzas de salvarnos. Lo único que corría a nuestro favor era un día de completa calma. Serían más o menos las cinco de la tarde, llevábamos siete largas horas en el agua, nos sentíamos agotados, el frío era enorme, hablábamos muy poco (lo

aconsejable en estos casos). Ya resignados a morir avistamos en dirección al N.W una pequeña embarcación que lentamente se acercaba hacia nosotros. Era otra chalupa ballenera²⁷ que había salido juntamente con la nuestra. Volvía seguidamente a la isla. Nosotros estábamos en su ruta, se nos presentaba la única posibilidad de ser salvados. Como a dos millas, el piloto, viejo lobo de mar don Evaristo Olivares nos divisó, y al darse cuenta de que éramos náufragos dio a todo remo y al llegar a nuestro lado que fue en cortos momentos nos dijo “no sientan pena, que están salvados”. Los doce hombres fuimos recogidos, pero al llegar a la isla, desembarcaron tres sin conocimiento. A los quince días estos tres buenos camaradas murieron a consecuencia de la catástrofe” (El Pescador, 1936: 3-4).

No podía dejar de lado este antecedente, ya que en este relato, Juan Macaya Aravena logra dejar una de las referencias más importantes sobre la actividad ballenera en el Golfo de Arauco y específicamente de la Ballenera Macaya, a la vez, sus palabras, despiertan todas aquellas voces acalladas con el paso del tiempo. Gran parte de los autores que abordan la historia de esta tradición ballenera, retratan de similar forma como se llevaba a cabo la cacería de manera artesanal, pero no tienen el valor de este texto, que aparece ante mí como la única posibilidad de entrevistar de manera directa a Juan Macaya, conociendo y dando a conocer aquella proeza, desde la voz de quien fue su actor principal.

En esta narración no solo se está describiendo en su forma y sustancia, la cacería artesanal, se están dando además importantes antecedentes para comprender el valor que tiene la posterior evolución de esta industria, en un primer momento en manos del mismo Juan y posteriormente bajo la responsabilidad de sus hijos y nietos.

²⁷ Con este antecedente, Juan Macaya está refiriéndose a aquellos otros cazadores de ballenas que existían en la Isla Santa María y que si bien no alcanzaron la importancia que alcanzaría la familia Macaya, como cazadores de ballenas, en esta ocasión le salvaron la vida.

III.2- Segundo Momento: Santa María y el comienzo de la industrialización

Cuando los Macaya aún vivían en la isla *Santa María*, se vive un segundo momento de actividad ballenera, donde se experimenta un proceso de leve industrialización, todavía protagonizado por Juan Macaya y Juan Da Silva.

Fue lentamente, y luego de un exhaustivo trabajo que Juan Macaya, en conjunto con varios pobladores del lugar, fueron armando una pequeña estructura, una especie de fábrica, donde se procesaba la carne de ballena para producir el aceite y una pequeña rampa en la costa que servía para agilizar el arrastre de los grandes animales y facilitaba el faenamiento de los animales muertos; *“Y ahí ellos en la isla, en el puerto norte para el interior del golfo, levantaron esa fotografía que le mostré de la fabrica y esa la hicieron a puro pulso, los cabros se levantaban a las tres, cuatro de la mañana e iban a buscar piedras en saco al otro lado de la isla, con eso armaron la rampa, porque a ese lado del golfo no había piedras, había al otro lado, cuando bajaba la marea, aprovechaban y traían las piedras”*²⁸.

La fábrica y la rampa fueron las primeras tecnologías que utilizaron los cazadores. A pesar de facilitar el trabajo llevado a cabo en tierra, el encuentro entre animal y ser humano era aún muy duro, ya que seguía llevándose a cabo bajo la lógica de la tradición artesanal. Con estos avances la producción mejora y se agiliza, pero el trabajo todavía era muy precario y los trabajadores debían explotar al máximo sus fuerzas y habilidades. En tierra firme, los hombres se metían al agua para arrastrar los cuerpos de las ballenas de varias toneladas a la orilla, desde donde se trasladaban los trozos de sus cuerpos para producir los aceites en la fábrica, que se encontraba justo debajo de la casa de Juan Da Silva.

²⁸ Fragmento de entrevista a Juan Hernández, realizada en Talcahuano durante marzo del 2010.

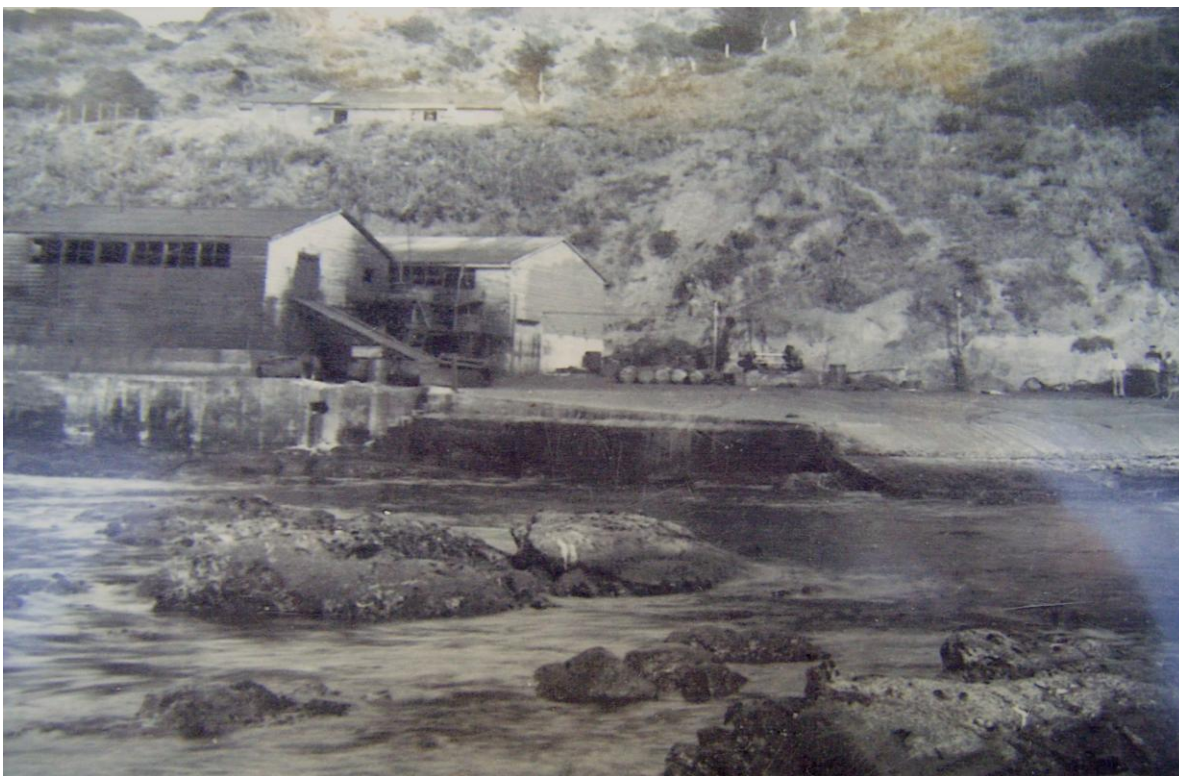


Figura 9: Fotografía de la Planta Ballenera en la Isla Santa María en el año 1945. La casa de arriba del cerro corresponde al lugar donde vivía Juan Da Silva. La casa que se ve en un primer plano y la rampa de piedra fueron construidas por Juan Macaya Aravena y pobladores del lugar. (Colección privada de Juan Hernández).

Como se puede ver en la fotografía, la rampa del primer plano era el lugar por donde se arrastraba la ballena, que se trozaba en la misma playa, para luego trasladar los trozos del animal a las ollas o latones que se encontraban en el interior de la casa. Los faenadores trabajaban con largos cuchillos llamados *espeles*, cuyos mangos medían alrededor de un metro, y los filos podían alcanzar varios centímetros. Si bien no hay un registro visual de cómo se cazaba y arrastraba el animal, en los documentos escritos y en las voces de los habitantes de la isla, además de describirse muy bien la forma en que trabajaban los cazadores en altamar, se puede develar el esfuerzo y la complejidad que este duelo entre ballena y cazador, arrastraba hasta la costa; “*En la isla Santa María cuando se empezó, ellos trabajaban en chalupas, llegaban con la ballena a tierra y entonces de afuera de la tierra empezaban a tirarla con líneas, o sea con cordeles, íbamos todos a ayudar y con dos yutas de bueyes, los bueyes los tiraban para afuera, hasta la ranfla*”²⁹.

²⁹ Fragmento de entrevista a Flor Monsalve, realizada en Chome durante el año 2002.

Cerca de la tierra, los cazadores se alejaban del peligro latente de ser golpeados por la cola del animal cuando se le enterraba el arpón, de que su embarcación fuera destruida en el medio del océano o incluso –con el animal ya muerto- del peligro de perderse en altamar, arrastrados por vientos y corrientes que les impedían llegar rápidamente a tierra debido al gran peso que arrastraban. Sin embargo en el momento que se acercaban a la orilla de la isla el trabajo que quedaba por delante aún estaba lleno de dificultades que desafiaban la fuerza natural de los seres humanos, haciéndolos pensar una y otra vez en otros nuevos caminos que facilitarían todo el trabajo vinculado a la cacería de estos grandes mamíferos.

“Llevaban a la ranfla la ballena y ahí empezaban a trabajar y ahí ellos tenían, pongámosle una fábrica, pero pequeña fábrica. Ahí tenían dos de estos tambores grandes, ahí iban echando los chicharrones –lo hacían más o menos igual que para los chanchos- de a dos así, lo echaban a los tachos para que frieran. Y con los huesos los hacían tira así con un hacha y eso lo metían para freír, hacían fuego con eso y ahí freían los pedazos de ballena, el tocino...Usaban unos cuchillones grandes, que entre dos se usaban, uno por cada lado as, iba partiendo los pedazos porque los echaban casi enteros los pedazos, los tocinos”³⁰.

Jorge Sepúlveda recoge ideas similares a los recuerdos que quienes habitaron en la isla van despertando. El autor describe de manera completa y general lo que significaba el duelo entre ser humano y cetáceo, en este período tradicional de cacería vivido en la isla *Santa María*. En su relato, además de dar cuenta del como se llevaba a cabo la cacería, da cuenta –con palabras muy similares a las utilizadas por el mismo Juan Macaya Aravena- de las tensiones que provocaban los riesgos y peligros que acompañaban permanentemente a los cazadores en sus travesías:

“Don Juan Macaya, desde una chalupa ballenera, lanzaba su arpón contra el más grande de los vivientes conocidos: la legendaria ballena azul. Era la prueba suprema de la habilidad del hombre contra la fuerzas de la naturaleza. Diestros bogadores debían aproximar la chalupa por detrás y casi encaramados al enorme cetáceo, hasta la altura del corazón. Si la ballena descubría la operación, el peligro era inminente y el arponero debía

³⁰ Idem.

arrojar su arma, iniciando así una aventura más arriesgada aún. La ballena herida salía disparada como un rayo, arrastrando consigo a la chalupa. A los seis bogadores, timonel y arponero sólo les quedaba sujetarse hasta que la ballena se cansara y pudieran rematarla. Terminada esta maniobra se remolcaba al cetáceo a la costa para su faenamiento. Por otra parte, podía suceder que en su desesperación el cetáceo, al ser arponeado, podía arremeter contra la embarcación, a la que iba hecho firme por la línea del arpón. También pasaba que después de la muerte de la ballena, ésta no flotara, sino que se hundiera. En ese caso, había que sacrificar la costosa pieza, cortando la línea del arpón con un hacha, para que no arrastrara consigo a la chalupa al fondo del mar” (Sepúlveda, 1997: 4).

Si bien ese relato coincide con muchas de las características de la cacería artesanal que he ido mencionado, deja ver además otro elemento que servirá para entender como se configura la historia de la tradición ballenera Macaya. En este caso el autor menciona que el cazador se enfrentaba a la gran ballena azul, a pesar del tamaño y peso que puede alcanzar este cetáceo. Esto aparece más bien como una exageración, que es muy recurrente en los relatos leídos y que tiene que ver con la creación de una atmósfera especial y magnánima en torno a la actividad ballenera.

Dadas las condiciones en que la cacería de ballenas se llevaba a cabo, muchos autores (tanto investigadores de las ciencias exactas como literatos) reconstruyen el papel de los balleneros como hombres de fuerza y valentía sobrenatural, semejante más que todo a la construcción de un héroe³¹. Esto no nos ha de sorprender, ya que había una peligrosidad latente en la actividad que se realizaba y por eso los familiares de estos cazadores, al reconstruir sus relatos, también parecen recordarlos como héroes.

A diferencia de lo que menciona Sepúlveda, en la isla *Santa María* las chalupas balleneras solo tenían la posibilidad de cazar las especies que nadaban en las cercanías de la costa e incluso entre ellas, solo escogían a las de menor tamaño y caracteres más dóciles,

³¹ Es cosa de pensar en el personaje bíblico de Jonás, quien se mantiene con vida a pesar de ser tragado por una ballena, o del capitán Ahab de Moby Dick, quién es capaz de ofrecer su vida y la de sus tripulantes para poder vengar se del gran cachalote blanco, para darse cuenta de esto.

siendo imposible cazar otros tipos de ballenas de mayor tamaño, mientras el remolque se hiciera desde las mismas chalupas a remo.

Pero el proceso de industrialización continuaría en pie por varios años. Los Macaya van a acceder a algunas embarcaciones que, sin ser cazadores balleneros, facilitarían el traslado de los animales muertos en altamar. Si bien aún no entramos de lleno a la etapa industrial, el crecimiento va tomando fuerza de manera paulatina. En este contexto la Sociedad de los dos Juanes deja de existir y años después Juan Macaya Aravena constituye su propia sociedad legal, para concretar así su sueño de crear una empresa familiar. *“En 1932 se dio forma a la Compañía Chilena de Pesca y Comercio Juan Macaya Aravena e Hijos, en la isla Santa María”* (Hernández, 1998:24).

Al mismo tiempo que se constituían como sociedad ballenera legal, los Macaya comenzaban a ocupar un lugar en la economía nacional. Así como iban construyendo, aumentando y mejorando los instrumentos de trabajo para facilitar las labores, el número de animales cazados se iba incrementando y con ello las ganancias que podían obtener.

“Recuerdo que un galón lo vendíamos en un peso. Cada galón tiene cuatro litros. Una ballena daba, con los métodos empleados en aquella época, entre 18 y 20 tambores de veinte litros cada uno. En total le sacábamos a cada ballena como cuatrocientos pesos. Era un dineral. Con el aumento considerable del presupuesto familiar vino el deseo de modernizarse. Se compraron veleros para iniciar la explotación en grande. Las lanchas a motor fueron la etapa siguiente. Ya no se cazaban ballenas que se acercaban a la isla, se les salía a buscar a treinta o cuarenta millas mar adentro” (La Patria, 1944:32).

Estas dos lanchas a motor eran de muy buena calidad la *Santa María*, adquirida en el año 1924 y *La Pinta* adquirida en 1930, habían sido mandadas a construir por los carpinteros que tenían mayor reconocimiento en el sector y les permitían a los Macaya trasladarse desde la isla hacia el continente sin problema, para comprar insumos y también transportar los galones de aceite que vendían (Hernández, 1998).

Posteriormente, Juan Macaya Aravena alcanzó a trabajar con dos barcos, que si bien no eran cazadores, le facilitaron gran parte del trabajo ballenero. Estos nuevos barcos remolcaban las chalupas a altamar, de manera similar a la utilizada por las embarcaciones norteamericanas. Ya mar adentro, las chalupas balleneras eran soltadas en el mar y la cacería era llevada a cabo por los cazadores siguiendo la misma metodología que antes utilizaban. Cuando las faenas finalizaban las pequeñas embarcaciones y los cuerpos de los animales muertos eran amarrados a los costados del barco, siendo trasladados fácilmente hasta la costa.

El *Caupolicán* era un barco cuya construcción era principalmente de madera y fue la primera embarcación para remolcar cetáceos que la empresa compró, durante el año 1933, en el puerto de Valdivia y trajo consigo grandes cambios; *“Adquirió en el puerto Fluvial de Valdivia al Caupolicán, de construcción en madera. Esta nave le permitió a la empresa aumentar el radio de acción de remolque, constituyendo un gran progreso a la modernización de la industria”* (Hernández, 1998: 40).

El *Atlas* fue un barco remolcador comprado en 1936 en Puerto Montt. El material con que estaba construido era principalmente fierro y si bien los dueños a los que pertenecía ya lo iban a desechar, para la firma Macaya fue de gran utilidad, ya que facilitó el trabajo de arrastre y mejoró así de manera notable la productividad de la actividad ballenera.



Figura 10: Fotografía del Remolcador Atlas, que perteneció a la firma Macaya desde el año 1936 hasta 1942. Fue construido en Holanda el año 1907, con casco de acero. Las medidas eran: Eslora; 34,86 mts, manga; 7,10 mts, puntal; 3,73 mts, Calado; 4,20 mts. Su peso era de aproximadamente 264,16 toneladas. (Colección privada de Juan Hernández).

“[Aunque] ya se encontraba en sus últimos años para que la mandaran al cementerio del desguace, las necesidades de la empresa Macaya eran superiores y la compraron con la finalidad de seguir aumentando la capacidad de remolque de ballenas hacia la planta instalada en la isla Santa María. Esta flota permitió trasladar las chalupas varias millas marinas fuera del puerto, en la búsqueda de mamíferos que, cuando se encontraban podía arrastrárselos, ya no con las chalupas a remo. Ahora se acoderaban al costado de las naves para conducirlos a la planta de faenamiento, operación que se realizaba sin mayor pérdida de tiempo” (Hernández 1998:40-41).

Anteriormente intenté describir las principales características de las tradiciones ballenera artesanal e industrial. En la medida que se va reconstruyendo la historia de la tradición ballenera encarnada por los Macaya, se puede ir entreviendo que estos dos procesos no pueden comprenderse de manera aislada. Las características que alcanza la práctica ballenera de la isla *Santa María* en su segundo momento no entran en ninguna de

las dos fases antes mencionadas, por un lado se modifica la forma de traslado y faenamiento del animal, por otro lado, se accede a nuevas embarcaciones que permiten arrastrar al animal muerto hasta la orilla. A pesar de que aún no se cuenta con barcos balleneros propiamente tal y esta nueva forma de faenamiento tampoco tiene las características de una empresa netamente industrial, estamos hablando de una nueva forma de cacería, muy distinta a la artesanal.

Con la utilización de estas nuevas embarcaciones, el número de ejemplares cazados en cada salida no dependía del número de chalupas balleneras con que se contara, a diferencia de las chalupas, estos barcos tenían la capacidad de trasladar varios cuerpos de cetáceos muertos con una mayor facilidad. De esta forma se comienza a ver un incremento en la producción y con el crecimiento económico, surgen también los deseos de que la empresa crezca aún más. Junto con todas las modificaciones que se estaban viviendo, el trabajo al interior de las chalupas también comienza a cambiar. Además de los tradicionales arpones que durante décadas utilizaron para cazar, comienzan a incorporar nuevos instrumentos que facilitan la muerte del animal. Se incorpora el uso del fusil y el dátingan, ambos instrumentos se disparaban y fueron utilizados, en conjunto del arpón, para rematar al animal: *“Luego de varios accidentes, la responsabilidad de disparar el dátingan se entregó al primer remero, al que va en primera fila de la proa. El instrumento comenzó a usarse en 1930, como ayuda para liquidar a los cetáceos cazados en las chalupas. Luego se inició el uso de una escopeta de bronce en los barcos balleneros”* (Hernández, 1998:56).

En este escenario, donde se visibilizaban varios cambios que arrastraron un incremento económico, se compra el primer barco ballenero propiamente tal. El *Juan I* fue el primer buque a vapor, diseñado especialmente para cazar ballenas, que compraron los Macaya, en el año 1944³²: *“La compañía industrial vendió el Juan I, (Indus II) con el compromiso de no contratar a ningún funcionario de su empresa para la dotación de la nave, para evitar así la competencia”* (Hernández, 1998:41).

³² Según el documento de Luis Pastene (1982), la compra del Juan I fue en el año 1946. Otros autores coinciden en que la compra fue realizada durante el año 1944.

A pesar de las dificultades, la familia Macaya cumplió con su promesa, varios de los hombres que ya eran reconocidos capitanes de barco comenzaron a instruirse y prontamente aprendieron como dirigir un buque ballenero. Fue a partir de esta compra que para la familia Macaya *“la caza comienza a efectuarse desde el barco, empleando el sistema ideado por Svend Foyn en 1876, el arpón a granada”* (Pastene, 1982:28).

Solo al final del período de cacería en *Santa María*, se termina con la técnica de caza utilizada, se dejan de lado las chalupas y se accede a otros lugares del mar que antes estaban prohibidos, debido a las dificultades que traía el traslado a remo. Aumenta de manera notable el número de ballenas cazadas por expedición y al mismo tiempo, se puede acceder a distintas especies de cetáceos, que por su tamaño y condiciones físicas, solo podían ser cazadas en estos nuevos barcos.

En este escenario, los cambios que se vivieron aparecieron de manera lenta pero constante y lograron modificar de manera sustancial la forma en que se realizaba la cacería de ballenas. Durante más de treinta años la empresa liderada por Juan Macaya Aravena se mantuvo en pié, sin importar mucho la rentabilidad que tuviera (en los distintos momentos) esta actividad. A diferencia de la gran parte de las empresas que se llevaban a cabo en las costas de Chile, a Juan Macaya no lo movía una motivación netamente económica, su interés radicaba principalmente en sustentar una empresa familiar. Por ende, en todo el proceso de gestación y desarrollo de su empresa ballenera, no consideró como impedimento las caídas económicas, las alzas y bajas en los precios del aceite de ballena, o la baja productividad que la cacería pudiera haber tenido en algún determinado momento.

Sin detenerse ni doblegarse ante las dificultades que iban surgiendo, Juan Macaya, parecía tener muy claro su objetivo central cuando daba inicio a su aventura ballenera, ya que *“cuando Juan Macaya Aravena integró a sus hijos a las actividades, lo hizo pensando en organizar una gran empresa familiar”* (Hernández 1998:22).

Así, logró dar forma a aquella empresa que Luis Castillo pareciera haber imaginado cuando describió la forma en que pequeños grupos locales cazaban ballenas en la isla *Santa*

María, donde pensaba que; quien tomara la decisión de modernizar la precaria forma en que se llevaba a cabo la cacería, encontraría frutos muy rentables en ello (Castillo, 1906).

El espíritu emprendedor que mostró a lo largo de la historia Juan Macaya Aravena, fue uno de los elementos esenciales para que la Isla de *Santa María* llegara a ser lo que fue, y no se quedara solo en una explotación de ballenas a pequeña escala, pasando a ser -años después y en manos de sus hijos- una importante industria a nivel nacional.

“El Juan Macaya, el viejito Macaya, fue el guía, el patriarca, el patrón, fue el jefe o el orientador; hagan esto, hagan esto otro. Y ellos no tenían nada, entonces como llegaban barcos balleneros extranjeros le empezaron a comprar elementos, arpones, cuchillos, le empezaron a comprar olletas para freír (...) y después para facilitar la operación de arrastre de las ballenas compraron el barco este que se llamaba Caupolicán, ese fue el primero, después el Atlas- son barcos viejos- duraron poco, pero con esos arrastraban. Pero no pudieron solucionar el problema de elaboración en tierra allá en la isla, por eso determinaron venirse al continente”³³.

Juan Macaya fue un gran líder frente a la actividad pesquera y ballenera en el Golfo de Arauco y al intensificar su trabajo para mejorar la situación económica de su familia, logró también ir modificando el escenario y la forma de vida de quienes eran sus trabajadores. El día 9 de octubre del año 1944, Juan Macaya Aravena fallece y en el diario “La Patria” de Concepción rescatan su papel como pionero en la actividad ballenera y “patriarca” de la industria pesquera de la familia Macaya.

³³ Fragmento de entrevista a Juan Hernández, realizada en Talcahuano durante marzo del 2009.



Figura 11: Recorte de Prensa, el día que fallece Juan Macaya Aravena. (Diario la Patria, Chile 1944, Colección Fondecyt 1990027, año 2002).

“A la avanzada edad de 78 años y después de soportar una prolongada y penosa enfermedad dejó de existir en la vecina ciudad de Concepción, don Juan Macaya Aravena, patriarca de la industria pesquera y uno de los primeros balleneros instalados en nuestra región” (La Patria, 1944). De esta forma la opinión pública del sector, releva su papel como precursor de la industria ballenera, rescatando la fuerza que tuvo para transformar, de manera sustancial, la forma en que ésta se llevaba a cabo.

Cambiar y crecer fueron entonces los caminos que encontraron los descendientes y herederos de Juan Macaya Aravena para superar cada una de las trabas que les iba poniendo, en todas sus etapas, la lucha con los más grandes mamíferos marinos. Modificaron entonces la estructura y forma de llevar a cabo la cacería, sin cambiar el norte de su empresa familiar, tomando la decisión de dejar la isla que los vio crecer, para instalarse en el continente; *“El proceso de ampliación de la industria fue requiriendo mayores instalaciones. Como en la isla Santa María no había ni carbón ni energía eléctrica, Anselmo Macaya fue comisionado para viajar al continente a ubicar y adquirir*

un predio adecuado. La caleta Chome, continua al puerto de San Vicente, que es hoy el puerto de Huachipato, fue el lugar elegido. Trecientos mil pesos fue la inversión por un fundo de trecientas hectáreas” (La Patria, 1944).

IV.- La tradición Ballenera de la familia Macaya,
El fundo de Chome y la etapa industrial.

Los hijos de Juan Macaya se ven motivados por la particular personalidad de su padre y demuestran sentir con la misma intensidad que él, la necesidad y el deseo de seguir trabajando en la cacería de ballenas. Con la intención de continuar con el desarrollo de la actividad ballenera, ahora en un nuevo escenario y sin la ayuda de su padre, los hermanos Macaya ponen fin a la Sociedad formada por Juan Macaya Aravena y vuelven a inscribir a la empresa con otro nombre: “*En 1946, la empresa fue redominada Cía. Chilena de Pesca y Comercio de Macaya Hermanos y Cía.*” (Martinic, 1977:315). La sociedad es conocida por el común de la gente como Sociedad “Ballenera Macaya Hermanos y CIA”, e incluso simplemente como “Macaya Hermanos”, lo que da cuenta de la relevancia de su carácter familiar.

En la nueva Sociedad todos los hermanos Macaya hombres aparecen representados, no obstante uno de ellos es quien toma el papel de guía y se hace responsable del proceso que le seguiría a la compra del terreno en el continente. Anselmo Macaya se hizo cargo de la ballenera cuando aún se encontraban en *Santa María* y que fue quien se encargó de buscar el lugar para trasladar esta empresa a tierra firme.

Los cambios a los que la familia Macaya quiso someter a su empresa no eran fáciles de llevar, así como tampoco lo eran las decisiones que se debían tomar. Las necesidades de trasladar con mayor facilidad los productos elaborados y de mejorar las condiciones de trabajo que ellos mismos y sus propios trabajadores tenían, motivaron a los hermanos Macaya a comprar ese terreno en el continente, para nuevamente ponerse a proyectar y trabajar con sus propias manos, logrando concretar el sueño que tenían.

“Don Anselmo Macaya era el hombre de plata, pero él no tenía nada, sino que a los 17 años él se hizo buzo y como había mucho marisco y loco, choro, había de toda clase de mariscos en el golfo entonces empezó a sacar y ahí fue acumulando, acumulando [de capital] y hasta que hizo una gran cantidad y después hizo socios y formaron la propiedad, la sociedad Macaya Hermanos. Él les prestó plata a los hermanos, les dio plata a los hermanos para formar la sociedad. Y después cuando aquí se compraron el fundo, hizo de Ingeniero, don Anselmo, era un hombre tranquilo, no de mucha preparación pero se le

ocurrían cosas, hizo el camino, proyectó la planta. A pala y picota hicieron el camino, a pala y picota rebajaron los cerros para instalar la planta”³⁴.

A fines de la década de los cuarenta, los hermanos Macaya concretan el deseo de trasladar su empresa al continente y ya en el año “1951 la nueva factoría terrestre es instalada en la localidad de Chome” (Pastene, 1982: 28).

Chome es entonces un lugar del todo particular, porque a pesar de que en el fundo vivían algunas familias previo a la compra del terreno por los hermanos Macaya, fue cuando estos llegaron con el resto de las familias de la isla *Santa María* -a poblar y modificar la estructura económica que ahí se vivía- que se fundó *Chome* propiamente tal.

IV.1- De Fundo los Lobos a Caleta Chome

El terreno donde los hermanos Macaya fundaron la planta ballenera se conoce en la actualidad como Caleta *Chome* y era así como se le denominaba al sector costero (la playa) del fundo *Los Lobos*. En un comienzo los hermanos Macaya le quisieron poner *Trinidad* al nuevo poblado que estaban fundando, en honor a su madre que ya había fallecido, pero el nombre que permaneció en el inconciente colectivo siguió siendo el de *Chome* y es el que se mantiene hasta el día de hoy (Astorga y Bravo, 2002).

Cuando los Macaya se trasladan y dan pie a la instauración de una nueva planta ballenera en este fundo, varias de las personas que vivían ahí deciden migrar. Otras comienzan a trabajar en la construcción de los caminos y posteriormente se quedan trabajando en la planta ballenera. Aunque la gran mayoría de las familias que habitan hoy esta caleta llegaron junto a los hermanos Macaya desde la isla *Santa María*, los pocos habitantes que vivían aquí antes de la llegada de los Macaya recuerdan que en el pasado era todo muy diferente; “*Aquí se vivía de la agricultura, pero primero se trabajó en leña, se hacía leña, pero esto no era un peladero como esta ahora, esto era un bosque y todo el*

³⁴ Idem.

fundo era un bosque nativo, entonces el patrón hizo leñateo hasta que quedo pelado al final aquí, el patrón era Tito Brangier”³⁵ .

Como bien recuerda don Manuel Flores, la principal actividad a la que se dedicaban los habitantes de este fundo era el leñateo, se aprovechaba la gran frondosidad de los bosques nativos para producir maderas y aserrín, al igual que en muchos otros fundos de este sector. La agricultura era también parte importante de la economía local, las familias se dedicaban a plantar distintos tipos de verduras que consumían e intercambiaban. Su dieta era además complementada con algunos productos que obtenían del mar. Varios de los jóvenes que nacían aquí migraban a trabajar a los grandes puertos y ciudades donde encontraban mayores posibilidades para subsistir (Talcahuano, San Vicente y Concepción); *“Yo de aquí salí a trabajar afuera antes de que se armara esto de aquí (refiriéndose a la planta), y después volví para acá porque aquí estaba toda la familia. Yo soy criado aquí, mi padre era de aquí, yo soy hijo de un viejo antiguo, los papás de mi padre eran de aquí, los abuelos de mi padre eran de aquí”³⁶.*

Al igual que don Manuel Flores, muchos jóvenes se marchaban de sus hogares, ya que eran pocas las posibilidades de trabajo que surgían en aquel fundo. Al marcharse se dedicaban a trabajar en las empresas madereras de mayor tamaño que se situaban en los alrededores, o bien se dedicaban a la pesca en los puertos más importantes. Migraban por distintos períodos y luego volvían y retomaban su vida familiar, pero cuando se instaló en las cercanías de sus hogares una planta ballenera, su vida tuvo un giro importante, y pudieron dedicarse a trabajar en el mismo lugar donde vivían.

“Yo empecé a trabajar en una cantera de leña que había aquí en Lenga... tenía 17 años y empecé a trabajar ahí y después de ahí me trasladaron a Huachipato, y por esta lesera de trabajo aquí [refiriéndose a la planta ballenera] perdí la pega ahí...porque yo vivía aquí y iba a estar aquí en mi casa trabajando y yo en Talcahuano no tenía donde parar, no tenía familia. Yo tuve que largar la pega no más...y yo me iba a trabajar de aquí a Huachipato,

³⁵ Fragmento de entrevista a Manuel Flores, realizada en Chome durante enero del 2010.

³⁶ Idem.

y a pié, me levantaba a las tres de la mañana y partía y llegaba allá mismo yo a pié...era un sacrificio no más”³⁷.

Al mismo tiempo, las personas que habitaban el Fundo Los Lobos, no se encontraban ajenos a la actividad ballenera, y de manera similar a la vista en los habitantes de la isla *Santa María*, isla Mocha o Caleta Tumbes, se veían influenciados por balleneros que llegaban de otras latitudes. Este territorio también había sido utilizado como punto de recalada de las embarcaciones balleneras norteamericanas y posteriormente de los primeros veleros de bandera nacional que se dedicaban a esta actividad en las cercanías del puerto de Talcahuano. Don Manuel Flores reconoce que él solo se introdujo en la actividad ballenera cuando los Macaya crearon la factoría en el lugar donde él había nacido, pero reconoce que su padre siempre le contaba historias sobre los trabajos que algunas vez había realizado en embarcaciones balleneras: *“Mi padre fue ballenero de los primeros balleneros que hubo en Chile, de esos que trabajaban en velero. Altenor Flores se llamaba y trabajó en esos barcos balleneros, que corrían solamente a la vela”*³⁸.

Aunque no se puede precisar si don Altenor navegó en veleros norteamericanos o en los que posteriormente utilizaban las nacientes empresas balleneras nacionales, su historia calza perfectamente con la cultura ballenera presente en esta región, ya que él vivía en una de estas caletas ubicadas cerca del puerto de Talcahuano, que las embarcaciones utilizaban estratégicamente para recoger y dejar pasajeros. Si bien don Manuel Flores no recuerda el nombre del barco donde su padre trabajó, intenta recordar las historias de su padre, en donde le contaba como era que se trabajaba al interior de estas embarcaciones:

“El viejo de mi padre siempre nos decía que él trabajaba en la ballena de a bordo, en un buque grande que tenía una rampla arriba, una rampla así ancha que botaban en la popa, y ahí traían la ballena, que era trabajada a bordo del barco, no como después que se cazaba la ballena y se traía aquí a tierra para trabajarla (...) No recuerdo el nombre,

³⁷ Idem.

³⁸ Fragmento de entrevista a Manuel Flores, realizada en Chome durante enero del 2010.

porque mi padre le decía siempre el buque ballenero. Se embarcaban y después de seis meses, siete meses llegaban”³⁹.

Aunque la actividad ballenera haya estado ligada a la historia de don Manuel, por las aventuras que pudo haber tenido su padre cuando él era un niño, fue muchos años después, que el aprendió el oficio ballenero. Fueron más bien las circunstancias y no las aspiraciones personales, lo que le llevaron a adentrarse a esta actividad, a la que se dedicó mientras la planta se mantuvo en pie.

Cuando los Macaya llegaron, aparecieron como una importante fuente de trabajo para los habitantes de este fundo, incluso antes de que la planta se abriera, y comenzara el trabajo ballenero. La necesidad de contratar mano de obra en ese lugar comenzó con la compra del fundo, ya que en ese momento los hermanos Macaya lideraron un proceso de construcción de caminos y preparaciones de las tierras en el que la mayoría de los hombres que se reclutaron para construir eran oriundos del fundo *Los Lobos*. Así como sus coterráneos, Manuel Flores comenzó trabajando en la preparación del camino y la limpieza de los terrenos que las familias de *Santa María* iban a habitar.

El cambio entre la forma de vida que se tenía y la forma de vida que traían consigo los nuevos dueños del terreno fue trascendental. No solo cambió la actividad económica a la que las familias se dedicaban, llegaron muchos habitantes hasta que este terreno se constituyó como un pueblo propiamente tal. Con los nuevos habitantes también se arrastraba una nueva estructura social.

“No solo se acogió a la industria ballenera que se trajo de la isla Santa María, sino que también fueron acogidas familias completas que se trasladaron desde la isla para llevar a cabo las labores más técnicas de la industria, ya que como ésta era nueva en el poblado, se necesitaba mano de obra que tuviera un conocimiento previo sobre dicha faena. Con esto aumentó la población y surgió una nueva y próspera fuente económica” (Astorga y Bravo, 2002:6).

³⁹ Idem.

La llegada de la nueva empresa y los nuevos habitantes a este fundo modifica por completo la estructura de vida que aquí se tenía. Tanto los habitantes del fundo como quienes vivían en la isla pasan a formar parte de un nuevo proyecto, que se funda y sustenta en la actividad ballenera. La gente de la isla *Santa María* no solo trae consigo los conocimientos sobre ballenería, y un mayor interés por las actividades del mar, trae también un cambio sustancial en la estructura social que se tenía en ese lugar. Mientras algunas de las familias que aquí vivían se trasladaron a fundos cercanos, otras tantas optaron por quedarse, adecuándose a las modificaciones que posteriormente tendrían que vivir.

“La llegada de la ballenera produjo también un quiebre en el orden social establecido. El hecho de que los inmigrantes cargaran con más conocimientos acerca de las tareas balleneras los posicionó inmediatamente en una mejor situación para enfrentar el nuevo sistema de vida que se daría en Chome. Ellos se desarrollaron en el ámbito más técnico de dicha faena gozando por tanto de un mayor status social. Por otro lado, quienes recibieron a las nuevas familias vieron como sus nociones acerca de la vida agrícola pasaron a perder importancia, y con ello, comenzaron a perder el reconocimiento de la comunidad, fue por esto que se les hizo necesario aprender a trabajar la ballena y abandonar paulatinamente su herencia agrícola” (Astorga y Bravo, 2002: 13).

Por otro lado, además del cambio que distinguían los habitantes del fundo *Los Lobos*, los cambios también eran vividos por los habitantes de la isla *Santa María*, que recuerdan con cariño y nostalgia el momento en que fueron dejando la isla para instalarse por completo en el continente.

El fundo *Los Lobos* desapareció, al mismo tiempo que surgía una nueva caleta ballenera, que lentamente se iba configurando como tal. Las familias que vivían en el continente (y que tenían apellidos como Andrade, Rifo, Valdés y Flores) se fueron mezclando con las familias de la isla (cuyos nuevos apellidos eran Macaya, Silva, Monsalve, Durán, entre otros): *“Cuando llegan los Macaya aquí, en el año 1948 de la isla*

Santa María a Chome vienen las familias Macaya-Ramírez, Durán, Ramírez-Ramírez, Silva-Monsalve, Silva-Macaya, Moya, Salinas, esas son las familias más o menos que vienen de la isla aquí, además de tres familias Silva que no son emparentadas entre sí”⁴⁰.

Hay que tener en cuenta que los hermanos Macaya traían consigo a los trabajadores que tenían el conocimiento ballenero para comenzar a trabajar en su factoría, pero que estos eran además amigos e incluso familiares de ellos mismos. Los Macaya asumen desde su totalidad la obligación y responsabilidad de trasladar e instalar a los pobladores de la isla- encargándose de facilitar la movilización de sus trabajadores y de la construcción de las casas que habitarían- de manera paralela a las labores que llevaban a cabo en cuanto a la construcción de su nueva factoría.

Respecto al período de poblamiento de *Chome*, la señora Flor Monsalve recuerda: *“Cuando yo llegué aquí a Chome estaban trabajando en la ranfla, ahí traían las ballenas los barcos, ahí ellos trabajaban en barcos ya, en los barcos que tenía. Pero esto aquí, eran puras ramas, aquí, puros árboles, lo único que tenían bueno era el camino, y las casas que estaban empezándolas a hacer. Y así como iban haciéndolas las casas iban entregándoselas a las familias, a los que trabajaban, a los obreros aquí”*⁴¹.

Las familias se iban trasladando de a poco, en un comienzo fueron llegando las personas que poseían mayores conocimientos sobre la actividad ballenera. Ya cuando la planta estaba funcionando y había mayor cantidad de casas construidas, eran llamados otros trabajadores de la isla que conformaban la mano de obra menos especializada y cumplían con las labores de menor renombre, en conjunto con algunos habitantes del fundo *Los Lobos*.

“Cuando se hizo el traslado para Chome se vino un grupo pequeño, como profesionales, y para trabajar con todos los otros. No vinimos más de unas doce personas (...) pero después llegaron más, como al mes o dos meses después. De primera éramos poquitos,

⁴⁰ Fragmento de entrevista a Carlos Macaya, realizada en Chome durante enero del 2010.

⁴¹ Idem.

claro después llegaron más [familias desde Santa María] y de ahí se empezó a formar, con la misma gente que había en Chome, con los que habían echo los caminos, los que eran nativos de ahí, los Rifo, los Flores, se formó un equipo de trabajo”⁴².

Cuando llegaron al continente, y se lograron instalar en *Chome*, el trabajo ballenero se facilitó y aunque aún estábamos frente a una industria ballenera que tenía (y tendría siempre) un carácter familiar, ya no se utilizaban las mismas estrategias artesanales de un comienzo y los cambios a los que la empresa se había sometido ya en la isla, comenzaban a mostrar sus frutos. La nueva forma de trabajo que aquí en el continente se implementaría permite hablar de una factoría ballenera netamente industrial.

Las reformas fueron múltiples y tuvieron que ver con diversos aspectos que caracterizaron, de una manera diferente a la llevada a cabo en la isla, la forma en que se realizaba la cacería en su totalidad.

Los cambios, que tenían que ver con el aumento en la infraestructura de caza, arrastre y faenamiento (plantas más elaboradas, con nuevas tecnologías para procesar los productos balleneros y nuevas embarcaciones donde se podía cazar), arrastraron también modificaciones sustanciales en la forma de vida de los habitantes de *Chome* (facilitaron su contacto con el resto del país, aumentaron sus ingresos mensuales, etc.) y trajeron, sobre todo, un gran incremento económico para la familia Macaya

“La creación de la factoría para ellos significó una economía, porque se evitaron el traslado de la isla al continente y crecieron (...) Hicieron un camino y se comunicaron con el camino fiscal que ya existía, Abel Macaya, compro un camión y el camión empezó a transportar el aceite desde Chome a los Maritanos y de ahí fueron creciendo, empezaron a hacerse de jeeps, de camionetas, de camiones, de todo”⁴³.

⁴² Fragmento de entrevista a Reinaldo Silva realizada en Talcahuano durante el año 2002.

⁴³ Fragmento de entrevista a Juan Hernández, realizada en Talcahuano durante marzo del 2009.

IV.2- Cacería industrial: La Factoría y el proceso de faenamiento.

Uno de los cambios más trascendentales en la forma de llevar a cabo el oficio ballenero, tiene que ver con la nueva factoría terrestre donde se desarrollaban las faenas y el procesamiento, para luego comercializar los productos.

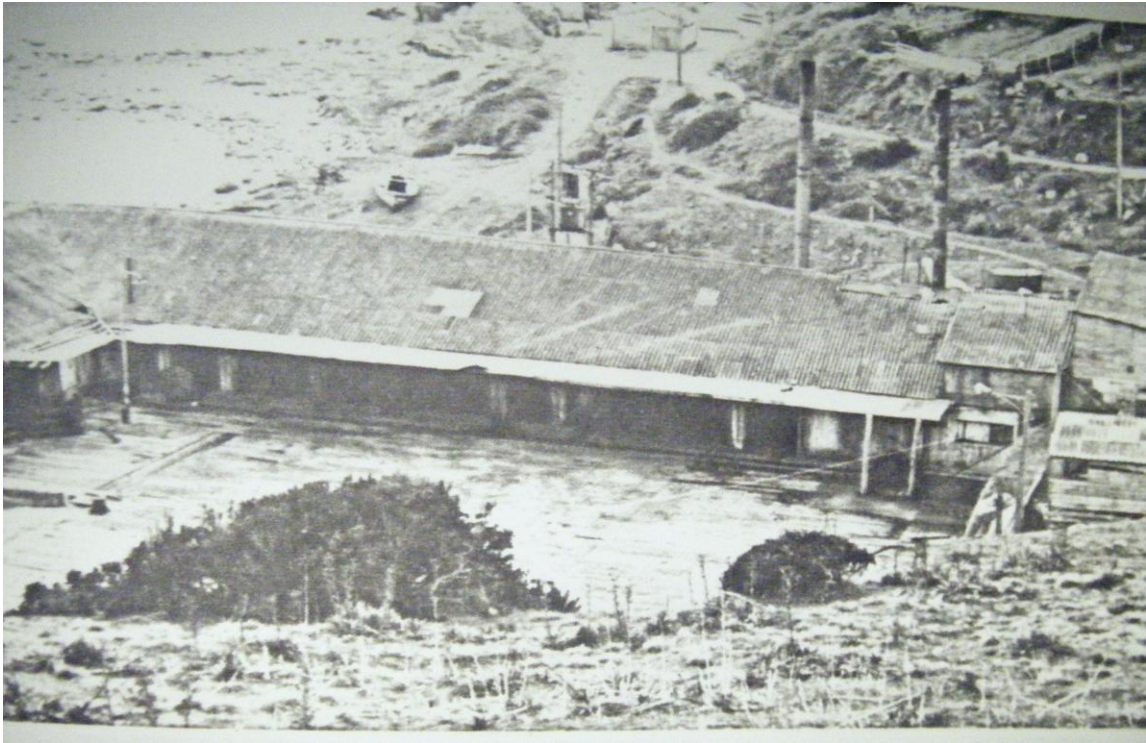


Figura 12: Fotografía sacada del Factoría Ballenera en Chome. Vista general de la planta mostrando su plataforma de faenamiento. (Luis Pastene, 1982).

Hay una clara diferencia entre la infraestructura y espacio utilizado para la práctica ballenera por la familia Macaya entre un primer momento artesanal, cuando vivían en la isla *Santa María* y un segundo momento industrial, cuando ya estaban asentados en *Chome*. Esta fotografía permite imaginar y conocer como era *Chome* cuando funcionaba ahí la planta ballenera y se contaba con un espacio intervenido totalmente por el hombre. Cada uno de los elementos que componía esta nueva factoría, estaba ahí, ocupando un determinado lugar, para facilitar el trabajo del hombre en la actividad ballenera.



Figura 13: Fotografía de la Planta Ballenera de Chome, años después de haber sido abandonada, en el año 1996. (Colección privada de Carlos Macaya).

Una segunda fotografía de la planta ya abandonada, muestra con un poco más de nitidez la forma que en algún momento tuvo esta factoría. Lo que se logra ver es la fábrica donde se encontraban los distintos depósitos en que se producía el aceite y la harina (espacio techado), además de la amplia terraza de faenamiento. La rampa por donde la ballena ingresaba no se logra ver con claridad (costado derecho en dirección al mar) pero si se ve uno de los tantos *winches*⁴⁴ que servían para tirar la ballena (abajo, en el costado izquierdo).

El sistema de arrastre de la ballena se centraba en la utilización de *winches*, que son unas estructuras metálicas redondas que logran arrastrar cargas muy pesadas en la medida que permitían ir enrollando un gran cable de acero. La fábrica contaba con alrededor de 5 *winches*, uno muy grande, bien cerca de la rampa y otros cuatro más pequeños, que se situaban a varios metros de distancia de la rampa, y que permitían deslizar la ballena hasta

⁴⁴ Pareciera ser que la palabra *winche* es una variación local de la palabra *winch*, utilizada por los norteamericanos para denominar los tornos que arrastran una determinada carga a través de un cable de acero.

la plaza de faenamiento (Flores, 2010). Las características de estos instrumentos y la forma en que estos se disponían y funcionaban se pueden observar en algunas fotografías:



Figura 14: Fotografía que muestra en detalle las características de los winches de la planta, ya oxidados y sumidos en el abandono, en el año 1996. (Colección privada de Carlos Macaya).

En esta fotografía de la planta ya abandonada, se puede ver la forma en que se constituían estos instrumentos, diseñados especialmente para poder recoger y estirar el cable de metal, por medio de ruedas que permiten el enrosque. Los *wincheros* eran los trabajadores de la planta encargados de tirar estos cables y así arrastrar la ballena.



Figura 15: Fotografía que muestra como se organizaban los winches a lo largo de la planta, ya abandonados en el año 1996. (Colección privada de Carlos Macaya).

A su vez, desde esta vista más panorámica, se puede observar la disposición en que eran ordenados los *winches*, que permitía generar la fuerza mecánica necesaria para movilizar a cetáceos de varias toneladas de peso. Esta fotografía logra dar cuenta de como se constituía un sistema de poleas que se sucedían unas a otras a lo largo de la planta, permitiendo así el continuo arrastre de las ballenas.

Las fotografías permiten dimensionar la diferencia sustancial entre el sistema de arrastre utilizado en la isla *Santa María* (por medio de yuntas de bueyes) y el complejo sistema de winches y poleas usado en *Chome*, lo que a su vez trasluce el evidente contraste entre las técnicas de cacería artesanal e industrial. La oposición entre las realidades vividas en la isla y luego en el continente, nos muestran que los cambios entre las tradiciones industrial y artesanal de cacería de ballenas, no tienen que ver solo con el incremento de instrumentos, tienen que ver sobre todo con una modificación trascendental de la mentalidad de estos hombres al percibir y por ende llevar a cabo, la caza de ballenas.

Las labores de los hombres que trabajaban en la planta iban cambiando constantemente, cuando se integraban nuevos hombres comenzaban como ayudantes y luego, con el paso del tiempo, se iban especializando en las distintas labores llevadas a cabo

en los distintos sectores que componían la factoría: *“uno pasa por todo, yo trabajé de ayudante, de obrero, de huinchero, faenaba, las hace todas uno, este trabajo era así”*⁴⁵.

Eran más menos 180 ballenas capturadas por temporada, que duraba alrededor de 8 meses; de octubre a abril. Cada parte de la ballena se destinaba a distintos sectores de producción (barriles, calderas, etc.) donde se generaban distintos productos como aceites o harinas.: *“Dentro de las distintas especies de ballena, cada parte de su anatomía daba un aceite de calidas diferente, y cada parte exigía un tratamiento distinto. El tiempo de fusión debía respetarse escrupulosamente”* (Cohat. 1990:111).

Las fotografías que Juan Hernández guardaba en su hogar, dejan ver de manera general el trabajo de los obreros en la planta de *Chome*, lo que a su vez permite imaginar y reconstruir con mayor claridad lo que significó este cambio entre aquel momento tradicional en que se limpiaba y faenaba el animal en la arena y este nuevo escenario industrial, donde estaban presentes mejores equipamientos:



Figura 16: Fotografía de trabajadores faenando a unos cachalotes en la factoría de Chome; limpiando y separando los trozos de animal que luego serían trasladados a la cantera. (Colección privada de Juan Hernández, sin año de referencia).

⁴⁵ Fragmento de entrevista a Manuel Flores, realizado en Chome durante enero del 2010.



Figura 17: Fotografía al trabajo de faenamiento de los cachalotes en la factoría de Chome. (Colección privada de Juan Hernández, sin año de referencia).

Trabajaban varios faenadores juntos, en los distintos sectores de la plaza, donde iba siendo minuciosamente descuartizada; *“la ballena se trabajaba allá afuera, allá las descuartizábamos, ahí llegaban por la rampa para arriba y aquí adentro estaban las calderas... pero esto aquí (refiriéndose a la plaza de faenamiento) estaba lleno de sangre, hasta por aquí con sangre uno (indicando sus rodillas) y cuando saltaba la sangre, cuando llegaba atrasada como le digo uno quedaba lleno de sangre y aceite”*⁴⁶.

Luego de descuartizarla con la utilización de *espeles*, las distintas partes de la ballena son destinadas a los depósitos correspondientes, donde se lleva a cabo un largo proceso de elaboración de los productos obtenidos de la ballena. Si bien hay muchos relatos que describen con detalle este proceso, no hay fotografías de la época que puedan mostrar como se trabajaba al interior de la fábrica. Carlos Macaya guardaba algunas fotografías que muestran algunos de estos depósitos cuando la fábrica todavía no estaba completamente desmantelada.

⁴⁶ Idem.



Figura 18: Fotografía que muestra el interior de la fábrica donde se procesaban los productos de ballena, ya abandonada, en el año 1996. Se pueden ver los depósitos donde se freía el aceite. (Colección privada de Carlos Macaya).



Figuras 19: Fotografía de las dependencias de la factoría, ya abandonada en el año 1996. Se ve en primer plano, un instrumento utilizado para afilar el espele. (Colección privada de Carlos Macaya).

Aunque no existen imágenes, hay varios antecedentes sobre la forma en que se llevaba a cabo el complejo proceso de transformación de la materia prima en productos, bajo esta lógica industrial. A continuación una descripción en detalle de las etapas que conforman el proceso de faenamieto:

“El faenamamiento comprende las siguientes tareas: el cetáceo se traslada por arrastre hasta la playa de descuartizamiento, donde se lo secciona primeramente en dos partes: la cabeza, donde está el gran depósito de aceite, se lleva a la sección correspondiente, mientras el resto del cuerpo una vez descuartizado es llevado a la sección de producción de harina.

Las materias grasas se cocinan al vapor en recipientes a presión: el producto así obtenido es elevado a una centrífuga que lo purifica y distribuye por los estanques de almacenamiento. Este aceite está elaborado completamente y almacenado a las cuatro horas de haber comenzado las faenas de descuartizamiento por unidad.

Una trituradora lleva la parte de carne: de allí pasa a otra marmita a presión, la que separa la grasa de la materia carnosa. La primera pasa a un estanque de purificación y la segunda es nuevamente molida, secada y envasada en sacos. Los huesos se cuecen también para sacar el aceite que puedan contener y luego se calcinan y entregan a una fábrica de abonos y alimentos para aves. En cuanto a las “verdaderas ballenas” o ballenas de carne, sus barbas se aprovechan en la industria de plástico y la carne para el consumo” (Garlbusky et al. 1971:22).

El proceso de tratamiento a los productos balleneros era complejo y se requería una fábrica que contara con los dispositivos necesarios para llevar a cabo las etapas de trituración, cocción, decantación, regulación, etc., que permitieran posteriormente obtener productos bien elaborados. Sólo la carne fresca (para el consumo humano) se excluía de este proceso de elaboración. El resto de la carne, los tocinos y los huesos seguían caminos diferentes y eran tratados en distintos contenedores bajo procesos de similares características. Todas las otras partes del cuerpo, incluso los desechos (sangre, huesos, barbas, interiores, etc.) eran utilizados y procesados, algunos para la producción de aceite y otros para la elaboración de harina.

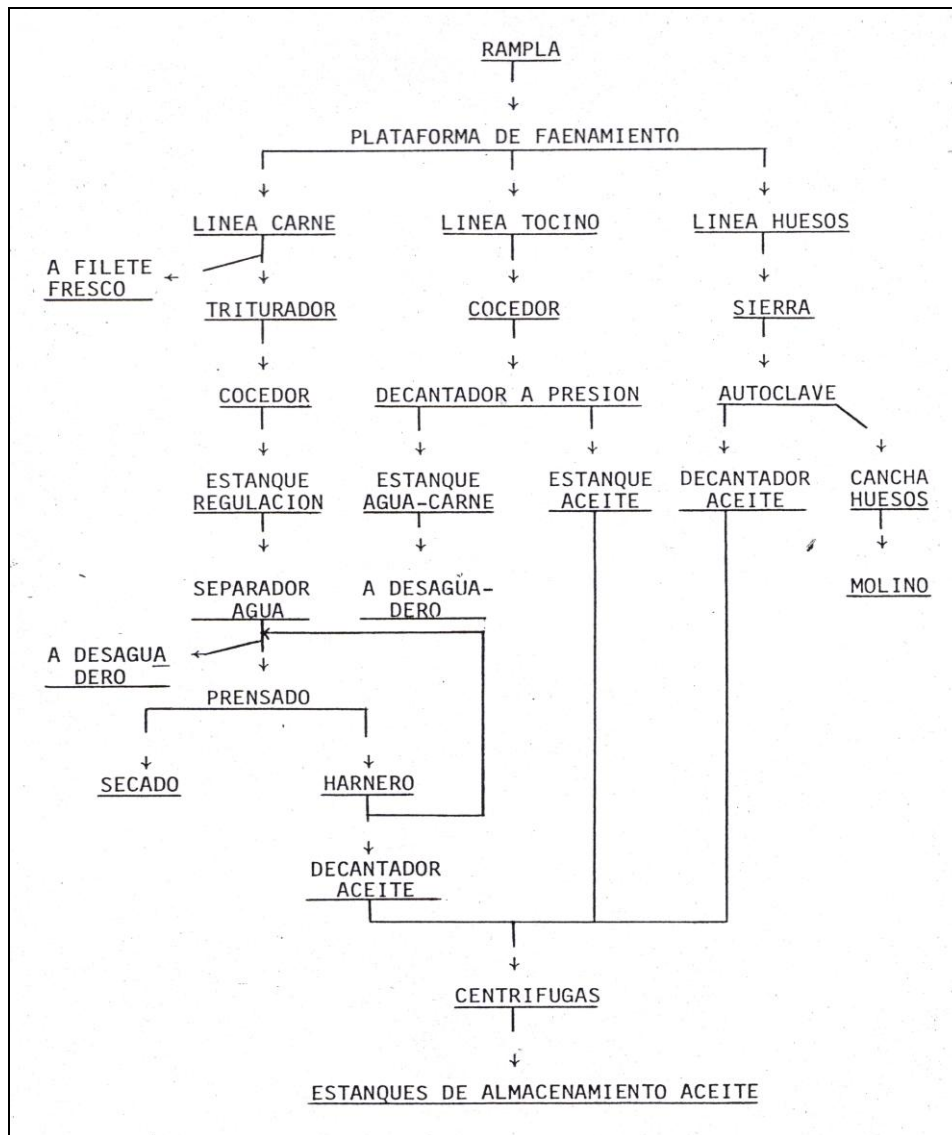


Figura 20: Esquema de las líneas de producción de la planta de Chome (Luis Pastene, 1982).

Este esquema resume las etapas que conforman el procesamiento del producto ballenero, dando cuenta del camino que seguía desde que la ballena era llevada a la rampa hasta que se obtenían los derivados. La materia prima se separaba en tres líneas (carne, harina, aceite) para pasar por distintos procesos que contaban a su vez con módulos e instrumentos especializados. En la fábrica de procesamiento se contaba con distintos cocedores, decantadores, estanques, centrifugas y separadores, que permitían llevar a cabo un complejo proceso de faenamiento desde donde se obtenían los distintos derivados. La etapa final era la comercialización de los productos.

Pero los cambios en la ubicación geográfica, en la implementación de infraestructura y en la adquisición de nuevas y más modernas maquinarias no fueron ni serían lo más importante. El cambio central tendría que ver con las condiciones de trabajo y por ende con la calidad de vida, que mejoraron notablemente para los trabajadores, que anteriormente habían llevado a cabo de manera artesanal la elaboración del aceite de ballena. El cambio entre la forma de trabajo en la isla *Santa María* y posteriormente en *Chome* cambiaría de manera sustancial la forma de vida de las familias, y de ello dan cuenta los recuerdos de la señora Flor Monsalve:

“Aquí fue mucho mejor pues. Aquí ya no trabajaban tanto como trabajaban en la isla ellos, los obreros allá. Aquí lo tenían todo a mano, todo a mano porque las ballenas llegaban ahí no más, tiraban con winches, la echaban al tacho donde freían, había caldera aquí, que la caldera se trabajaba con carbón acá, allá la isla se trabajaba con hueso, acá con carbón. Entonces ahí echaban a la caldera harto carbón y ahí daba para todo lo que se quería hacer pues; freían el aceite, cosían la carne para hacer la harina, todo, tenían maquinarias para moler la harina, todo, así trabajaban ellos aquí”⁴⁷.

Si bien el proceso que los productos seguían era complejo, gran parte del trabajo lo hacían las maquinarias. Las labores se repartían entre varios trabajadores que cumplían, semana a semana, determinadas funciones en uno de los lugares de la planta.

IV.3- Obtención de Recursos balleneros

Con esta nueva tecnología industrial la producción se incrementó rápidamente, por un lado porque el número de ejemplares cazados aumentaba y también porque ahora tenían la infraestructura necesaria para aprovechar el cien por ciento del cuerpo del cetáceo cazado. De esta forma, se pudo obtener un mayor número de productos que eran distribuidos a una también creciente rama de consumidores, a diferencia de lo que había sucedido en la isla *Santa María*.

⁴⁷ Fragmento de entrevista a Flor Monsalve, realizada en Chome durante el año 2002.

Anteriormente, cuando aún se encontraban en la isla *Santa María*, los principales compradores de los productos de la Ballenera Macaya, eran la familia Maritano⁴⁸, que aparece además como el principal receptor del producto ballenero que elaboraban los distintos grupos familiares y locales que se dedicaban a la cacería de ballenas de manera artesanal. Ellos utilizaban el aceite principalmente para la fabricación de jabones y productos cosméticos. Se dedicaban a la venta de aceite y combustibles para iluminación. Además, se sabe que muchas veces los huesos y barbas eran utilizados de manera ornamental.



Figura 23: Fotografía de Prensa, sobre la comercialización de los productos de Miguel Maritano. Diario El Pescador Talcahuano, Chile. Sin año de referencia. (Colección: Fondecyt 1990027, año 2002).

En esta fotografía de una publicidad del comerciante Miguel Maritano, se da cuenta de como la comercialización de los productos balleneros era parte de la cotidianidad, ya que incluye el aceite de ballena dentro de otros productos que comúnmente las personas consumían y compraban.

⁴⁸ La familia Maritano aparece como el principal comprador de aceite de ballenas, ya que poseían una fábrica de refinería y también se dedicaban a la elaboración de productos cosméticos como el jabón perlina, que en ese entonces se elaboraba a partir de aceite de ballena.

Cuando los Macaya se trasladan al continente, el número de animales cazados aumenta y la producción crece notablemente. Con la nueva planta de faenamiento ya no solo se obtiene aceite de ballena, sino también otros múltiples productos, como la harina que se obtenía procesando todos los restos de carne, piel y huesos que sobraban. En la medida que los productos obtenidos van aumentando en cantidad, aumentan también el número de receptores que la empresa tenía.

Los productos obtenidos de las ballenas, pueden ser divididos y clasificados en distintas categorías, una de ellas tiene que ver con el estado en que están dichos productos cuando son utilizados por el ser humano. Según esta lógica, los productos se diferencian principalmente porque algunos son utilizados en su estado bruto, tal cual se obtienen del proceso de faenamiento, y otros deben ser procesados para poder cumplir una determinada función. Se dividen así entre productos primarios o brutos; carne salada, o fresca para consumo humano o animal, ámbar gris, marfil de ballena, glándulas para uso farmacéutico y los huesos (para artesanía tallada entre otros usos), y productos secundarios o procesados; aceites de todas las clases, harina de carne o de hueso entre otros (Marangunic y Jaramillo, 1959).

Para otros autores, en cambio, el tratamiento que posean los productos no es lo más determinante, y relevan por sobre este aspecto otras cualidades, como por ejemplo la utilidad que se le da a los productos (ya sea en bruto o procesados) y a la importancia que estos tienen para el consumo humano. Siguiendo esta otra lógica, los productos balleneros pueden también dividirse en dos grupos: los productos mayores; que incluyen el aceite en su variedad de formas, según los procedimientos a los que se expone y que entran en este grupo porque es lo que se produce en mayor cantidad, y los productos menores, donde encontramos el resto de los derivados que salen del cuerpo de la ballena y que si bien tienen una diversidad de usos, son concebidos en menor cantidad (Pavisovic, 1955).

Siguiendo esta última forma de clasificación, los productos que los Macaya obtenían de la cacería de ballenas eran los siguientes:

Productos mayores:

Aceite de ballena o de cachalote: se obtiene de la grasa que se encuentra bajo la piel del animal. Tiene diversos usos vinculados a la farmacia, mecánica y también alimentación. Se utilizaba como componente de: velas, linóleo, tinta de imprenta, jabones, glicerinas, explosivos, aceites industriales para motores de alta velocidad, mecanismos de relojería y de alta precisión, para tratamiento de cueros y para margarina.

Productos menores:

Espermaceti: Llamado también esperma o blanco de ballena, se encuentra en la cabeza de los cachalotes y es utilizado principalmente en la industria de cosméticos, como componente de barras de labios y lápices grasos, entre otras cosas.

Ámbar gris: Sustancia que se encuentra en el estomago de los cachalotes machos. Es utilizada en perfumería; además de obtener una especial fragancia cuando se seca, es utilizada como fijador del olor de las esencias en la elaboración de perfumes.

Harina: La harina de ballena es producida en grandes cantidades, se utilizan los restos de órganos, músculos y piel que no fueron utilizados para la elaboración de aceite, además de los huesos. Todo se seca y luego se tritura, hasta formar este polvillo que es utilizado para la alimentación, principalmente de ganado pero también en algunas circunstancias para la alimentación humana. En nuestro país esta harina era utilizada principalmente como abono para la agricultura porque era un muy buen fertilizante.

Carne de ballena: La carne de ballena se obtiene de manera directa, sin mediar preparación. La carne utilizada para la alimentación ocupa un muy bajo porcentaje, muy pocas ballenas son consumidas por el ser humano y la mayoría de la carne obtenida se fríe para obtener el aceite.

Barbas y huesos de ballena: las barbas son utilizadas para hacer cordeles y redes de pescar, utilizados también en la industria del plástico. Los huesos y dientes (en el caso de los cachalotes) se usaban principalmente para hacer joyas y artículos de decoración.

De los países que se dedican a la elaboración de productos balleneros, son muy pocos los que tienen además una cultura alimenticia relacionada con el consumo de carne de ballena. Son principalmente los japoneses quienes se dedican a esta producción. Otros países como Argentina, Chile y Perú tienen un gran desarrollo de ganadería (ovina o vacuna) y no se ven en la necesidad de producir además carne de ballena.

Esto tiene varias razones, una de ellas es que en algunos países la industria ganadera juega un papel muy importante y por eso no se masifica el consumo de otras carnes, otra de las razones tiene que ver con que solo algunas ballenas producen carne, son las llamadas ballenas de carne y de barba, y los cuerpos de la gran mayoría de los cetáceos cazados se utiliza para la producción de aceite; *“Claro es que las ballenas no se cazan por su carne. Esta no es más que un sub producto de la industria ballenera y durante muchos años ha sido considerada un producto sin valor, o por lo menos, tan engorroso, que en realidad se desperdiciaban millones de toneladas que literalmente se arrojaban al mar”* (Pavisic, 1955: 55).

Si bien en algunos sectores de nuestro país era común comer de vez en cuando carne de ballena, en aquel período en que la industria ballenera ocupaba un papel importante en la economía nacional, es muy probable que esto tuviera que ver netamente con la cercanía a una planta ballenera y no se vinculaba a una cultura alimenticia compartida por todo el escenario nacional.

“Desde hace ya muchos años se venía comiendo, a bordo de los barcos balleneros y especialmente en sectores cercanos a las estaciones balleneras, la carne de ballena fresca pero en muy pequeña escala, y aunque en la actualidad exista recelo por parte del público, ya que consideran la carne de ballena como un producto de segunda categoría, pese a sus magnificas cualidades alimenticias, ya existen países que la emplean como alimento de fundamental importancia (Japón y Noruega)” (Marangunic y Jaramillo, 1959:137).

En Talcahuano y Concepción se acostumbraba el comer carne de ballena, muchas personas con las que he conversado (muchas de las cuales no tienen nada que ver con mi

trabajo sobre la factoría, pero que me fui encontrando en el viaje a Concepción) me hablan de haber comido carne de ballena o galletas de harina de ballena cuando eran pequeños. A pesar de ello, nunca el consumo de carne de ballena se masificó totalmente en nuestro país y por ende no existió un interés, desde las autoridades nacionales, de explotar este recurso como recurso alimenticio. Ya que la rentabilidad en la elaboración de este producto estaría inevitablemente “*sujeta a lo que se considere como carne comestible y por consiguiente a los hábitos alimentarios de los posibles consumidores*” (Marangunic y Jaramillo, 1959:40).

Si bien en escenarios particulares si se consumían productos balleneros y aunque muchos compartieran este deseo de aumentar la producción de carne de ballena para el consumo humano, en Chile no existió una cultura alimenticia en torno a esta actividad.

El consumo humano de la carne de ballena fue solo esporádico y casual, por esta razón la forma en que se manipula la carne de ballena y se le da un tratamiento sanitario no es ejecutado de la forma debida. Asimismo, producto de que el consumo de carne de ballena no estaba inserto en el imaginario colectivo de los chilenos, nunca hubo un interés desde las autoridades, para que en nuestro país existiera una inspección veterinaria o algún tipo de legislación que regulara la forma en que se obtenía la carne de ballena y era manipulada para el consumo humano (Aguayo, 1963). Por otro lado, al no estar insertado como producto alimenticio en el cotidiano, no se conocían las propiedades nutritivas que la carne de ballena podía tener, tampoco los procedimientos con que se debía tratar ni mucho menos las diversas formas en que esta se podía cocinar (Marangunic y Jaramillo, 1959).

No podemos hablar de una cultura alimenticia nacional, en *Chome* en cambio, donde si presenciamos una cultura ballenera arraigada en la comunidad, el consumo de carne de ballenas era algo importante. La gente disfruta recordando lo felices que se ponían cuando en los barcos llegaba una ballena de carne, ya que a todas las familias se les repartía una porción. Aunque esto no ocurría siempre, solo cuando la carne llegaba fresca a tierra firme, cuando aparecía se transformaba en un importante complemento de su dieta habitual. La mayoría de los habitantes de *Chome* recuerdan como cuando se cazaban ballenas de carne, “*los sartenes inmediatamente comenzaban a chillar*” ya que en todas las casas se

escuchaba el ruido que hacía el aceite mientras freía el trozo de carne de ballena, y el olorcito a carne frita se apoderaba de todo el lugar. Este recuerdo, de quienes eran niños y adultos en esa época, da cuenta de que el consumo de esta carne era algo instaurado en este grupo social.

La mayor parte de estos consumidores de carne de ballena trabajaban, cumpliendo una u otra labor en la planta ballenera. Esta factoría sería, durante varios años, el sustento económico de este pueblo, cuyos habitantes se repartían entre las tareas llevadas a cabo en la tierra y en el mar.

IV.4- Barcos Balleneros: las nuevas embarcaciones utilizadas por la Sociedad Ballenera Macaya hermanos y Cía.

Paralelamente al cambio de escenario y a las modificaciones que se vivían en cuanto a las faenas de las ballenas muertas y a la elaboración de los diversos productos balleneros, los Macaya comenzaron a invertir en otro tipo de infraestructura, relacionada principalmente con la adquisición de nuevas y mejores embarcaciones. El incremento en el número de barcos y la complejización del trabajo en las faenas, hace que aumente de manera notable el número de trabajadores dentro y fuera de la planta; *“En la factoría trabajaban como 60 trabajadores, entre jefes y operarios y en los barcos andaba el capitán, el piloto, el contramaestre, el ingeniero de máquinas y operarios; nunca menos de diez, fuera de los oficiales”*⁴⁹.

La compra de barcos balleneros ya había comenzado al finalizar el período de cacería llevado a cabo en la isla *Santa María*, con la compra del *Juan I*. Luego de la compra de este barco, le sigue la compra de otros, siempre de segunda mano. Los cambios en las embarcaciones, solucionan uno de los principales problemas que traía consigo la etapa artesanal, que tenía que ver por un lado con la peligrosidad del encuentro entre el bote y la ballena, y también con la dificultad de arrastrar a estos grandes animales hasta tierra firme.

⁴⁹ Fragmento de entrevista a Juan Hernández, realizada en Talcahuano durante marzo del 2009.

“En 1952 adquiere el ex Spina, que pasó a llamarse Juan II. En 1954 adquiere en Inglaterra el ex Sahara de 355 toneladas, que pasó a llamarse Juan III. En 1956 adquieren, también en Inglaterra, el ex Sarka y el ex Satsa ambos del mismo tonelaje que el Juan III, bautizándolos como Juan IV y Juan V” (Sepúlveda, 1997:4-5).

Todos los barcos eran bautizados con el nombre del patriarca de esta empresa familiar, para recordar y homenajear su labor e influencia. Desde *Juan I* a *Juan IX*, fueron adquiriendo diversos barcos, con distintas características y diferentes procedencias.

BARCO	AÑO CONSTRUC.	AÑO ADQUISIC.	AÑO PARA	POTENCIA MAQ.PPAL. (H.P.)	TIPO MAQUINA	PRESION TRABAJO ORIGINAL	VELOC. MAXIMA ORIGINAL	TONELAJE GRUESO (ton)	ACOMODACIONES	CAPAC. BODEGA FRIGORIF.	CAPAC. CONGEL. (diaria)	ESLORA (m)	MANGA (m)
Caupolicán	-	1932	1938	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
Atlas	-	1938	1946	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
Indus 2 (Juan I)	1904	1946	1957	-	-	-	-	131	-	-	-	-	-
Spina (Juan II)	1928	1950	1960	600	-	-	-	244	-	-	-	-	-
Sahara (Juan III)	-	1954	1968	1300	-	-	-	354	-	-	-	-	-
Sarka (Juan IV)	1936	1954	1975	1300	R.T.E.	225 lb	10 nudos	352	18	-	-	43.76	8.05
Satsa (Juan V)		1954	1968	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
Indus 17	1947	1969	1979	1422	R.T.E.	225	14	350	18	-	-	42.18	8.04
Indus 19	1949	1969	1975	2280	R.T.E.	235	14	498	20	-	-	51.90	9.73
Paulmy Star 3 (Juan 9°)	1966	1977	1981	1500	M.D.	-	14,5	545.10	41	570m ³	17.9 ton	53.20	9.30

R.T.E. : Recíproca triple expansión; M.D.: Motor Diesel.

Figura 21: Cuadro resumen de las embarcaciones utilizadas por la empresa Macaya Hermanos (Luis Pastene, 1981).

Luis Pastene resume las características principales de las embarcaciones utilizados por la Sociedad Ballenera Macaya Hermanos y CIA., entre 1932 y 1981. Como se puede ver en el cuadro, las embarcaciones provenían de diversos lugares y empresas, los Macaya lograban así incrementar su producción, sin la necesidad de comprar embarcaciones nuevas. Se alcanzó a contar con nueve embarcaciones balleneras, además de las dos

primeras embarcaciones de arrastre (*Atlas* y *Caupolicán*), aunque estas no funcionaron de manera paralela.

En este cuadro no aparecen ni el barco *Juan VI* ni *Juan VII*, que si son mencionados en el libro de Juan Hernández, y corresponden a dos barcos comprados a la Indus en el año 1969. A su vez, el *Juan VIII* era conocido como *Paulner* mientras que el *Juan IX* se conocía como el *Paulmy Star 3* y fue utilizado en los últimos años, luego de que los Macaya se asociaran con una empresa extranjera y adquirieran la concesión de este buque pesquero que había sido adaptado para la caza.; *“Se compran dos barcos a la Indus, esos barcos venían con el nombre de Indus 19 y Indus 17. Siempre nos quedó ese nombre, los conocimos por ese nombre nosotros, pero fueron inscritos en los registros por Juan VII y Juan VI. El Juan VIII nosotros lo conocemos por el Paulner, ese era el nombre que tenía (...) Y el Paulmy Star se rebautizó con el nombre del abuelo para seguir con la tradición, cuando se trabajó aquí con los japoneses”*⁵⁰.

El *Juan VIII* es la embarcación más difícil de identificar, fue una de las últimas embarcaciones que adquirieron los Macaya y al parecer es el menos conocido porque se utilizó más bien como un buque pesquero, cuando la actividad ballenera ya estaba disminuyendo.

Con la adquisición de estos buques balleneros, el duelo entre ballena y ser humano nunca volverá a tener las mismas características. Las nuevas embarcaciones no solo poseen un tamaño y peso superior a las utilizadas anteriormente, cuentan además con arpones de cañón que son lanzados a grandes distancias hacia las ballenas, dejando solo como parte del pasado los arpones manuales que trae consigo la cacería artesanal. La caza costera va quedando atrás, y la ballenera Macaya se introduce de lleno a la caza pelágica, llevada a cabo en esa época por varios otros países como Noruega, Japón y URSS, entre otros. Las embarcaciones pueden ingresar varias millas hacia el mar sin dificultad, llevando a cabo la cacería en altamar, accediendo a todas las especies de ballenas que quieran, sin tener límites como el tamaño de las especies o la velocidad que estas tuvieran.

⁵⁰ Fragmento de entrevista a Carlos Macaya, realizada en Chome durante enero del 2010.

Las embarcaciones balleneras funcionaban con motores a petróleo, llevaban el arpón en la parte delantera del barco y contaban con unos ganchos que permitían amarrar varias ballenas muertas en los costados del barco, como lo muestra una fotografía que se encontraba en manos de Juan Hernández:



Figuras 22 y 23: Fotografías del buque pesquero denominado Indus 17, bautizado por los Macaya como Juan VI. En las fotografías se muestra como los Macaya remolcaban las ballenas hasta la factoría terrestre (Colección privada de Juan Hernández, sin año de referencia).

Estas fotografías logran ilustrar el proceso de caza y traslado de los cetáceos en altamar, previo al trabajo realizado en la planta terrestre. A diferencia de otras empresas balleneras del mundo, los barcos con los que los Macaya contaban eran solo cazadores y no poseían planta de faenamiento en su interior, como si se podía ver en otras embarcaciones que navegaban en Chile, principalmente en Punta Arenas. Los barcos poseían los arpones y la capacidad de arrastrar al animal, y todo el proceso posterior era realizado por otros trabajadores en tierra firme. Los barcos salían en la mañana y luego volvían con las

ballenas en la noche, solo si había mal tiempo debían recalar en algún otro lugar (Silva, 2002).

El trabajo en altamar contaba con varios hombres, que cumplían diferentes funciones; *“En los barcos habíamos tres pilotos y un capitán, dos ingenieros, tres fogoneros más un ayudante para todo. Así que eran cuatro, seis de máquina, tres pilotos, eran nueve, el capitán diez, el contramaestre once, los marinos, catorce y los cocineros, éramos dieciséis personas. Y siempre andábamos trayendo un muchacho para enseñarle”*⁵¹. De todos estos tripulantes, los capitanes de barco poseían apellidos Silva o Macaya ya que los grandes cargos eran ocupados solamente por integrantes de la familia, salvo algunas pocas excepciones. Los otros trabajadores de los barcos provenían principalmente de la isla *Santa María* porque ya conocían de cerca el trabajo ballenero. Los trabajadores de la planta en cambio, provenían tanto de *Santa María* como del fundo *Los Lobos*.

En los barcos la rutina era más o menos similar en cada salida, aunque muchas veces el clima y las reacciones de los animales encontrados podían traer alguna sorpresa. Con estas grandes embarcaciones, los accidentes eran poco recurrentes y enfrentar a la ballena, si bien seguía siendo un desafío de grandes magnitudes, no ponía en peligro la vida de los cazadores. El trabajo en el interior del barco queda ilustrado con los recuerdos de Reinaldo Silva:

“Yo siempre fui piloto, uno subía arriba a mirar arriba. Cada dos horas nos íbamos cambiando por otro piloto. Por eso éramos tres. Y cuando se veía, un piloto se iba a seguirla y otro quedaba ahí mirando para indicar. Y todos mirando.

Se trabajaba todo el día. Y después de cazarlas las ibas dejando en bandera; uno dejaba los cuerpos con una bandera, con farol y con cabo, todo bien preparado para llegar después a tomarla y colgarla. Después de haber trabajado todo el día cazando ballenas, tenías que estar toda la noche retirándolas. Eran once o trece ballenas, que tenías que ir colgando al costado del barco. Te llegabas a la amanecida casi. Digamos no parabas, de

⁵¹ Fragmento de entrevista a Reinaldo Silva, realizada en Talcahuano durante el año 2002.

estar despierto, de trabajar. Y así, bueno, pasaba la noche, el día y ahí después ya se descansaba cuando se venía navegando, porque ahí hacíamos guardias de dos horas por cuatro horas de descanso, pero en la noche había que hacer guardia igual con los marinos”⁵².

Como bien menciona don Reinaldo en sus recuerdos, las ballenas, luego de cazadas eran dejadas a altamar. Se les inyectaba aire comprimido para que flotaran y luego se les ponían unas banderas y unos faroles para que no se perdieran con la oscuridad de la noche y que dejaban en claro a quien pertenecía la ballena. Había varios encargados de anotar las coordenadas donde eran dejadas las ballenas y las condiciones climáticas del momento, ya que los cuerpos de las ballenas cazadas permanecían flotando varias horas en altamar y los cazadores debían conocer de antemano los caminos que los cuerpos seguirían. No era un trabajo sencillo y debían ser muy sistemáticos para poder recuperar los cuerpos cuando terminaban las faenas: *“había que tener bastante práctica para eso [Refiriéndose a la tarea de anotar las coordenadas donde se dejaban las ballenas con las banderas]. Uno las iba anotando e iba poniendo en que rumbo la dejó (...) Después se iban pescando en orden y todo se anotaba. Uno las anotaba en un cuaderno o libreta, iban con su número y todo. Si tomaba a una equivocada, no sabía tampoco para que lado podría estar la otra. No, si era complicado no era na’ tan fácil la cosa. No se le podía dar solamente a una sola persona la búsqueda, había que tener la cooperación de los otros”⁵³.*

IV.5-El Sindicato Industrial Macaya Hermanos y CIA.

En la medida que la ballenera de la familia Macaya creció e incorporó mayor tecnología y mano de obra, pasó de ser una empresa artesanal-familiar a una de carácter industrial-familiar, en la que no solo se modificaron las formas de cacería realizada desde grandes barcos y del faenamamiento de los cuerpos de las ballenas en una factoría bien equipada, sino que también cambiaron las relaciones laborales. De a poco, al interior de la factoría se llegó a establecer un sindicato.

⁵² Idem.

⁵³ Idem.

En la isla *Santa María* las relaciones laborales entre los trabajadores que se dedicaban a la actividad ballenera estaban reguladas principalmente por lazos familiares que no solo se reflejan en el vínculo sanguíneo directo entre Juan Macaya y sus 9 hijos, que constituían la principal mano de obra de la empresa, sino que también se hacían presentes en la relación que este “patriarca” tenía con sus otros trabajadores, de los cuales la mayoría eran a la vez hermanos, primos, cuñados, etc. Estos lazos sanguíneos podían ser de primer, segundo o incluso tercer grado. Si este tipo de lazo no estaba presente en la relación laboral, la amistad o compadrazgo existente entre las familias desde generaciones anteriores, suplía el vínculo familiar. De hecho, en el sector norte de la isla, donde se llevaba a cabo esta pequeña industria, gran parte de los habitantes se conocían y tenían un vínculo cercano que estaba determinado y condicionado a partir de las diversas labores de la vida diaria.

Es quizás por eso que, cuando la familia Macaya decide migrar y establecer una planta ballenera en el continente, lo hace en compañía de varias de las familias con que trabajaban. Por un lado, necesitaban trasladar a sus trabajadores que conocían y manejaban las técnicas necesarias para llevar a cabo la labor ballenera y por otro lado, debían cumplir y responder a la responsabilidad que tenían para con estos trabajadores, no podían quitarles aquella fuente de trabajo que tanto tiempo habían mantenido.

Al llegar a *Chome* el escenario es diferente, ya que además de los trabajadores de *Santa María*, otros obreros que vivían en la caleta se van introduciendo como mano de obra a esta empresa. Se modifica la estructura de trabajo y los empleados van aumentando y al mismo tiempo que el vínculo entre los trabajadores ya no es netamente familiar, empieza a construirse una relación entre obreros y patrones.

No obstante, se reconoce un modo común en el establecimiento de las relaciones laborales de la empresa ballenera en sus tres figuras jurídicas, a saber; la sociedad de hecho llamada “Sociedad de los Dos Juanes” a comienzos del siglo XX; la “Compañía Chilena de Pesca y Comercio Juan Macaya Aravena e Hijos” en 1932, y la “Compañía Chilena de Pesca y Comercio de Macaya Hermanos” en 1946. Tal como sucedió en el país, los

propietarios, dueños de los bienes de producción y de la tierra donde se situaban sus empresas, eran además los dueños de las viviendas de sus trabajadores, de sus animales, y las pulperías o almacenes que abastecían monopólicamente de todos los productos a la población. En consecuencia, las empresas (con sus poblados incluidos), especialmente aquellas rurales o aisladas territorialmente, estaban fuera del proceso de integración al Estado político-administrativo Nacional que vivió la sociedad en la segunda mitad del siglo XX. Así, todos los conflictos públicos y privados se resolvían según las normas y criterios discrecionales que establecía el patrón o el sistema de jefatura de la fábrica.

El patrón, los propietarios de la empresa eran amos y señores. Los trabajadores se comportaban dóciles y sumisos, porque en esas condiciones laborales vivían en un sistema que les brindaba mayor seguridad que otro, carente de trabajo, por ende, de desamparo absoluto, sin acceso a los bienes básicos de subsistencia, como casa, abrigo y alimentación. Esto explica la ambivalencia que persiste en la memoria de la población de la caleta *Chome* respecto a los patrones, recordados normalmente como gentes buenas, preocupados de sus trabajadores, acrítica frente a la cultura patriarcal y paternalista del jefe.

En la historiografía nacional, diversos autores refrendan esta situación al describir el carácter distintivo del mundo rural. Según Gabriel Salazar, en el campesinado chileno resalta un espíritu pasivo que se manifestó en el siglo XX por la ausencia de rebeldía y lo tardío con que asumieron la “cuestión social”. Su expresión más clara es, por una parte, el paternalismo y autoritarismo patronal, respaldado legalmente por el Estado e ideológicamente por la Iglesia, y por otra, la aceptación del sistema por los mismos campesinos, quienes percibían que fuera de la hacienda su situación terminaría siendo más precaria aún⁵⁴ (Pinto, Salazar, *et al.* 1999).

Esto explica la diversidad de opiniones y la ambivalencia que se perciben en las respuestas de las entrevistas, al hablar de la relación entre los trabajadores y la familia

⁵⁴ Homologo el concepto de pescador artesanal al de campesino, ya que no existe una historia social de los pescadores en Chile a partir de la cual se pueda explicar el comportamiento social que estamos refiriendo, y porque de todos modos se sabe que los pescadores artesanales de la zona costera del Golfo de Arauco son además de pescadores, campesinos.

Macaya. Están los que consideran que los Macaya, continuamente, tanto en la isla como en el continente, mantuvieron una relación buena y cercana con sus trabajadores; y están los trabajadores o familiares de los trabajadores que veían a los Macaya principalmente como los patrones, marcando una diferencia entre ellos y el resto de los trabajadores que, sin alcanzar una crítica negativa, refleja una relación jerárquica.

Quienes rescatan los rasgos positivos de los patrones Macaya, reiteran que como dueños del fundo, de las casas y de las calles de la caleta *Chome*, se portaban muy bien y cumplían con muchas obligaciones. Según nos cuenta Lucy, viuda de Fernando Silva, uno de los winchadores de la Planta, ellos entregaban muchos servicios a sus trabajadores; además de otorgar viviendas, crear la escuela y cubrir los servicios básicos. Insiste en la idea que los Macaya entregaban los elementos necesarios para que sus obreros alcanzaran un buen estándar de vida. Al respecto afirma que mientras su esposo trabajó aquí de winchador, ella y sus hijos tuvieron muchas comodidades, incluso les proporcionaban vehículos para moverse, camiones o taxis que manejaban los mismos Macaya y durante los períodos de embarazo la llevaban al doctor gratis. Plantea que ella misma tenía una muy buena relación con esta familia, sin embargo al preguntarle cómo era la relación entre los jefes y los obreros su planteamiento cambia. Para ella claramente los Macaya eran buenas personas, pero eran los jefes y eso los diferenciaba totalmente del resto de los obreros: *“Los Macaya eran amos y señores acá. Uno casi les hacía reverencia cuando los veía (...) ellos eran los jefes y si querían echar a alguien lo echaban no más y ahí tenía que dejar la casa, todo, así no más era”*⁵⁵.

Ratificando la necesidad de organizarse para defender los intereses y mejorar las condiciones laborales de los trabajadores que se desplegó en el campo social durante el siglo XX y que llevó a la aparición de los sindicatos en Chile, en el año 1959 se crea por primera vez, en la historia de esta ballenera, un sindicato de trabajadores, motivado por el interés propio de los obreros⁵⁶.

⁵⁵ Fragmento de entrevista realizada a Lucilda Jorquera en Chome, en enero del 2010.

⁵⁶ El 17 de noviembre de 1959 se le otorga la Personalidad Jurídica al Sindicato. Para su constitución, meses antes, miembros del Ministerio del Trabajo se reunieron varias veces en Chome explicándole a los trabajadores los beneficios y responsabilidades que tenía un sindicato.

En la creación de este Sindicato, como era de esperarse, no formó parte ningún miembro de apellido Macaya. A la reunión llevada cabo se presentan la mayoría de los trabajadores: *“En Caleta Chome, Talcahuano, al 8 de enero de 1959, en recinto de la Planta y siendo las 18:50 pm., ante el Inspector Departamental del Trabajo señor Miguel Muñoz Jaque, se reunieron 50 personas, de un total de 58, todas mayores de 18 años, que trabajan en la Planta Ballenera de la Firma Macaya Hermanos y CIA, con el objeto de constituir un Sindicato Industrial.- Los asistentes constituyen más de un 55% de los obreros en trabajo”*⁵⁷.

El documento de constitución de este sindicato dice: *“El sindicato tiene por objeto obtener el cumplimiento de las leyes sociales que beneficien a los asociados y propiciar fines de cooperación, dentro de los siguientes principios: a) Procurar el mayor bienestar económico y social a sus miembros y su perfeccionamiento intelectual, cultural y profesional; B) Representar los intereses económicos comunes de todos los asociados; C) Atender de preferencia los siguientes beneficios: Primero: Organización de cooperativas de consumo; Segundo: Fundación de caja de Cesantía; Tercero: Organización de Servicios de asistencia social privada para los asociados, con el carácter de mutualidades; Cuarto: Instalación de bibliotecas y salas de estudios culturales y Quinto: Construir Cooperativas de edificación, con el objeto de obtener préstamos de la Cooperación de la Vivienda”*⁵⁸.

La aparición de esta organización dentro de la Ballenera Macaya, se inscribe dentro de la corriente mundial de sindicalización por parte de los trabajadores y es fundamental para entender en su conjunto las diferencias existentes entre la ballenera llevada a cabo en *Santa María* y *Chome*, no solo desde su forma si no también desde su sentido o fundamento.

⁵⁷ Acta de los Estatutos del Sindicato Industrial Macaya Hnos. y CIA, Planta Ballenera de Talcahuano, Chile, 29 de agosto de 1959. Notaría Pública Daniel Brieba Soffía, Talcahuano, Chile. página 2.

⁵⁸ Idem. Página 3 y 4.

Para contextualizar se debe recordar que en el año 1919 a nivel internacional como un modo de reconocer –al menos formalmente- el derecho a sindicalización, se había creado la Organización Internacional del Trabajo, OIT. Organismo tripartito (concurren en él representantes de los estados, empresarios y trabajadores) que tiene por objeto elaborar políticas de desarrollo y velar por los derechos de los trabajadores.

Por otro lado, desde mediados del siglo XIX en el país habían sido creadas las primeras organizaciones de trabajadores: Mutuales o Sociedades de Socorros Mutuos hacia el 1850; las Uniones de Protección al Trabajo y las Sociedades de Resistencia hacia 1892 y las Mancomunales en 1900. Todas éstas surgieron con el objeto de procurar la cooperación y el bienestar de sus miembros y reivindicar diversos aspectos de sus condiciones laborales. Estas organizaciones son el antecedente histórico del sindicalismo nacional que se materializó unitariamente con la creación en 1909 de la Federación Obrera de Chile, FOCH; posteriormente, en 1936 se creó la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH); y el año 1953 se dio surgimiento a la Central Unitaria de Trabajadores de Chile, CUT.

En este sentido, el sindicato venía a cambiar la forma discrecional que habían tenido las relaciones laborales en la empresa, sujetas a las arbitrarias decisiones de los patrones. En cambio, desde ahora el sindicato como mediador velaría, incluso presionando con la huelga si era necesario, por las mejoras generales de las condiciones de vida de los trabajadores. Esta vez, reconociendo la asistencia de derechos que le competían al conjunto de los trabajadores de la Compañía Chilena de Pesca y Comercio de Macaya Hermanos.

Todos aquellos obreros mayores de 18 años, que trabajaban en la firma de los Hermanos Macaya podían sindicalizarse. Los miembros de éste escogían una directiva que los representaba frente a la empresa y también frente al Ministerio del Trabajo, la mayoría de ellos eran quienes tenían varios años trabajando en la empresa. Estos representantes tenían muchas responsabilidades y obligaciones para sus trabajadores, al mismo tiempo que debían cumplir con ciertos requisitos que les permitieran cumplir con las finalidades del

Sindicato, que en este caso era principalmente velar por el cumplimiento de los acuerdos, derechos e intereses de los trabajadores de esta planta industrial.

Al momento de preguntarles a los ex trabajadores de la Planta Ballenera de Chome por la función e importancia del Sindicato que tenían, las opiniones son muy variadas y dan cuenta de la nueva forma en que se configuraron los lazos laborales entre los dueños de la firma y sus trabajadores. Don Carlos Macaya refiere que el Sindicato no tenía mucha adherencia, a pesar de que según los oficios y memos de la época la adhesión superaba en creces el 50 % de los trabajadores. Para él, el Sindicato era algo sin importancia, ya que *“los trabajadores estaban bien, vivían bien y no les faltaba nada. La administración de mis tíos [los Macaya] se preocupaba, además del trabajo de los obreros, de la educación de sus hijos y la comodidad de sus señoras. Toda la familia del trabajador recibía los servicios básicos que ofrecían los Macaya”*⁵⁹.

Don Osvaldo, un trabajador de la Factoría ballenera, que provenía de la Isla *Santa María* y se había trasladado al continente con su familia cuando los Macaya se lo propusieron, mantiene una visión aún más negativa del Sindicato, incluso se molesta cuando le pregunto por la función que este tenía: *“Esos no hacían na’, puros problemas traían. No hacían nada por los trabajadores, hablaban puras tonteras de política. Después a esos del Sindicato les pegaron harto, porque hacían puros problemas y los jefes los tuvieron que ir a sacar, porque vinieron los Carabineros a buscarlos acá”*⁶⁰.

Contrariamente, don Manuel Flores, que vivía en el fundo antes que estuviera la planta y que a lo largo de nuestra conversación se muestra mucho más distante y frío al referirse a su relación con los patrones, habla bien del Sindicato;

“Claro que yo era miembro del sindicato. Ellos hicieron mucho por los trabajadores de la planta que no teníamos ningún beneficio. Los que venían de la isla sí. A ellos sí que los trataban bien. A ellos les daban turnos en el día y a nosotros en la noche y

⁵⁹ Fragmento de entrevista realizada a Carlos Macaya, en Chome, enero del 2010.

⁶⁰ Fragmento de entrevista realizada a Osvaldo Ramírez, en Chome, en enero del 2010.

nadie veía que trabajabas de día y de noche, no les importaba nada. No, si era difícil la cosa y los del sindicato ayudaban a que mejoraran las cosas”⁶¹.

Al preguntarle por la vinculación que hizo don Osvaldo entre el Sindicato y algunos problemas políticos durante la dictadura militar de Pinochet, don Manuel se ríe y comenta que él es uno de los hombres de la planta que fue perseguido por los Carabineros durante ese período. Sin embargo, dice que todo fue raro y confuso, *nada que ver*, ya que la persecución política en este caso no se justificaba porque en el sindicato ellos no eran políticos, aunque algunos trabajadores apoyaban el gobierno de la Unidad Popular (UP).

Y, cuenta que porque apoyaban al gobierno de la UP, luego del Golpe en varias ocasiones llegaron los Carabineros, acusándolos de que ocupaban las embarcaciones para introducir armamento al país. Pero eso nunca fue así. Eso por eso que, al igual que muchos obreros del país, se vio envuelto en varios episodios de represión. A pesar de ello, vuelve a reiterar que el Sindicato los beneficiaba, no era una instancia política, sino una herramienta de los trabajadores para mejorar la calidad de vida que ellos y sus familias tenían, regulando que se cumplieran los turnos de trabajo, que se pagaran los honorarios y que no les descontaran más por los alimentos que les compraban a los mismos Macaya desde su almacén. Como metáfora de la importancia del sindicalismo para la vida de los trabajadores, sorprende el cambio que fija la memoria de don Manuel en cosas sencillas e insignificantes, causadas por el sindicato en beneficios de ellos, sus trabajadores;

“Mire imagínese, con toda la sangre del animal nosotros andábamos todos cochinos y el olor de la sangre y de la ballena pasada no se nos salía nunca. Y nosotros teníamos que gastar no se cuanta perlina en lavar las mezclillas y los Macaya no nos pasaban ni la ropa ni na pa trabajar. Y era un olor que se sentía en todo el pueblo. Y las mujeres alegaban porque todos los días había que lavar la rala y las mezclillas no duraban nada. El logro del sindicato fue que la empresa nos pasara la ropa para trabajar, pero ya llevábamos tiempo trabajando y antes no nos habían dado nada”⁶².

⁶¹ Fragmento de entrevista realizada a Manuel Flores, en Chome, en enero de 2010.

⁶² Idem.

Don Manuel reconstruye una imagen más real de la empresa y su relación con los trabajadores. Esta desde siempre está preocupada de maximizar sus ganancias por sobre el interés de sus trabajadores. En algún momento los trabajadores de la Ballenera de *Chome* tomaron conciencia de ello. Sabían ya que sin presión sindical, sin presión de los trabajadores organizados, no tendrían los beneficios laborales que les correspondían.

Para muchos de los trabajadores estos beneficios no habrían sido concedidos como logro de sus luchas ni como reconocimiento de sus derechos, sino que como dádivas de los patrones. Sin embargo, hubo un tiempo para esta empresa ballenera, donde los trabajadores quizá no intentaron emanciparse de sus patrones, pero si ponerse frente a ellos como sujetos de derecho, aunque en la democracia que se ha construido, esto hubiese tenido más formalidad que realidad.

V.-

El ocaso de la tradición ballenera.

La industria ballenera estaba volviendo a cambiar y el escenario en que la empresa Macaya Hermanos se mantenía en pie presentaba cada vez mayores dificultades. Como ya mencioné anteriormente, uno de los aspectos más particulares de la empresa, tenían que ver con su naturaleza familiar. Desde sus orígenes, la actividad ballenera de esta empresa se desarrolló en torno a la mano de obra generada por los nueve hijos varones de Juan Macaya. Años después, la principal motivación de estos hermanos para invertir en nuevas maquinarias y estrategias de modernización de la empresa tenía que ver sobre todo con la mantención de una tradición familiar que habían heredado del padre. Por eso, a pesar de las dificultades económicas, seguían adelante con el trabajo ballenero. Según los recuerdos de varios trabajadores de esta empresa, la actividad ballenera dejó de ser rentable muchos años antes de que la Ballenera Macaya Hermanos tuviera que cerrar:

“Después con los años comienza el asunto de la escasez de las ballenas. Comienza a bajar la cacería y los precios del aceite también comienzan a bajar. Esto es como en los años sesenta, sesenta y cinco. Se originan varios problemas, la ballena se aleja mucho, ya no hay barcos tan buenos como los que tenían, los mismos barcos, por el trabajo que tenían se iban desgastando, los productos se vendían menos, el aceite era muy barato, el aceite se va reemplazando por nuevas materias. Cuando la planta cierra venía ya un período de escasez”⁶³.

Las dificultades se van haciendo notorias, pero los Macaya no abandonan la empresa; buscan mantenerla y por eso día a día vuelven a adentrarse en el mar. Varias veces solicitan apoyo gubernamental, sin embargo no logran recibir respuestas satisfactorias a sus solicitudes y demandas: *“En 1965, las gestiones de la empresa para conseguir préstamos destinados a renovar la flota, tienen resultados negativos, al presumir CORFO que la riqueza ballenera estaría agotada”* (Pastene, 1982:29).

Frente a un escenario caracterizado por la no rentabilidad de la caza de la ballena, los Macaya terminaron asociándose, en la década de los 60' a la “Compañía Nitto Whaling Co. Ltda.” Ésta, era una multinacional japonesa que antes se había asociado con la “Indus”

⁶³ Fragmento de entrevista a Carlos Macaya, realizada en Chome durante enero del 2010.

y su planta de Quintay para ampliar sus volúmenes de caza de ballenas, así como abrir nuevos mercados de consumos de carne de ballena en el país, para lo cual incluso se capacitó a los trabajadores de la factoría Indus sobre las técnicas japonesas utilizadas para faenar y producir carne para el consumo humano habitual.

Cabe recordar que la asociación de las “Compañías Indus y Nitto” (que trabajó con barcos chilenos y cinco naves japonesas: tres barcos cazadores, un remolcador y un buque frigorífico), tenía por objeto realizar simultáneamente una inspección sanitaria que permitiera sentar las bases para producir carne de ballena, comercializarla al interior del país después de cambiar los hábitos alimenticios nacionales, y simultáneamente dar inicio al proceso de elaboración de una legislación chilena sobre la producción de carne de ballena. Más allá del éxito o fracaso comercial de la “Compañía Indus” y la “Compañía Nitto”, esta iniciativa empresarial no trajo frutos a nivel nacional, ya que el consumo de carne de ballena nunca se alcanzó a masificar y tampoco se logró modificar la legislación nacional (Maturana, 1965).

A diferencia de esta asociación, la sociedad de la “Ballenera Macaya Hermanos” y “Compañía Nitto” no tenía objetivos empresariales estratégicos, sino que sólo prácticos, coyunturales, de superación de una crisis económica productiva inmediata, por la que la empresa nacional estaba pasando. Como no tenían el presupuesto suficiente para cambiar y modificar los barcos que utilizaban y el gobierno no accedía a realizar ninguno de los préstamos que la empresa pedía, Macaya Hermanos decidió asociarse a la empresa japonesa de mayor tamaño y solo así pudieron seguir cazando ballenas en mar chileno, esta vez con barcos con mayores tecnologías y capacidad: *“La empresa, para no desaparecer, se ve en la obligación de asociarse con una empresa japonesa, la Nitto Whaling Co. Ltda. y con la firma chilena Promoción de Viviendas S.A, asociación que dio como resultado la “Cía de Industrias Latinoamericanas Ltda”, con los objetivos de industrializar la ballena y otras especies marinas”* (Pastene, 1982:29).



Figuras 24: Fotografía de la embarcación de la empresa Nitto Whaling CO Ltda., cuando se trabajó de manera conjunta entre esta empresa y la ballenera Macaya. (Colección privada de Juan Hernández, sin año de referencia).

La sociedad parecía fructífera, pero finalmente no tuvo ningún éxito. Si bien el aumento en la producción fue muy notorio, porque los barcos de los japoneses poseían tecnologías muy superiores a las utilizadas en *Chome*, la ganancia económica no fue tan satisfactoria. Además, la familia Macaya no se sintió a gusto con el nuevo carácter de su empresa y prefirió seguir manteniendo el vínculo familiar de los socios. En consecuencia, los Macaya se retiran rápidamente de la sociedad, en el año 1968.

Posteriormente la caída de la producción se agudiza. Los Macaya deciden hacer las últimas inversiones y compran a la INDUS los barcos *Indus 17* e *Indus 19*. Sin embargo el esfuerzo no es suficiente, y el nivel de producción alcanzado estaba muy lejos de lo que había sido décadas antes.

En 1977, en un nuevo intento por incrementar la producción, la empresa adquiere el *Juan IX*⁶⁴, la nave más moderna que los Macaya alcanzaron a adquirir, barco pesquero que había sido adaptado para la cacería de ballenas (Hernández, 1998; Silva, 2002).

“De este modo se arrienda un barco de arrastre por popa, bajo bandera panameña, el cual es adaptado en Chile con un cañón para la caza de ballenas” (Pastene, 1982: 37). Este barco (ex *Paulmy Star*) fue bautizado como *Juan IX*, y fue la embarcación que permitió que los Macaya continuaran, a pesar de las dificultades, con la actividad ballenera. Este barco pesquero, poseía un mayor radio de acción, permitiendo dedicar una mayor cantidad de días a la captura. Además, se podía utilizarse también para la pesca, complementando la producción ballenera. Si bien ésta es una de las mejores adquisiciones que tiene la empresa Macaya, no alcanzará a trabajar mucho tiempo, porque algunos años después en Chile se reducirán legalmente las cuotas de caza y poco después se prohibirá la actividad ballenera.

La adquisición del *Juan IX* es confusa y hay una versión de la historia que la vincula a negocios ilegales con esta empresa japonesa. En un contexto donde la cacería de ballenas se estaba comenzando a regular, el gobierno Japonés tenía una inusitada costumbre, y solía ponerle banderas piratas, de otros países, a buques que formaban parte de su flota nacional para cazar ballenas. Así, este país mantenía una flota oficial que cazaba un determinado número de cetáceos (número regulado por las cuotas de cacería) y otra flota ilegal, que cazaba ballenas sin ningún tipo de regulación. Desde algunos puntos de vista, este es el caso del barco arponero *Paulmy Star*, que simulaba ser un barco de pesca de camarones con bandera panameña, pero que extrañamente había sido adaptado a un arpón a cañón y estaba representado por una empresa japonesa que hacía asociaciones en Chile para cazar ballenas⁶⁵.

⁶⁴ El barco Juan IX sería el mismo barco llamado Paulmy Star, ambos reseñados varias veces en el marco de historias aparentemente distintas y/o contradictorias. Pero hay que recordar que este trabajo recoge varias voces que reconstruyen de manera diferente y desigual la historia de la tradición ballenera que construyeron los Macaya.

⁶⁵ Para obtener mayor información ver Revista Eco. International Whaling Comision Annual Neeting. EEUU. 31 may 2007. Volume LIX. N°4 y Revista Eco. International Whaling Comision Annual Neeting. Chile. 25 june 2008. Volume LX. N° 3.

Hay investigadores que agregan que durante la dictadura militar (1973-1990) se continuó con la caza de las ballenas, e incluso hubo un período donde se realizó una matanza secreta de ballenas en extinción (cuyas cuotas ya habían sido establecidas con un número limitado por temporada) en la que Macaya Hermanos estuvo involucrada. Según lo que recuerdan los protagonistas de esta historia, durante gran parte del período de dictadura de Pinochet, la empresa Macaya habría sido vista con buenos ojos y se contaba con el apoyo del Almirante Merino, quién habría mostrado una muy buena disposición cuando la familia Macaya le planteó los problemas económicos que arrastraba la empresa y los efectos que tendría el inminente cierre de la planta (Pinto, 2008). A pesar de los acuerdos previos, entre los representantes de la empresa y del gobierno militar, no se lograron implementar las medidas de salvataje a la empresa que se habían prometido, porque Chile en ese momento se encontraba atado a las decisiones que se tomaban en Norteamérica y debía respetar los acuerdos que con esa potencia mantenía. En este caso, Estados Unidos estaba muy interesado en restringir el poder que potencias balleneras como Noruega, Japón y principalmente la URSS, estaban alcanzando (Hernández, 2009).

De todos modos, hubo algunos procedimientos que burlaron los acuerdos internacionales. Se sabe que antes que llegara el barco *Paulmy Star*, la empresa japonesa “Tayo Fishery Company”⁶⁶ persuadió a la Junta Militar para que autorizara a los Macaya cazar 500 ballenas anuales en la estación *Chome*, durante un período de tres años. La empresa no discriminó y cazó incluso *ballenas azules* y *ambaquis* que ya estaban prohibidas de cazar porque se encontraban catalogadas en peligro de extinción.

Ante esta autorización, se levantan denuncias y presiones internacionales, desde los grupos económicos más conservacionistas y los movimientos ecologistas. La Junta Militar

⁶⁶ Al parecer, esta empresa aparece denominada también como Nitto Whaling Company (Pastene 1982, Hernández, 1998). Esto refleja otra de las incongruencias entre distintas versiones de la historia. Sin embargo el acuerdo al que se refieren es el mismo (entre una empresa japonesa y los Macaya) y también lo son el nombre y las características de la embarcación a la que se otorga concesión (Paulmy Star, embarcación pesquera de bandera panameña).

respondió bloqueando la exportación de ballenas a Japón⁶⁷. A pesar de esta medida, la CBI emitió unas quejas especiales en contra del gobierno chileno, a principios de los ochenta.

Esta versión de la historia no es compartida (ni si quiera señalada) por las personas entrevistadas. Para ellos, el cierre de la planta tuvo que ver con presiones externas, pero no se profundiza mayormente en las características que adquiere este periodo, donde los Macaya requerían apoyo externo para seguir manteniendo su empresa en pie, fueran cuales fueran, los medios y consecuencias.

Finalmente la decisión de cerrar la planta llega, como consecuencia de esta moratoria internacional que prohíbe la caza de ballenas a nivel mundial, para proteger la actividad ballenera en el futuro, asegurando la mantención de los recursos balleneros que, en la década de los ochenta, estaban empezando a reconocerse como en peligro de extinción. A raíz de esto *“en julio de 1981⁶⁸, la empresa paraliza [por completo] sus actividades balleneras, en respuesta a las medidas del Gobierno de Chile, referida a la paralización de dicha actividad. Con graves problemas económicos, esta empresa continua trabajando, ahora en faenas de pesca de arrastre, utilizando para ello la embarcación Juan VII”* (Pastene, 1982:29).

La moratoria de la Comisión Ballenera Internacional afectó grave y definitivamente la economía de la caleta *Chome*. Gran parte de las personas que se vincularon en el pasado a la actividad ballenera, aún están en desacuerdo con el acatamiento de esta moratoria, porque según plantean, el número de animales cazados por temporada no se comparaba con el gran número de ejemplares que cazaban en ese tiempo los países cuyas industrias balleneras llevaban siglos funcionando. Don Juan Hernández reconoce que ni la ballenera Macaya, ni otras empresas pequeñas que podrían haber existido en distintas partes del mundo, eran las responsables de la extinción de las ballenas, ya que cazaban a muy

⁶⁷ Ver Revista Eco. International Whaling Comision Annual Neeting. EEUU. 31 may 2007. Volume LIX. N°4 y Revista Eco. International Whaling Comision Annual Neeting. Chile. 25 june 2008. Volume LX. N° 3.

⁶⁸ Gran parte de los autores aseguran que el cese de las actividades se produjo el año 1983 y algunos documentos legales dicen que solo se concretó en 1986. Más que la poca exactitud de la fecha, lo que se toma en cuenta es que en los inicios de la década de los ochenta y a partir de una presión internacional, la Compañía Ballenera Macaya Hermanos y CIA, deja de funcionar como tal.

pequeña escala, señalado que los verdaderos responsables eran las grandes potencias, enfrentadas entre ellas por conflictos de intereses económicos y políticos. Lo que es peor es que éstas aparecen representadas por aquellos mismos países que buscaron estrategias para no acatar la moratoria, para así poder seguir con el negocio ballenero, incluso en la actualidad.

Según diversos autores, la causa del cierre de empresas balleneras en la década del ochenta, se debe a la clara disminución de los cetáceos encontrados en altamar, ya que era cada vez más difícil alcanzar un alto nivel de producción. Sin embargo, para otros, la responsabilidad del cierre de la planta radica específicamente en las presiones extranjeras que se ven fortalecidas por la unificación de dos grupos totalmente opuestos. Los grupos ambientalistas, que quieren proteger a toda costa la vida de los mamíferos más grandes del planeta y los grupos económicos, donde el interés no es proteger la vida en peligro de estos mamíferos, si no más bien permitir el incremento en su número, para así asegurar la rentabilidad de las grandes potencias de la industria ballenera en un futuro cercano: *“Nuestra industria ballenera se desvaneció silenciosamente en la historia; no por problemas económicos, sino más bien por presiones de aquellos movimientos que pretenden proteger los recursos naturales e impedir la extinción de ciertas especies de cetáceos”*(Sepúlveda, 1997:16).

En el año 1983 la moratoria que prohíbe la cacería de ballenas es acatada por nuestro país; y pronto, a partir del año 1986 queda estrictamente prohibida la cacería de ballenas en toda la costa nacional. Con ello, devino el cierre de la Industria Macaya trayendo consigo un nuevo escenario para *Chome*, lleno de cesantía, incertidumbre y frustración. Así, la historia familiar de una ballenera que se extendió por más de cien años, de un día para otro encontró su fin.

El cierre no solo generó un gran golpe para la familia Macaya, que perdió su negocio, al verse envuelta en una situación de quiebra comercial, sino que al mismo tiempo trajo consecuencias para el conjunto de la población de *Chome*, consecuencias que se viven hasta la actualidad; *“La población que vivía de la empresa, acusó el golpe tras el cese de*

actividades. La vida tranquila y con trabajo seguro que les proporcionaba la ballenera, se terminaban para siempre. Venían tiempos difíciles, que traerían problemas por la falta de sustento. Chome conoció el hambre y la cesantía” (Pinto, 2008:33).

Al cerrarse la planta, muchos de los funcionarios que ocupaban los mejores cargos tienen la posibilidad y los medios de migrar hacia ciudades cercanas, como Talcahuano y Concepción. Ellos, principalmente capitanes de barco, técnicos o encargados de las actividades de caza, poseían los recursos para comenzar una nueva vida en otro lugar. Otros con menos capital, migran a caletas o pueblos donde podían ser acogidos por amigos o familiares, ingresando a nuevas empresas pesqueras y radicándose en el nuevo lugar.

Gran parte de los obreros de la planta, se quedan en *Chome*, desempleados y sin propiedad, ya que las tierras pertenecían aún a la familia Macaya. Dedicados a la pesca y recolección, los habitantes de esta caleta se mantienen y sobreviven del abastecimiento que les otorga el mar.

“Muchas personas al ver que no tenían trabajo después del cierre de la planta decidieron emigrar hacia otros lugares, como por ejemplo Talcahuano y Concepción. Por otra parte, quienes se quedaron, sobreviven principalmente de la pesca artesanal y del marisqueo. Solo una escasa parte de la población tiene su chacra y solo a aquellos habitantes que trabajan en el fundo para los Macaya se les está permitido tener ganadería. Estas prácticas también se daban al momento de la llegada de la industria, pero quedaron reducidas al servicio de alimento de los barcos balleneros” (Astorga y Bravo, 2002:7).

Los primeros años luego del cierre fueron difíciles para todos y estuvieron marcados por la desazón. La familia Macaya debió acostumbrarse al hecho de no vivir de la actividad ballenera, a la que se habían dedicado por mucho tiempo, finalizando el ciclo de una larga tradición familiar. Después de un período de múltiples conflictos, las divisiones familiares, discordias, confusiones, peleas por dinero y deudas, fueron superándose. De a poco, se integraron a nuevas actividades productivas, los más viejos se jubilaron, mientras que algunos de los más jóvenes comenzaron a estudiar.

A su vez, los habitantes de *Chome* en principio se sumieron en la pobreza y la incertidumbre de la cesantía, y poco a poco terminaron acostumbrándose a las nuevas condiciones de vida. Sus luchas, esfuerzos y trabajo, les permitió responder a las necesidades que progresivamente iban enfrentando.

El hecho que el terreno donde se ubica el pueblo *Chome* perteneciera a la familia Macaya, quien les regaló las casas pero no el terreno donde habitaban, arrastró las mayores dificultades. Además de estar sin empleo, los habitantes de ese lugar, en rigor no eran dueños de sus casas, ni siquiera de los espacios comunes como la iglesia o la escuela que años atrás habían comenzado a habitar. Por un largo tiempo tampoco pudieron acceder a ningún tipo de apoyo y/o subsidio estatal, porque estos no se les podían otorgar en la medida que el terreno de sus hogares fuese de propiedad de la familia Macaya.

Recién en el año 2004, más de veinte años después del cierre de la planta, el Estado se involucra y comienza un proceso de negociaciones para la compra de los terrenos. Esto permitió que los habitantes de la caleta pudieran ser los propietarios de sus hogares; *“Actualmente habitan alrededor de 120 personas en Chome, quienes en su mayoría viven de la pesca artesanal de la merluza y mariscos. En 2004 los terrenos en los cuales están emplazadas sus viviendas fueron adquiridas por “Chile Barrio” a la sucesión de la familia Macaya, quien vendió 4,6 hectáreas de las casi 250 que le pertenecían. La idea es que estas tierras poco a poco sean traspasadas legalmente a los lugareños”* (Pinto, 2008:33).

Aun cuando hay avances en cuanto a la des-privatización de los terrenos, gran parte del territorio que rodea a *Chome* sigue perteneciendo a la familia Macaya. Esta situación, sumada a la historia de este pueblo (que se enraíza con una estructura “semi feudal” en la que vivían cuando estaba bajo el alero de la sociedad ballenera) sigue generando una serie de conflictos relacionados con los derechos de los habitantes sobre el lugar en el que habitan y los intereses de la familia Macaya.

Juan Carlos Silva, dirigente de la junta vecinal de *Chome*, refiere que existen problemas con servicios como el agua y la luz, porque los implementos para obtenerlos fueron adquiridos por la familia Macaya y solo ahora la Municipalidad se está comenzando a hacer cargo de su mantenimiento. Por otro lado, *Chome*, a pesar de ser una caleta pesquera, aún no cuenta con un muelle para desembarcar. Los botes de los pescadores salen desde lo que anteriormente fue la rampa de faenamiento y ella se encuentra en precarias condiciones, perceptibles a la vista, pero el municipio no la puede arreglar, ya que ésta se ubica en parte del territorio que sigue perteneciendo a la familia Macaya: “*Nosotros quisiéramos dedicarnos al turismo, sacar a las gentes a ver las toninas, a conocer la península de Hualpén, como están haciendo los pescadores en las caletas vecinas, pero no podemos, porque la municipalidad no puede invertir en el muelle mientras sea de la propiedad de los Macaya*”⁶⁹.

Las dificultades heredadas y las soluciones adquiridas, modificaron de modo sustantivo la caleta, transformándola en un espacio público, arquitectónica y culturalmente. Si uno viaja a *Chome* y se detiene en la geografía de este lugar, solo puede encontrar unos pocos vestigios, cada vez más arrasados por el tiempo, de lo que fuera una de las empresas balleneras de mayor importancia nacional. Sin embargo, al introducirse en las casas, uno logra darse cuenta de cómo, en el imaginario de los habitantes, sigue estando presente ese pasado ballenero particular.

En este escenario donde persiste la precariedad económica, no sorprende que el pasado ballenero sea mirado tanto por los pocos habitantes que se mantuvieron en el lugar, así como por quienes migraron y rehicieron su vida en otros lugares, como una época perdida que se añora, respeta y anhela.

Chome es difícil de situar en el mapa de nuestro país. También es difícil precisar cómo germinó y cómo finalizó junto a la industria ballenera. Tanto así, que *Chome* pareciera desvanecerse en el imaginario nacional. De ser el escenario de la ballenera

⁶⁹ Fragmento de entrevista a Juan Carlos Silva, Dirigente de la Junta de Vecinos de Chome, realizada en Chome durante enero del 2010.

familiar de más renombre regional, pasó a ser una de las más pequeñas caletas que conforman la península de Hualpén, de la que pocos han escuchado oír y de las que menos cosas da que hablar.

No obstante, aunque la caza terminó, allí en el pueblo y sus habitantes la memoria prevalece. Basta con llegar al lugar y nombrar ese pasado ballenero para que todas las personas antiguas quieran conversar. Entre risas, rabia y llanto, cada quien comienza a recordar su experiencia, a revivir el pasado y despertar anécdotas de múltiples formas y colores. Poco a poco se despiertan todos los fantasmas del lugar. Con algunas mujeres recordamos a aquellos familiares que trabajaron en la planta y que ya no están. Con los hombres recorro los restos de la planta y me explican las labores que allí realizaban; reviven en ese instante la experiencia de una vida mejor y me la traspasan con una nostálgica y extraña claridad. Aunque nunca vi ballenas, comprendí lo sucedido, y mirando el mar, las pude imaginar.

Las ballenas desaparecieron de *Chome*, frente al inminente peligro migraron a otro lugar. Si los hombres creían que con sus armas y la caza, definían el destino de los mamíferos más grandes que habitan en el mar, se equivocaban. Ellas eran quienes determinaban las vidas de sus cazadores y cuando las ballenas quisieron, nadaron a las profundidades del océano, donde el hombre no las podía alcanzar. Con ello arrastraron la cacería y por ende el destino de toda una tradición familiar y de todo un pueblo que quedó divagando -junto a ellas- en el fondo del mar.

Conclusiones.

La Industria ballenera en Chile se extendió por casi 200 años, encontrando su fin en la década de los 80', cuando Chile adhirió a una moratoria internacional que -buscando asegurar los stocks de ballenas en el futuro- prohibió la cacería comercial de ballenas. Durante este largo período se desarrolló una *cultura ballenera nacional* en la que se conjugaron elementos externos, con la llegada de embarcaciones extranjeras que explotaron el producto ballenero en la costa chilena desde fines del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX, y elementos particulares, proporcionados por cada uno de los distintos grupos que aquí en Chile practicaron la cacería de ballenas durante el siglo XX.

Ésta se caracterizó por su heterogeneidad, generada a partir de la existencia de diferentes industrias de menor o mayor tamaño, desarrolladas en variados puntos geográficos, períodos de tiempo y con distintas estrategias de caza. En torno a cada una de estas industrias se creó un cuerpo particular de conocimientos, una forma de ser y de actuar determinada por la actividad económica que realizaban, una forma de entender y significar el entorno y sus vidas. Todas estas distintas tradiciones, en la medida que son balleneras, le fueron dando forma y sustento a una *cultura ballenera nacional*, simultáneamente única y múltiple, donde toda la actividad económica que giró en torno a la explotación de los cetáceos aparece como el elemento común que nos permite vincular diversas tradiciones - con sus historias, contextos, personajes, simbolismos y estrategias- como parte de una unidad.

En el Golfo de Arauco hubo distintas empresas que llevaron a cabo la cacería de manera industrial. Paralelamente, en esta zona, funcionaron uno pocos grupos locales y familiares que se dedicaron a la cacería artesanal a pequeña escala: Isla Mocha, Caleta Tumbes e Isla *Santa María*. La tradición ballenera de los Macaya nació y se desarrolló en una región donde ya existía una *cultura ballenera*, originada en un primer momento por la llegada de embarcaciones extranjeras (como parte de la realidad nacional) y posteriormente por la apropiación de esos elementos extranjeros como parte de una identidad propia y particular. Sin embargo, la forma en que se desarrolló la historia de la empresa familiar de

los Macaya, poco a poco los situó como los principales y acaso no los únicos, representantes de esta tradición.

La tradición de la familia Macaya se transformó en el centro de lo que fuera la cultura ballenera desarrollada en esta región y fue también la ballenera que se mantuvo por más tiempo en funcionamiento en el territorio nacional. Desde fines del siglo XIX, hasta los primeros años de la década de los ochenta, cazaron ballenas con distintas estrategias, en diferentes escenarios y con nuevos protagonistas, pero de manera continua e ininterrumpida, en manos del mismo grupo familiar.

A través de la investigación realizada con distintas metodologías, entre los años 2008 y 2010, se pudo constatar que durante el período de poco más de cien años de existencia de la empresa Macaya, se fue configurando una cultura con rasgos y particularidades propias en torno a este grupo familiar y que la diferenciaron sustancialmente de aquellas otras tradiciones balleneras que se desarrollaron en este país.

Su largo período de funcionamiento, la hace romper con el modelo nacional, puesto que el mercado determinó un escenario donde continuamente surgían y prontamente cerraban, las distintas empresas balleneras. Sólo en la medida que el aceite de ballena era bien pagado, las empresas eran rentables y podían mantenerse en pie, pero cuando el precio bajaba o cuando el número de animales cazados disminuía, las empresas dejaban de ser convenientes y quebraban. En estas circunstancias, las factorías cerraban, o como sucedió en muchas ocasiones, las acciones eran vendidas y traspasadas a otros dueños.

La tradición ballenera de la familia Macaya rompió entonces con la tendencia y en un contexto donde las empresas balleneras permanecían activas pocos años, ellos lograron que su empresa se mantuviera funcionando más de un siglo, porque se organizaba como empresa familiar y se mantenía como su tradicional fuente de trabajo y subsistencia. Ésta no nació como un simple negocio, si no que se creó al alero de un padre que se esforzó por traspasar a sus hijos el oficio de la cacería de ballenas y que continuó cuando estos hijos decidieron perpetuar la herencia cultural que su padre les había dejado.

Además, en la cacería de ballenas sólo esta tradición, logró desarrollarse modificando sustancialmente las estrategias para llevar a cabo la cacería. En la medida que la empresa creció, cambió su forma de cazar ballenas y, por ende, cambió también todo el sistema de conocimientos técnicos que acumulaban de este oficio. En Chile, la empresa ballenera de los Macaya fue la única que transitó de una forma de cacería a pequeña escala y ocasional a una caza de ballenas artesanal y luego a una caza industrial. Este hecho será determinante en la gestación y despliegue de la tradición ballenera de los Macaya.

Teorizar sobre la cacería artesanal y la cacería industrial resultó útil, porque permitió conocer y comprender las diferentes características que alcanzó la cacería de ballenas en sus distintas formas y tiempos. Sin embargo, la diferencia entre estas dos tradiciones no tuvo cabida solo desde la teoría. Al introducirse en este tema, las formas de caza artesanal e industrial aparecían como dos mundos completamente diferentes, difíciles de comprender y penetrar. Fue la reconstrucción de la historia evolutiva de esta empresa, lo que permitió contrastar, en la práctica, el conocimiento de la historia de estas dos fases que se habían desarrollado a nivel mundial.

Sólo conociendo la historia de la Ballenera Macaya, se pudo percibir cómo estas dos fases coexisten en una misma realidad, formando parte de una metamorfosis que se desarrolla de manera paulatina. Los cambios comenzaron con la adquisición del *Atlas* y el *Caupolicán*, dos barcos remolcadores que facilitaron el traslado de las chalupas y de los cuerpos de las ballenas, simultáneamente la construcción de una sencilla factoría, modificaba el trabajo en las faenas. Además, el uso del arpón manual fue complementado con la incorporación de armas como el fusil y el ‘dátangan’ que aceleraban la muerte de las ballenas.

Durante la mayor parte del tiempo en que la empresa permaneció en la isla *Santa María*, la forma de producción se situó en una etapa intermedia entre la cacería artesanal y la industrial. Los cambios entre ambas fases, estuvieron determinados por las aspiraciones económicas de la familia Macaya, así como también por las necesidades que fueron

enfrentando en el inevitable cambio conjunto de este nuevo sistema de producción. De esta forma, con la compra de los barcos cazadores, la implementación de una factoría adecuada para las faenas y el tratamiento de los derivados de la ballena, los Macaya transformaron su empresa familiar, incrementaron su capital, al mismo tiempo que lograron modificar la forma de vida que tenían ellos y sus trabajadores.

En este sentido, la tarea de esta monografía va más allá de describir las diferencias entre las técnicas para cazar ballenas que se llevaron a cabo en los distintos momentos de esta tradición familiar; en la isla *Santa María* y en la caleta *Chome*. Tiene que ver con comprender que, dentro de esta tradición familiar -continua y permanente en el tiempo- existieron diferentes cuerpos de conocimiento en torno a la cacería, se le dieron distintos fines a la actividad, se produjeron cambios en el escenario y también cambios profundos en la forma de vida. Estos cambios, que se llevaron a cabo en las distintas etapas que siguió esta tradición, están determinados por un cambio no solo en la forma, sino también en el sentido esencial dado a la cacería. La descripción de cada uno de los elementos que componen las etapas de cacería artesanal e industrial y el camino que hay entre estos dos modelos, nos permite por un lado conocer, en la forma y por otro lado interpretar el significado dado en la vida diaria. Las embarcaciones a remo y los arpones manuales eran entonces, riesgo, inseguridad, sacrificio, dolor y muerte, mientras que las nuevas embarcaciones de acero, con arpones a cañón, era supremacía, seguridad y representaban la posibilidad de la supervivencia. La planta artesanal era a su vez esfuerzo, cansancio, mientras que la planta Industrial era fuente laboral y seguridad social. Así también la isla *Santa María* aparece como el pasado campesino y *Chome* como la posibilidad de una vida moderna, inserta en el imaginario nacional.

Si bien la familia Macaya apareció como un agente de cambio en el Golfo de Arauco, donde se situaban los dos escenarios en que se desarrolló su empresa, también figuró como un poder fáctico, que estableció una relación de poder y dominación hacia sus obreros. Los Macaya eran los propietarios de la empresa, ejercían una jefatura dentro de una estricta relación jerárquica con sus trabajadores; y otorgaron beneficios a los trabajadores sólo en la medida que su empresa producía ganancias económicas e incrementaba su capital. En

estricto rigor, sólo en esta relación de producción capitalista, la familia Macaya promovió los cambios en su forma de vida y, de paso, en la forma de vida de sus trabajadores.

Así y todo, los Macaya ocuparon un rol especial para los habitantes de *Santa María* y *Chome*, en tanto gestores y propulsores de la tradición ballenera. Por medio del desarrollo y modernización de su empresa familiar, lograron alterar el curso de la vida de quienes habitaron ambos lugares.

En *Santa María* hicieron de una actividad casual, una actividad permanente y rentable en el tiempo, comenzando a modificar la forma en que se llevaba a cabo la cacería. Trasladaron a varios trabajadores al continente, buscando el crecimiento de su empresa familiar y también una mejor calidad de vida. A su vez, al comprar el fundo “Los Lobos”, poblarlo con habitantes de la isla y crear una factoría ballenera, modificaron definitivamente aquel lugar: crearon un nuevo poblado, *Caleta Chome*, que surgió y configuró como tal en torno a la actividad Ballenera.

Dada la importancia que tuvo esta familia, es fácil caer en el error de olvidar al resto de los protagonistas. Para que esto no sucediera, se buscó interpretar y reconstruir ésta, su historia, a partir de distintas voces olvidadas y silenciadas. Aquellas otras voces que participaron en esta tradición sin pertenecer a la familia y que fueron los protagonistas de las acciones llevadas a cabo indistintamente en alguno de los momentos o períodos de esta tradición ballenera.

En este plano, para comprender el sentido que se le dio a la tradición ballenera, lo primero que hubo que hacer fue ser crítico frente a la tendencia de muchos por representar la figura de la familia Macaya como héroes. Si bien es cierto que el comportamiento, el carácter y la personalidad de Juan Macaya Aravena determinaron lo que fue esta empresa familiar, ésta no debe dejar de comprenderse como una odisea que él vivió siguiendo un interés personal, beneficiar económicamente a su familia. La mayoría de de los habitantes de *Santa María* y *Chome*, no visualizan ni verbalizan aquella condición fundante, empresarial, de esta tradición. Por el contrario sólo expresan sentimientos de gratitud y

agradecimiento hacia los Macaya, porque les dieron trabajo, sustento y estabilidad, sin reconocer que sin su fuerza de trabajo, ni la empresa ni la seguridad laboral hubiesen sido posibles.

No deja de llamar la atención el hecho que sean las voces de los trabajadores las que se transforman de algún modo en la voz de los Macaya, para contarnos de la actividad ballenera y empresarial. Sus relatos le dan el mismo sentido que dan sus dueños al conjunto de esta actividad, reproduciendo de una forma muy uniforme tanto los riesgos de la labor práctica que ellos conocían, como las incertidumbres económicas y comerciales en las que se veían envueltos. Es difícil encontrar en sus relatos, frases que se refieran a ellos mismos y su labor en el desarrollo de esta tradición. Fueron los trabajadores, los hombres sencillos y no sólo los que llevaban el apellido Macaya, quienes arriesgaron su vida cada vez que ingresaron al mar; ellos fueron los que trabajaron duramente para arrastrar las ballenas a la arena, fueron sus hijos y mujeres quienes esperaron ansiosos día tras día que las embarcaciones volvieran. Después la vida ya no se arriesgó, pero el trabajo en la fábrica y en las grandes embarcaciones balleneras siguió siendo dura y desgastante.

En el primer momento, la relación que los Macaya tenían con sus trabajadores era casi horizontal, de camaradería, entre amigos y familiares. Después, con industrialización la relación se jerarquizó; los Macaya eran los patrones, los dueños de la empresa y trabajaban ocupando los cargos de mayor importancia (administración, capitanes de barco, jefaturas de turno, etc.), mientras que los otros eran los obreros, la mano de obra, los que llevaban a cabo todo el proceso de producción. En esta segunda condición, ambas partes estaban contentas, los dueños incrementaron sus ganancias y los trabajadores alcanzaron un estándar de vida más seguro, con casa, escuela para los hijos y sueldo estable. Este cambio en la condición de vida fue consecuencia del trabajo conjunto entre patrones y trabajadores.

El nivel de producción que alcanzó la empresa no tuvo mayor incidencia en la economía nacional, por ello seguramente la historia de esta empresa no es conocida en el país y pareciera haber caído en el olvido. La crueldad que implica la cacería de ballenas y el peligro de extinción de estos animales, ha generado una cultura de protección de los

cetáceos que conduce a que la actividad no sea vista con buenos ojos en la actualidad. Frente a ello, la cultura nacional tiende a negar su pasado; evita incomodarse y no recordar que en Chile hubo una industria ballenera. Pero más allá de las consideraciones éticas y políticas con relación a esta actividad, cabe reconocer que la cacería de ballenas es parte de nuestra historia nacional y por ellos no se debe olvidar.

Caleta *Chome* y la isla *Santa María* son pequeños lugares a los que es difícil acceder; son desconocidos rincones de Chile que casi no aparecen en la cartografía nacional. Aquí, al igual que en el resto del territorio chileno, la cacería de ballenas está prohibida, aún así, el pasado ballenero en esta zona irreversiblemente se hace notar y en la actualidad sigue determinando a su pequeña y cada vez más reducida población.

Hoy, a casi treinta años del cierre de la planta, pareciera ser que en tierra firme la actividad ballenera no encuentra su fin. Sigue viviendo en los recuerdos de hombres, mujeres, ancianos/as, adultos/as y niños/as que viven o vivieron en estos terruños y que día a día recuerdan cómo su propia historia estuvo absolutamente determinada por dicha actividad. En este caso particular, la cacería de ballenas configuró el *ethos* de decenas de familias, constituyéndose todos en un poblado ballenero cuyas historias se han recogido en este trabajo. Se intenta con ello, dar a conocer un modelo de vida único, que nadie más que sus mismos protagonistas, puede reconstruir y contar.

Luego de cien años como tradición familiar y local, la historia hizo un vuelco obligándola a desaparecer. La cacería de ballenas se prohibió en Chile y los habitantes de *Chome* irremediablemente se quedaron sin su fuente laboral. Aunque algunos recuerdan el cierre como algo sorpresivo, revisando la historia, se ve como el fin era algo que se veía venir. Antes de que se prohibiera la cacería en nuestro país, la Factoría de los Macaya ya había disminuido sus tasas de producción y la actividad ballenera había decaído notablemente. Las ballenas se habían marchado, tiempo antes de que entrara en vigencia la moratoria internacional.

Los balleneros de la Compañía Macaya fueron capaces de ver como, poco a poco, desfallecía la actividad económica que durante tanto tiempo les había permitido subsistir. Ese fue entonces el destino de los cazadores de *Chome*. Un destino que, al modo de una profecía autocumplida, anteriormente había asegurado su continuidad. Ellos siguieron las mismas huellas que -durante años- habían ido trazando para las ballenas. Las ballenas no podían estar en paz, se les mataba y perseguía. Las hacían desaparecer, sin saber que con ello, a la vuelta de la esquina, los cazadores se harían desaparecer también.

La tradición ballenera de los Macaya formó parte de la cultura ballenera nacional, se desarrolló hace algunos años y con este trabajo se intentó conocerla, comprenderla y retratarla. Esta monografía quiso despertar una historia que estaba dormida, escondida en el fondo del mar, contándola no solo desde mi voz como investigadora, sino también desde la propia voz de sus actores, cuyos relatos yo fui recopilando e interpretando. A pesar de que ha pasado mucho tiempo y que los protagonistas han ido falleciendo, los recuerdos perduran en sus mujeres, hermanos e hijos. Mi intervención fue respetuosa; se limitó a despertar esas voces, escucharlas y registrarlas para darlas a conocer, situándolos en el desarrollo de una industria en su nivel nacional e internacional.

El trabajo de la Antropología en este caso –tal como debe ser- consistió en reconstruir esta historia a partir de varias y distintas voces, muchas veces contradictorias entre si; para complementarla, se buscaron fragmentos de las piezas encontradas, en textos, diarios viejos, fotografías familiares, etc., con el objeto de reconstruir una historia y entender la forma en que esta sucedió. Creo que efectivamente logré despertar ese pasado y observarlo en el mismo territorio donde años atrás devino y aconteció. Ahora se le ha dado un espacio en este texto; el papel la rescata en el tiempo para la ciudad. Finalmente ésta historia es la historia de nosotros, una sumatoria de distintos y extrañísimos sucesos que, desde el anonimato, van configurando una gran relato familiar, local, nacional, que también es un retazo del relato de la historia universal.

Bibliografía

Astorga, Emilia y Bravo, María Jesús.

2002. **Memorias del fundo Los Lobos. Una mirada hacia el pasado de Chome.** Núcleo de Antropología Visual. Universidad Academia Humanismo Cristiano. Santiago. (Manuscrito).

Azpiazú, José Antonio.

2000. **Balleneros Vascos en el Cantábrico.** Editorial Ttartalo. Barcelona.

Bonte Pierre y Izard Michael.

1996. **Diccionario de Etnología y Antropología.** Ediciones Akal, Madrid.

Carreño, Gastón.

2008 (Rev). **La Cacería de Ballenas en las Costas de Chile.** (Inédito).

Carreño, Gastón y Espinoza, Alejandra.

2011. **El arpón se queda en la familia: la Ballenera Macaya en el Golfo de Arauco.** En **Comunidades Pesqueiras: Estudios Etnográficos e Perspectivas Socioantropológicas.** Universidade Federal do Rio Grande (FURG). (En prensa).

Cartes, Armando.

2009. **Los cazadores de Mocha Dick.** Editorial Pehuen, Santiago.

Castillo, Luís.

1906. **La caza de la ballena en la isla Santa María.** Ed. Ministerio de Industria Santiago.

Chapman, Anne.

1986. **Los Selknam, la Vida de los Onas.** Ed Emece, Buenos Aires.

Charcot, Jean.

1910. **Le Pourquoi-Pas? Dans la Antartique.** Ed. Flammarion. París.

Cohat, Ives.

1990. **Vida y Muerte de las Ballenas.** Ed Aguilar. Madrid

Ellis, Richard.

1999. (1991). **Mem And Whales.** The Lyon Press. Florida

Espinoza Víctor, et al.

1999. **Derechos Humanos: Sus huellas en el tiempo.** Ediciones CODEPU-DITT. Santiago.

Filippi Alfonso.

1997. **El Comodoro Andresen y la Actividad Ballenera Aaustral y Antártica Chilena.** En: **Revista de Marina, Armada de Chile.** Valparaíso.

Frazer James.

1981. **La Rama Dorada: Magia y Religión.** Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México. D. F.

Geertz, Clifford.

1992 **La Interpretación de las Culturas.** Editorial Gedisa, Barcelona. 1992.

Gusinde, Martín.

1982. **Los Indios de Tierra del Fuego. Los Yámana.** Tomo II, 3 vols. Centro Argentino de Etnología Americana. Buenos Aires.

1986a. **Los Indios de la Tierra del Fuego. Los Selk'nam.** Vol. 1. Ed. Centro Argentino de Etnología Americana. Buenos Aires

1986b. **Los Indios de la Tierra del Fuego. Los Yámana.** Tomo I. Ed. Centro Argentino de Etnología Americana. Buenos Aires.

1991. **Los Indios de la tierra del Fuego. Los Halakwulup.** Tomo I. Ed. Centro Argentino de Etnología Americana. Buenos Aires.

Hernández, Juan.

1998. **Donde Viven las Ballenas. Actividades Balleneras en Isla Santa María y Chome del pionero Juan Macaya Aravena.** Editorial Aníbal Pinto. Concepción.

Kirch V. Patrick, Hunt L. Terry.

1997. **Historical Ecology in the Pacific Islands.** Ed. Yale University Press. New Haven.

Massone, Mauricio y Alfredo Prieto.

2005. Ballenas y Delfines en el Mundo Selk'nam una Aproximación Etnográfica. En **Magallania.** Vol. 33(1): 25-35. Punta Arenas.

Marangunic, A, Jaramillo C.

1959. **La Industria Ballenera en Chile.** Tesis para opta al título de Médico Veterinario, Universidad de Chile, Santiago.

Martinic, Mateo.

1977. Antecedentes Históricos Sobre la Caza de Cetáceos en Chile. En **Anales, Instituto de la Patagonia.** Volumen 8. Punta Arenas.

1995. Los Armadores de Punta Arenas: de 1870 a 1930. En **Revista de Marina.** Año CX Vol. 112, Marzo Abril.

Maturana, René.

1965. **Inspección Sanitaria de la Carne de Ballena.** Tesis de prueba para optar al grado de licenciado de Ciencias Pecuarias y Médico Veterinarias. Universidad de Chile. Santiago.

Melville, Herman

2004. **Moby Dick**. Edimat libros S.A. Obras selectas. Madrid.

Niemeyer, Hans. Schiappacasse, Virgilio y Castro, Victoria.

1986. Los Desarrollos Regionales en el Norte Grande. 1.000 a 1.400 d.C” en: **Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus Orígenes Hasta los Albores de la Conquista**. Editorial Andrés Bello. Santiago

O`leary, Jaime.

1997. **Basque Whaling in Red Bay, Labrador**. Bachelor of Arts (English Major). Memorial University of New Foundland.

Pastene, Luis.

1982. **Análisis de las Capturas de Ballenas Efectuadas por la Industria Ballenera Nacional en el Sector del Pacífico Sur Oriental Correspondiente a Chile y Consideraciones del Estado Actual de Dicha Industria y Desarrollo Histórico**. Tesis para optar al título de Biólogo Marino. Facultad de Ciencias Biológicas y de Recursos Naturales. Departamento de Oceanografía. Universidad de Concepción.

Pavisc, José

1955. **Antecedentes para una Política Ballenera Antártica**. Memoria de prueba para optar al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile. Editorial Universitaria, Santiago.

Pinto, Hugo.

2008. Empresa de la familia Macaya. Último aliento de la ballenera. En Diario **EL SUR**. Suplemento de Entrevistas y Reportajes. Concepción, Chile. 8 de junio del 2008.

Pinto, Julio y Salazar Gabriel, et al.

1999. **Historia Contemporánea de Chile, Volumen II. Actores, Identidad y Movimientos Sociales**. Editorial LOM, Santiago.

Prieto, Alfredo y Cárdenas, Rodrigo.

1997. **Introducción a la Fotografía en la Patagonia Selk´nam**. Hernán Pisano Skarmeta, Editor. Santiago, Chile, 1997.

Reeves R, Smith T, et al.

1980. The Alaska Bowhead Problem: A Commentary. En **Arctic** N° 33. 686-723. Santa Fe.

2003. Humpback and Fon Whaling in the Gulf of Maine from 1880 to 1818. En: **Marine Fisheries Review**. Inglaterra.

Reynolds, Jeremías.

1893. Mocha Dick: or the White Whale of the Pacific: A Leaf from a Manuscript Journal. En **The Knickerbocker, or New York Monthli Magazine**. Vol 13, No. 5, May 1839. Versión on-line de la Universidad de Denver.

Salvo, Luis.

2000. **Historia de la Industria Pesquera en la Región del Bío Bío** Editorial Asipes. Santiago.

Sepúlveda, Jorge.

1997. La Epopeya de la Industria Ballenera Chilena. En: **Revista de Marina.** Armada de Chile. Noviembre- diciembre 1997. Valparaíso.

Torres, Daniel. Anelio Aguayo-Lobo y Jorge Acevedo.

1998. Los Mamíferos de Chile: I. Cetácea. En Revista **Serie Científica** N° 48: 19-159. Instituto Antártico Chileno, Santiago.

2000. Mamíferos Marinos de Chile II. Carnívora. En Revista **Serie Científica.** N° 50: 25-103. Instituto Antártico Chileno, Santiago.

S.F. (Rev). Aprovechamiento de la carne de ballena para el consumo en Steinsham, Noruega. Informe enviado al Ministerio de Agricultura (pesca y caza) y a la F.A.O. Inédito.

S/A.

2007. Chile's Whales Massacred by Japanese Pirates. En **Revista Eco. International Whaling Comision Annual Neeting.** EEUU. 31 may 2007. Volume LIX. N°4.

S/A.

2008. Pinochet Regime and Japan's Outlaw Whalers. En **Revista Eco. International Whaling Comision Annual Neeting.** Chile. 25 june 2008. Volume LX. N° 3.

1936. **Diario El Pescador,** Talcahuano, Chile, (19 al 15 de febrero de 1936- N° Único).

1944. **Diario La Patria.** Concepción, Chile, (9 de Octubre de 1944).

Documentos Inéditos:

Acta de los Estatutos del Sindicato Industrial Macaya Hnos. y CIA, Planta Ballenera de Talcahuano, Chile, 29 de agosto de 1959. Notaría Pública Daniel Brieba Soffía, Talcahuano, Chile.

Acta de Elección de Directorio. Dirección Departamental del Trabajo. 27 de Diciembre de 1960.

Acta de Aprobación de Cambio de Nombre del Sindicato, De reforma de Estatutos y Designación de la Persona que Tramitara la Autorización Legal de la Reforma. Dirección Departamental del Trabajo. Talcahuano, Chile, 14 de diciembre de 1961.

Aprobación a la Reforma de Estatutos del Sindicato Industrial Macaya Hnos. y CIA, Planta Ballenera, 5 de diciembre de 1962. Oficio N° 6.089. Dirección Departamental del Trabajo. Chile.

Primer Trámite de Expediente de Reforma de Estatutos del Sindicato Industrial Macaya Hnos. y CIA, Planta Ballenera, 21 de febrero de 1962, Oficio N° 915, Dirección Departamental del Trabajo. Santiago, Chile.

Expediente sobre la Reforma de los Estatutos del Sindicato Industrial Macaya Hnos y CIA., Planta Ballenera, 2 de mayo de 1962, Oficio N° 2153, Dirección Departamental del Trabajo. Santiago Chile.

Estatutos Sindicato Industrial Macaya Hnos. y CIA, 27 de agosto de 1962. Notaría Pública José Mateo Silva, Concepción, Chile.

Segundo Trámite de Expediente de Reforma de Estatutos del Sindicato Industrial Macaya Hnos. y CIA, Planta Ballenera, 6 de octubre de 1962, Oficio N° 2334, Dirección Departamental del Trabajo. Concepción, Chile.

Aprobación a la Reforma de Estatutos del Sindicato Industrial Macaya Hnos. y CIA. Del 17 de enero de 1963. Oficio N° 33. Ministerio del Trabajo y Previsión Social, Subsecretaría del Trabajo, Departamento Administrativo. Chile, Talcahuano.

Entrevistas:

Entrevistas realizadas por Alejandra Espinoza a: Carlos Macaya, Manuel Flores, Flor Monsalve, Luzvenia Jorquera Silva y Osvaldo Ramírez. Chome, enero 2010

Entrevista realizada por Alejandra Espinoza a Juan Hernández. Talcahuano, Marzo 2009.

Entrevista realizada por Gastón Carreño a: Flor Monsalve, Justo Silva, Reinaldo Silva. Chome, y Talcahuano 2002.

Filmografía:

Carreño, Gastón. La huella del Arpón. Chile, 2002

Davison, Tito. Cabo de Hornos. México-España, 1956.

Huston, John Moby Dick. Inglaterra. 1956

Niki, Caro. Jinete de Ballenas. Alemania, 2003